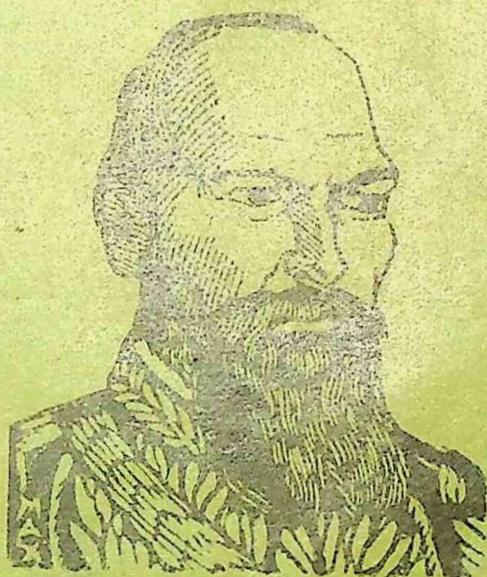


Tomás O'Connor d'Arlach

EL GENERAL MELGAREJO

*DICHOES Y HECHOS
de este hombre célebre*



GISBERT Y CIA. S. A.
Libreros - Editores

LA PAZ - BOLIVIA
1964

Tomás O'Connor d'Arlach

EL GENERAL MELGAREJO

*DICHOES Y HECHOS
de este hombre célebre*



G I S B E R T Y C I A. S. A.

Libreros - Editores

LA PAZ - BOLIVIA

1 9 6 4

El General Melgarejo

HECHOS Y DICHOS
DE ESTE HOMBRE CELEBRE

IMPRESO EN BOLIVIA
PRINTED IN BOLIVIA

Queda hecho el depósito de ley.

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

**EL
GENERAL MELGAREJO**

HECHOS Y DICHOS
DE ESTE HOMBRE CELEBRE

G I S B E R T Y C I A. S. A.

Libreros — Editores

LA PAZ — BOLIVIA
1964

I

¡Melgarejo! Muchos le han comparado a los tiranos del Paraguay y de la República Argentina; algunos hasta a los de la antigua Roma. Nosotros que le juzgamos con serenidad, sine amore nec odio, y con la severa imparcialidad de la Historia, no vemos en Melgarejo un tirano cauteloso y tétrico como Tiberio, ni sombrío, suspicaz y neurótico como el doctor Francia, ni un loco con sed de sangre, como Rosas.

Vemos solamente en él, lo que veía nuestro malogrado amigo el galano escritor Pablo Subieta: un hombre ingénitamente bueno, en quien las pasiones, los instintos sensuales y las tendencias orgánicas, habían sofocado los gémenes de la virtud que una cuidadosa educación hubiese salvado de un naufragio; un hombre, un presidente que no ha ejercido influencia alguna en la política de Bolivia, porque no ha sido la encarnación de una idea, el representante de un partido, ni siquiera el soldado de una bandera; un fenómeno excepcional como organización y como fuerza de voluntad, del que la educación podía haber hecho una potencia útil, como ha sido una fuerza destructora en su tránsito rápido por la vida pública; un verdadero soldado que ignoraba la ley civil y no conocía más modo de elevación que la fuerza individual; un hombre que, como todos los tiranos, tiene algo de raro, de extraordinario, de superior y cuya vida, hechos, fisono-

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

mía y condiciones morales, merecen el honor de la biografía de la epopeya y del análisis psicológico; un hombre, en fin, que puede ser el personaje interesante de una leyenda histórica con la brillantez de un romance.

II

El general Melgarejo nació en Tarata, departamento de Cochabamba, el 13 de abril de 1820 (1).

Muy joven, niño aún, abrazó la carrera de las armas, en la que sirvió desde la clase de soldado raso. Siendo apenas sargento, ya encabezó una revolución que, fracasada en su cuna, le obligó a tomar el camino de la proscripción.

Todos sus ascensos militares los debió a sus buenos servicios, ninguno al favoritismo.

En la batalla de Montenegro, fue ascendido por su valor y brillante comportamiento. Concurrió a la de la intervención boliviana en el Perú, distinguiéndose por su bravura y heroísmo en todos los combates.

Desde la clase de sargento, reveló cierto aire de superioridad y de marcado ascendiente sobre sus compañeros de armas; ascendiente que sostenía la fama de su valor y una exquisita sagacidad que le era peculiar.

(1) He aquí la partida de bautismo del General Melgarejo, que copiamos del respectivo libro parroquial: "En esta doctrina de Toco, a los trece días del mes de abril de mil ochocientos veinte, yo el teniente de cura, Manuel Torrico, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a Manuel Mariano, niño del día, hijo natural de Lorenzo Valencia y de Ignacia Melgarejo, vecinos de Tarata. Fue padrino Don Máximo Miranda, Español, casado con Doña María Josefa Melgares y vecinos de la ciudad de Mizqui, a quien encargué el parentesco espiritual y obligación que tenía, y para que conste, lo firma.— Manuel Torrico".

EL GENERAL MELGAREJO

En el trato familiar, nos dicen personas que muy de cerca le trajeron, era dulce, amable, jovial y atractivo en alto grado.

Su carácter, sin dejar de ser franco y expansivo, era desconfiado y astuto.

Su nombre figuró en muchas revoluciones y motines de cuartel, de los que, si algunas veces salió triunfante, en muchas otras le abrieron el camino del ostracismo, y en más de una ocasión escapó de ser fusilado.

Genio turbulento, le desesperaba el quietismo, le encantaban la novedad, las aventuras y los peligros, y en la revolución estaba en su elemento.

Por su extraordinario valor, sus arranques de heroísmo y generosidad y hasta por su imponente figura, sus superiores le apreciaban y le distingüían, sus amigos le amaban y sus subalternos le temían y le admiraban.

Este hombre singular era una mezcla extraña de pasiones encontradas, de defectos y de cualidades.

Melgarejo era casado con una señora muy buena y honorable, a quien abandonó algunos años después de su matrimonio, porque su carácter veleidoso y turbulento, no se hizo para los goces dulces y tranquilos del hogar, ni para someterse a ninguna clase de obligaciones.

En el apogeo de su poder y su gloria, contrajo relaciones con otra mujer, a quien amaba con delirio y sobre la que cayó también, como sobre él, todo el odio de la pasión política. Sin embargo, esa mujer hizo bastantes beneficios y salvó a muchas personas de la ira y las venganzas terribles del dictador.

Otro rasgo excepcional de este hombre extraordinario: él, que no había recibido instrucción ni había tenido más escuela que la de los cuarteles, gustaba mu-

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

cho de las letras, y tenía pasión de artista por la música y la poesía. Tocaba la guitarra maravillosamente y hacia versos llenos de inspiración y sentimiento.

III

A fines del año 1864, el general Melgarejo halló una ocasión propicia para satisfacer su ambición, pasión dominante de su temperamento belicoso. El 28 de diciembre de aquel año, se presentó en la puerta del cuartel del escuadrón "Rifleros" en Cochabamba y seduciendo a la tropa, cuya disciplina se hallaba ya relajada, por sí y ante si, se proclamó presidente de la República, a la que dominó por espacio de seis años, sin más ley que su capricho y sin más constitución que su voluntad. El 15 de enero de 1871 cayó del poder en el sangriento combate de ese memorable día, en la ciudad de La Paz, y después de haber sofocado antes y haber dominado las innumerables revoluciones que estallaron durante su gobierno, desde el día de su espúrea inauguración. Vencido en ese combate, emigró al Perú, y murió en Lima en la noche del 23 de noviembre del mismo año, víctima de la bala homicida del general Aurelio Sánchez, hermano de la mujer a quien él tanto había amado, y hombre al que Melgarejo elevó desde humilde situación a la alta clase de general.

Durante su administración un comicio le dió el título de Gran Ciudadano de Bolivia: el gobierno de Chile le envió el de General de División de sus ejércitos, y el de Río de Janeiro, el de la Gran Cruz de la Imperial orden del Crucero del Brasil.

IV

Terminaremos esta breve introducción con las prescripciones que de la personalidad de este hombre extraordinario, nos dan, el distinguido escritor chileno Ramón Sotomayor Valdez, y el notable literato boliviano Pablo Subieta, que le conocieron y le trajeron personalmente. Dice el primero:

“Melgarejo es una figura que sin irradiar ni la luz de una alta inteligencia, ni el prestigio de una gloria militar adquirida en las nobles y grandes batallas, ni la grandeza de alma que va unida al sentimiento de la justicia y a la posesión de las virtudes domésticas y cívicas, aparece, no obstante, colosal en el cuadro en que se le contempla. Todo se ve obscuro y pequeño en torno de ella, porque los hombres que la rodean, parecen estar allí solamente para hacer resaltar la grandeza del amo.

“Melgarejo es de alta y bien conformada estatura. Su cara apenas ovalada y con pómulos en extremo sobresalientes, presenta por sus rasgos principales, los caracteres de la fisonomía de la raza mestiza o chola de Bolivia. El color es pálido ceniciente, como suele imprimirlo una naturaleza biliosa y violenta; la boca grande y con labios propensos a contraerse; la nariz corta, parece dilatarse. Sus ojos grandes, se deslucen un tanto por su órbita aplastada y su color indeciso, hallándose además cubiertos por unos párpados superiores rugosos y amortiguados. La frente pequeña, parece huir de su base, para estrecharse hacia arriba y dar a la parte anterior de la cabeza una forma casi triangular. Al ver aquella cabeza diminuta y puntiaguda, diríase que no ha sido hecha para pensar. Esta cara es-

tá rodeada de una barba obscura y ligeramente cana, que desciende abundante sobre el pecho, dando un aire varonil y sombrío a toda la fisonomía”.

Subieta nos lo pinta más gráficamente en las siguientes líneas:

“Melgarejo era valiente en grado excepcional; pero su valor no consistía en la imposición de la razón, como el valor de César; en el arrebato de la fiebre, la efervescencia de la sangre, la crispación de los nervios, la irritación de los miembros, la actividad incontenible del delirio; era un valor orgánico, inconsciente, delirante.

“Era grande y pequeño: reía ante el incendio de un pueblo y lloraba ante el dolor de un niño.

“Despreciaba a los hombres de estado y adoraba a una mujer vulgar.

“En su cabeza, extraordinaria, configurada, habría encontrado Gall o Laváter una confirmación de sus teorías frenológicas y Darwin un corolario de sus deducciones. El órgano de la destructibilidad estaba sumamente desarrollado en ese cerebro anormal.

“Los instintos, hábitos y propensiones de todos los animales feroces y benignos, habían ido a buscar representación en esa síntesis de todas las pasiones, desde la ambición, hasta la concupiscencia y desde la ira hasta la piedad.

“Melgarejo era un hombre hermoso como militar; alto, robusto, hercúleo en sus miembros, ágil en sus movimientos, imperioso en la palabra y fatalmente resuelto en la acción.

“Ya lo he dicho: todo era en él orgánico, fisiológico, material; el fulgor fascinador de la mirada del tigre ardía en sus pupilas, una espuma verdosa bañaba sus labios, y hasta esa palpitación jadeante de sus fauces decían en ciertos momentos que su pecho era una caverna de pasiones contradictorias, de luchas tremendas y hasta de ambiciones absurdas”.

EL GENERAL MELGAREJO

V

Los episodios que narramos en seguida, todos ellos evidentes y auténticos, darán idea más detallada del carácter del general Melgarejo, y servirán mucho a las personas que alguna vez intenten escribir un estudio serio o una biografía completa de este hombre excepcional.

Ninguna exageración hay en nuestras narraciones; todas ellas las hemos tomado de documentos históricos, unas, y otras de testigos presenciales de los hechos que referimos a continuación.

Tomás O'Connor d'Arlach.

LA MULA O LA VIDA

Corría el año de 1840.

Hallábase en Oruro el famoso batallón "Legión", uno de los mejores del ejército boliviano.

Entre los sargentos de ese cuerpo había dos que gozaban de fama por su valor, y que ejercían marcado ascendiente sobre la tropa: eran Pecho y Melgarejo.

Un día de tantos, ocurrióseles a estos célebres sargentos sublevarse con el batallón, y, sin preámbulos, subleváronlo contra el gobierno y las autoridades constituidas, y encabezaron un formidable motín de cuartel. Desde luego Melgarejo era el primer jefe de la conspiración y Pecho su segundo.

Varios días gimió la ciudad de Oruro bajo el poder absoluto de la soldadesca rebelde; mas, como la revolución no hallara eco en parte alguna de la República, y se movilizaran otros cuerpos del ejército para sofocarla, vino la reacción y los cabecillas del descabellado motín tuvieron que ponerse a salvo y tomar el camino de la proscripción.

Melgarejo emprendió el camino hacia el Perú saliendo de Oruro a pie y sin llevar consigo más que unos pocos pesos y su fusil.

Dos días había andado; fuerzas enemigas le perseguían; hallábase fatigado y rendido, cuando vio ve-

nir, jinete en rica mula, un sacerdote. Era el párroco de un curato inmediato, que regresaba de una confesión.

Acercósele Melgarejo en aquel sitio desierto del camino, y, preparando su fusil y apuntando al pecho del cura, le gritó:

—¡Bájese, padre cura! ¡La mula o la vida!

Excusado es decir, que el sacerdote, más muerto que vivo del susto, ante aquel encuentro inesperado, echó pie a tierra.

—No me tome por un bandido, señor cura —continuó Melgarejo—, soy un hombre honrado; soy el sargento Mariano Melgarejo, vengo huido y necesito una montura para salvar la vida. Perdone usted, y esté seguro de que algún dia corresponderé a este favor. ¿Cómo se llama usted, señor?

Y sacando del bolsillo un lápiz y una papel apuntó el nombre del sacerdote y montando en la mula se alejó rápidamente, mientras el cura, triste, asustado y cariacontecido, siguió a pie el camino de su parroquia, donde refirió a todos el percance que le había acontecido.

El cura daba su rica mula por perdida, cuando, después de algún tiempo de este suceso, un día se presentó en su casa un arriero y le entregó su mula, con su mismo ensillado y una carta de Melgarejo; se la devolvía desde Tacna y le manifestaba su agradecimiento.

Veinticinco años más tarde, y siendo ya Melgarejo presidente de la República, la primera vez que pasó por Oruro, averiguó con mucho interés el paradero de aquel cura, cuyo nombre no recordamos, y como le dijeron que había muerto hacía mucho tiempo y que sólo vivía su madre y muy pobre, Melgarejo exclamó en un arranque de gratitud y de nobleza:

EL GENERAL MELGAREJO

—Pues que no puedo pagarle a ese hombre un favor que le debía, he de pagárselo a su madre. E inmediatamente compró una casa que regaló a la anciana señora, obsequiándola además, con una buena suma de dinero, en recuerdo del servicio que le debía a su hijo.

¡ES PRECISO ATACAR Y YO ATACO!

En el mes de septiembre de 1862, el presidente Achá con su ejército, se hallaba en marcha para combatir al ejército revolucionario mandado por el general Pérez, que abandonando la ciudad de La Paz, marchaba a su vez, al encuentro de las tropas del gobierno.

Era la víspera de la batalla de San Juan.

Después de muchas vacilaciones y una tormentosa indecisión, el presidente, en su campamento, reunió un consejo de guerra, para resolver lo que debía hacerse, compuesto de los generales Avila, Molina y Sierra, los coronellos Villamil, Villegas, Armaza, Melgarejo, Antezana y otros, y divagando sobre diversos planes, ya se opinaba por una retirada a Paria, o hasta Cochabamba, y por sitiar al enemigo en sus posiciones y por librarse combate.

La mayoría de los jefes opinó, al fin, por la retirada a Paria.

“Había en aquel consejo de guerra, dice Sotomayor Valdez, un hombre notable por su osadía habitual; joven aún, de talla hercúlea, sargento en un principio, coronel entonces, simpático al soldado con quien sabía asociarse en las francachelas de cuartel, lo mismo que en las correrías revolucionarias y en los campos de batalla. Era el jefe de la división auxiliar de Cochabamba, don Mariano Melgarejo, en quien el presidente Achá tenía una gran confianza, sin sospecharle rival, a pe-

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

sar de los muchos rasgos que tenían ya acentuado el carácter del coronel, y que presagiaban toda una historia de intrépidas aventuras políticas.

“Cuando Melgarejo estaba afectado por el licor, su valor tocaba en la temeridad, y entonces era capaz de romper todo lazo de disciplina y de obediencia”.

En medio de la pusilanimidad de la que el presidente de la República era el primer partícipe, Melgarejo, excitado en aquéllos momentos por el licor, se dirigió a Achá y le dijo:

—*Mi general: ¡es preciso atacar, y yo ataco!*

Y sin esperar casi la respuesta del presidente, se encaminó a su división auxiliar con actitud resuelta y la dispuso a marchar. Este acto, que podía calificarse de indisciplina, arrastró al presidente, al consejo de guerra y al ejército entero, que se puso en movimiento en pocos instantes y a la vista del enemigo.

Pocas horas después, el fuerte y numeroso ejército del general Pérez, era deshecho y completamente derrotado en el campo de San Juan, debiendo el gobierno constitucional tan espléndido triunfo, a la intrepidez y valor del coronel Melgarejo. (14 de septiembre de 1862).

UNA BROMA DE INOCENTE

I

Expiraba el año de 1864, y en el siguiente debía tener lugar en Bolivia, la elección de presidente constitucional de la República.

Los partidos políticos estaban en efervescencia y eran muchos los candidatos a la suprema magistratura de la nación.

EL GENERAL MELGAREJO

Se acusaba al gobierno, por la oposición, de prohijar la candidatura del valiente y meritorio general don Sebastián Agreda, a la sazón ministro de la Guerra.

El gran partido belcista esperaba el regreso de Europa de su popular caudillo, cuya candidatura, ya en octubre de ese año fue publicada en La Paz, despertando un entusiasmo tal, que parecía que hasta las piedras se movían ante el nombre de Belzu, que halagaba el oído del pueblo y ejercía mágica influencia en el corazón de sus numerosos adeptos.

El partido "rojo" apoyaba la candidatura de un joven distinguido personaje: el Teniente Coronel Adolfo Ballivián; pero temeroso por una parte de la prepotencia del partido belcista, y por otra de la intervención oficial que se suponía, injustamente desde luego, existir en pro de la candidatura del general Agreda, parece que resolvió en último recurso, apelar a un expediente al que, por desgracia, han apelado con demasiada frecuencia nuestros partidos: a la revolución.

II

El gobierno se hallaba en la ciudad de Cochabamba, con la mayor parte del ejército. Estaban allí también muchos jefes sueltos, y entre éstos el general Mariano Melgarejo, pariente inmediato de la señora doña Gertrudis Antezana de Achá, llamada por su belleza la diosa de Calliri (1) y esposa del presidente de la República general José María de Achá.

Melgarejo por su gallarda presencia, por sus arranques de generosidad y nobleza y por los actos de ex-

(1) Nombre de una hermosa propiedad de la señora de Achá en las inmediaciones de Cochabamba.

traordinario valor que le habían distinguido desde soldado raso, era un jefe que gozaba de gran prestigio en el ejército.

Melgarejo era enemigo de Belzu; hacía tiempo que había roto con Adolfo Ballivián; se mostraba además desafecto a la candidatura de Agreda y sus relaciones con el tolerante y bondadoso presidente Achá no eran cordiales.

Se podía decir que por el momento, no pertenecía el hombre a ninguno de los partidos militantes.

Su situación era de expectativa puramente.

III

En uno de los últimos días de diciembre habían sido reducidos a prisión, en Cochabamba, dos importantes y distinguidos jefes: los coronelos Eliodoro Camacho y Lisandro Peñarrieta, que se decía, habían sido descubiertos en un plan de conspiración, lo que parece no era evidente en cuanto a ellos, aunque en realidad existieran algunos subversivos.

Un capitán del escuadrón "Rifleros" que temía verse comprometido en el curso del proceso que se iniciaba, se dice que quiso apresurar el golpe y se resolvió a tentar al general Melgarejo, quien debía abandonar pronto la ciudad de Cochabamba, pues el gobierno creyendo prudente alejarlo, tal vez ya desconfiando de él, acababa de expedirle el nombramiento de comandante general del departamento de Santa Cruz.

Los rojos conspiraban, los belcistas también, y ambos partidos esperaban por instantes, un pronunciamiento en el ejército, que definiera la situación. Ambos parecen que solicitaban, en favor de sus causas respectivas, los servicios de Melgarejo, cuyo valor y ascendiente eran proverbiales.

IV

Eran las seis de la mañana del 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes.

El general Melgarejo, vestido con su uniforme de gran parada y montado en su hermoso caballo, sale de su casa y se dirige al cuartel del Escuadrón "Rifleros"; toma el dinero que llevaba en ese momento el habilitado para el socorro de la tropa; proclama a ésta desde la puerta del cuartel, le reparte las monedas y termina su arenga con estas palabras:

—¡Muchachos! ¡Viva Melgarejo!

Este ¡Viva Melgarejo! fue en el acto secundado por todo el escuadrón, y la revolución quedó consumada, tomando el faccioso general, inmediatamente, los demás cuerpos del ejército, venciendo la infructuosa resistencia de los que permanecían leales al gobierno constitucional.

V

En los primeros momentos de la revolución, los rojos creyeron que Melgarejo la hacía en favor de Ballivián, y los belcistas en favor de Belzu. El presidente Achá cuando recibió el primer aviso del movimiento, lo creyó una broma.

Melgarejo no trabajaba ni había expuesto su pellejo por Belzu ni por Ballivián, ni por ningún otro caudillo, sino por Melgarejo mismo.

Se burló de todos los partidos, del país entero, se proclamó a sí mismo, se apoderó de la Presidencia de la República por sí y ante sí, y en aquel memorable día dio a todos una inolvidable y verdadera *broma de inocentes*.

TIRENLE AHÍ, CABALLO Y TODO

Si el general Melgarejo tenía a veces arranques de nobleza y gran magnanimidad, su carácter, en otras, especialmente cuando estaba excitado por el licor, era feroz.

El 27 de marzo de 1865, se aproximaba a La Paz, y hallábase en El Alto, cuando se presentó un militar, Vicente Cortez, el mismo a quien él había confiado el mando de la columna de aquella ciudad, al salir para Oruro, y la que, pocos días después, había proclamado al general Belzu.

Inmutóse Melgarejo al ver a Cortez; éste se acercó a él suplicante, y el general lleno de cólera le dijo:

—Usted tiene la culpa de lo que ha sucedido en La Paz con la columna, y ahora me la va a pagar.

Y como tratase de descargar su revólver sobre el infeliz Cortez, que con una mano se agarró de la pierna del general Melgarejo y con otra de la brida de su caballo, y el secretario general Muñoz, siempre humanitario y bondadoso, tratara de impedir que el presidente cometiera un asesinato, éste echó pie a tierra, furioso, y dijo:

—¡A ver, cuatro rifleros! tirenle ahí; caballo y todo.

No bien terminó la frase, cuando cuatro esbirros se precipitaron sobre Cortez y lo atravesaron a balazos, acabándole de matar a golpes con las culatas homicidas de sus rifles.

**O ME SEGUÍS CORACEROS O ME LEVANTO
LA TAPA DE LOS SÉSOS**

El 27 de marzo de 1865, desde el medio día, empezó en las barricadas de La Paz un recio combate entre las fuerzas al mando del ídolo del pueblo, el general Belzu, que defendía la plaza, contra las que atacaban al mando del general Melgarejo.

Entre los muchos incidentes de ese memorable día, merece llamar la atención el siguiente, que prueba una vez más el arrojo y la intrepidez del héroe de diciembre.

Habiéndose tropezado con insuperables obstáculos para vencer la barricada de las cajas, y presentándose ya por demás difícil la situación del ejército de Melgarejo, éste notó el desaliento que empezaba a cundir en sus filas, de las cuales muchos oficiales y soldados principiaron a pasarse a las tropas de Belzu, se dirigió a la referida barricada, echó pie a tierra, ordenó a los pocos soldados que cerca de él se hallaban, que le siguieran, y se lanzó revólver en mano, sobre la barricada.

Poseída la tropa de estupor y desaliento ante la idea de una derrota que parecía ya del todo inevitable, no quiso seguir a su jefe y se mantuvo impasible, formada en la calle.

Melgarejo avanzó solo, más de media cuadra, entre una lluvia de balas enemigas. Impedido por éstas de seguir adelante, retrocedió hasta el sitio donde impasibles continuaban sus soldados, y llevándose a la sien el revólver que tenía en la mano, dijo a aquéllos:

—¡Q me seguís, coraceros, o me levanto la tapa de los sesos!

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

Este acto de heroica resolución, fascinó a los coraceros que entonces le siguieron, y en un momento de inaudito arrojo, tomaron la barricada, siendo el primero en saltar el mayor Cornelio Pereira, lanzándose en seguida, con la velocidad del rayo, el general Melgarejo, para penetrar triunfante en la plaza.

¿QUIEN VIVE AHORA?

El 27 de marzo de 1865, a las cuatro de la mañana, levantó el general Melgarejo con su ejército, su campamento de Maso Cruz, y emprendió la marcha sobre la ilustre y heroica ciudad de La Paz.

El día se presentaba lluvioso y una densa niebla envolvía cual blanco sudario, a la altiva ciudad del Illimani.

Al llegar Melgarejo al Alto, empezó a disiparse la niebla y el Sol se mostró espléndido en el horizonte y rodeado por el arco iris, que ostentaba los colores de la bandera nacional.

¡Felix presagio para Melgarejo! ¡Fatal para Belzu y para la constitución!

A las once de la mañana empezó a descender el ejército, y al mediodía se hallaba ya formado en la planicie inmediata al panteón, donde Melgarejo mismo dispuso el plan de ataque para tomar la plaza que se hallaba resguardada por ocho barricadas.

Hecha la distribución de las fuerzas, se emprendió la marcha a la ciudad, donde pocos momentos después principió el combate, bajo un vivo y nutrido fuego por ambas partes.

Al caer de la tarde y pronunciada ya la derrota en las filas del ejército de Melgarejo, los pocos solda-

EL GENERAL MELGAREJO

dos que le quedaban se pasaron todos a Belzu, incluso algunos jefes y oficiales.

Con el general Melgarejo no quedaban sino unos pocos coraceros del escuadrón Bolívar, que le permanecían fieles.

Desesperado Melgarejo, viéndose del todo perdido, parece que intentó suicidarse, habiendo sido contenido por el general Campero que se hallaba a su lado y que era el jefe más valiente, más sereno y más previsor en aquella memorable y fatal jornada.

Melgarejo, en la desesperación de la derrota, tomó una resolución suprema, inconcebible, que sólo él hubiera podido adoptar y que en ese momento nadie podía imaginársela.

Las consecuencias de esta resolución audaz y temeraria, le han valido al general Melgarejo el calificativo de *valiente entre los valientes*, y la admiración de escritores nacionales y extranjeros, entre los cuales citaremos al doctor Eduardo Wilde, ministro de estado en la República Argentina, quien en una correspondencia que desde el campo histórico de Waterloo, dirige al diario “La Prensa” de Buenos Aires, en septiembre de 1889, dice estas textuales palabras con cuyo sentido no estamos conformes del todo.

“No creo que Napoleón ha sido el capitán más valiente, ni el general más táctico. Antes que él, para mí está en la Historia la colossal figura de Aníbal y como representante del valor temerario un soldado oscuro y vulgar, que llevó a cabo en un rincón de la América, en la ciudad de La Paz, en Bolivia, el acto que revela el mayor grado de audacia, de sangre fría y de valor, que consignan las crónicas de la guerra. Me refiero a la toma de La Paz por Melgarejo, hecho extraordinario que, al leer su relato, uno duda si Melgarejo era un hombre o una máquina inconsciente”.

Dejando constar nuestra disconformidad con el juicio del doctor Wilde, porque ni en valor ni en talento hallamos a ningún guerrero superior a Napoleón, que es para nosotros la última expresión de la grandeza humana, continuaremos nuestra narración.

Desmontando Melgarejo de su caballo y seguido de los pocos coraceros que le quedaban fieles, va a poner en práctica su pensamiento: su último recurso en medio de su derrota.

Se coloca en medio de esos pocos soldados que le restan, a guisa de prisionero y se dirige al palacio presidencial, donde el general Belzu se hallaba rodeado de numeroso pueblo que celebraba la victoria.

Al llegar a palacio, el general vencido distingue en uno de los balcones al vencedor, y le hace un saludo militar con la espada. Belzu le contesta cortésmente y persuadido de que lo traían prisionero, se compadece del vencido y resuelve salir del salón y recibirle con un abrazo.

“Melgarejo —dice Sotomayor Valdez— atravesó el patio del palacio, por medio de una armada, en la cual se encontraban muchos soldados de su propio ejército, causando en todos una profunda sorpresa; cuando subía la escalera, un antiguo enemigo suyo, edecán de Belzu a la sazón, tuvo la ocurrencia de interceptarle el paso, amenazándole con su rifle. Melgarejo desvía con una mano el arma de su agresor, y le dispara con la otra un tiro mortal de pistola. Deja tendido a un lado el cadáver de esa víctima y precipita sus pasos hacia el salón en que se encuentra el general Belzu (1). La gente armada del patio queda sobrecogida con el incidente sangriento que acaba de pre-

(1). No fue Melgarejo, sino un coracero de los que en ese momento le acompañaba, el que mató en la grada al edecán de Belzu, comandante Machicado, cuando éste quiso interceptarle el paso.

EL GENERAL MELGAREJO

senciar y presente aterrorizada, algo más terrible todavía. Belzu, que ha sentido la detonación de un tiro de pistola en la escalera, se alarma y se perturba.

“Al ver a Melgarejo que se presentaba en el umbral de la puerta, pálido, con la mirada chispeante y siniestra, se paraliza y tiembla, y apenas pronuncia la palabra *garantías* —¿las pedía o las daba?— cae herido de muerte por una bala que le asesta Melgarejo (1).

Dejó tendido, envuelto en su propia sangre, el cadáver del ídolo del pueblo, del ilustre general Belzu, y saliendo a uno de los balcones, se presenta a la muchedumbre y exclama:

—¡Belzu ha muerto! ¿Quién vive ahora?

Y algunas voces contestaron: ¡Viva Melgarejo!....

¡Y este hombre quedó dueño absoluto de la ciudad y del gobierno de la República, a la que convirtió en una Roma de la época de los Césares!

¡EL QUE MANDA, MANDA Y CARTUCHERA EN EL CAÑON!

El general Melgarejo, como rudo soldado, no tenía idea de la democracia, ni concebía el gobierno de

(1) Ciento misterio rodea hasta ahora este episodio trágico de nuestra historia. Muchas personas de La Paz, han afirmado como lo afirma el escritor chileno, que fue Melgarejo quien personalmente mató a Belzu, mientras que el señor general Campero lo niega rotundamente y asegura que no fue Melgarejo sino un rifleiro.

Hacemos esta declaración, en homenaje a la severa imparcialidad con que escribimos estos apuntes. Ultimamente hemos recogido datos muy importantes y serios, que nos persuaden de que no fue Melgarejo quien asesinó a Belzu.

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

la nación por la nación misma. El pensaba, como desgraciadamente piensan muchos hombres que no comprenden la soberanía popular, que el verdadero gobierno está sólo en la persona del presidente y que debe ser omnímoda y absoluta la autoridad ejercida por éste.

Durante la corta permanencia del presidente en La Paz, en los primeros días del año 1865, tuvo lugar un gran banquete oficial, al que concurrieron todos los miembros del Poder Ejecutivo y Judicial y gran número de personas notables de la ciudad.

Un ministro de la Corte Superior de La Paz, dirigió en aquel banquete un brindis al presidente, en el cual se permitió hablarle de principios y a insinuar ideas de libertad y constitución.

Cuando hubo terminado el brindis, el general Melgarejo, empuñando con la mano derecha una copa de licor, mientras con la izquierda sobaba su larga y poblada barba, (signo inequívoco de disgustos y cólera) dirigiéndose al magistrado le dijo en alta voz:

—¡Oiga usted, so ca....nario! ¡El que manda, manda, y cartuchera en el cañón!

Silencio profundo reinó en la sala del banquete, y ¡ay! del que se hubiera atrevido a contrariar en tales momentos las palabras del presidente, que encerraban todo el programa de su administración.

EL DERECHO AL PATALEO

Si ningún derecho constitucional comprendía Melgarejo, menos podía aceptar el más pequeño en los opositores a su gobierno.

Una vez que éstos le exigían el respeto que todo gobierno ilustrado y verdaderamente democrático, debe tener hacia la oposición, Melgarejo decía y lo repetía muchas veces:

—¿Quieren esos demagogos que les conceda todavía algún derecho? Pues les concedo el “derecho de pataleo”.

Ya se sabe lo que era este derecho.

Esta misma idea le dominaba, sin duda, en una reunión que tuvo lugar en el palacio de La Paz, en la que el presidente, después de escuchar, al parecer muy tranquilo, algunos brindis en los que se volvió a hablar de la legalidad y del periodo constitucional de gobierno, pronunció estas textuales palabras, ante toda la concurrencia:

—“Mandaré en Bolivia hasta que me dé la gana; y al primero que me la quiera jugar, le hago patalear en medio de la plaza”.

Y en ese instante hubiera hecho patalear, no sólo al primero que se la quisiera jugar, sino al primero que se atreviera a contradecirle; pues allí estaban a su espalda, como de costumbre, *bala en boca*, sus famosos rifleros.

**DONDE ESTA MELGAREJO NADIE
SE AHOGA**

Que Melgarejo era un valiente y un hombre de rompe y rasga, es una verdad que no ha menester que se trate de probarla, porque está en la conciencia nacional.

En agosto de 1865, dirigíase el general Melgarejo a Sucre, viniendo del norte, para pasar a Potosí en persecución del ejército constitucional mandado por el general Flores, y al cual derrotó después de un sangriento combate en la Cantería de Potosí, el 5 de septiembre de aquel año.

Al pasar el famoso Río Grande, que se halla entre los departamentos de Cochabamba y Chuquisaca, la mujer de un soldado fue arrastrada por la corriente impetuosa de las aguas y no pudiendo salvarla varios soldados que fueron en su auxilio, la infeliz empezaba a ahogarse.

Viendo esto el presidente Melgarejo, metió las espuelas en su brioso caballo lobuno que montaba aquel día, diciendo: "Donde está Melgarejo, nadie se ahoga". Y como para inspirar mayor confianza a la tropa en su valiente jefe, penetró en el río, por la parte de más corriente y peligro, dió alcance a la mujer del soldado y cogiéndola por los cabellos, salió con ella y la criatura de ésta, a la opuesta orilla.

El ejército, que le contemplaba absorto, recibió con gritos de entusiasmo y con una salva de vtores y aplausos a su abnegado jefe.

La mujer y su hijita fueron atendidas por el cirujano, quien nos refirió este episodio:

Para continuar la marcha, y careciendo de montura la citada *rabona*, el general Melgarejo completó

EL GENERAL MELGAREJO

su magnanimitad, haciéndole dar una de sus bestias de silla; una hermosa mula color encerado, que a él le había regalado el honorable general Ravelo.

A LA SALUD DE HOLOFERNES

Poco tiempo después del memorable combate del 15 de enero de 1871, conocimos a *Holofernes*, el hermosísimo y célebre caballo chileno del general Melgarejo. No hemos vuelto a ver animal más lindo que aquel blanco y brioso corcel.

Una tarde en que tenía lugar un gran banquete en el palacio de gobierno de La Paz, cansado sin duda de oír tantos brindis que sus cortesanos le dirigían, saturados de adulación y bajeza, dijo a éstos:

—Señores. Creo que bastante han bebido ya ustedes a mi salud. Ahora les pido una copa a la salud de mi *Holofernes*.

Y acto continuo, hizo sacar de la caballeriza al hermoso caballo ante el cual, ¡parece increíble! brindaron realmente aquellos hombres, cuya bajeza había conocido bien el capitán general.

Pasada esta escena de lamentable abyección, y en medio del ruido del festín, hizo Melgarejo que uno de los personajes notables allí presentes, condujera a *Holofernes* al pesebre y con sus propias manos le echara el forraje.

¡Cómo humillaba el presidente la dignidad de sus servidores!

EL PODER EJECUTIVO Y LOS INGENIEROS DE BOLIVIA

El presidente Melgarejo tenía picantes e ingeniosas ocurrencias, en sus momentos de buen humor.

Aquel hombre, al parecer tan sombrío y fiero, se entregaba con frecuencia a las expansiones alegres en medio de sus amigos, que más de un epígrama chispeante oyeron de sus labios, en varias ocasiones.

Hallábase un día en marcha, a la cabeza de sus aguerridas tropas, a las que él llamaba siempre "el grande e invencible ejército de diciembre", y entre los miembros de su comitiva se hallaba un extranjero, amigo suyo, con quien el general Melgarejo departía alegremente con militar franqueza.

Recaía la conversación sobre el mal estado de los caminos en el país, y habiéndole dicho el extranjero que sería muy oportuno el establecimiento de una escuela de ingeniería en la República, a cuyo objeto debería prestar especial atención el Poder Ejecutivo, Melgarejo, dirigiendo la vista a una recua de jumentos que en aquel instante cruzaba el camino, respondió al extranjero con toda la llaneza del soldado:

—En Bolivia no hay más ingenieros que esos (señalando a los borricos) ni más ejecutivo que éste, —levantando el látigo que tenía en la mano derecha.

En aquella época encerraban una grande y amarga verdad estas palabras del presidente: mas, ¡qué triste idea daba con ellas de su país a un extranjero!

Hoy, por fortuna, la República no reconoce ni acepta ingenieros ni Poder Ejecutivo de esa clase.

A FRANCIA POR EL "DESECHO"

El general Melgarejo, amaba lo grande, y por eso amaba a Francia.

Profesaba una especie de culto por esa nación ilustre, para esa gran patria de la Humanidad.

Hallábase excitado por el licor la noche en que recibió la noticia de haber estallado la guerra franco-prusiana.

Era la medianoche y a esa hora hizo tocar generala, mandó que formase todo el ejército en la plaza mayor de La Paz y dio orden de marcha.

Una gran alarma cundió en toda la ciudad y en el ejército, que no sabía hacia dónde era la marcha en hora tan intempestiva.

Nadie acertaba a explicarse el misterio de aquellas maniobras militares, hasta que se presentó el general Melgarejo en la plaza, con el poncho puesto, con su gran sombrero de paja y montado en el soberbio *Holofernes*, que parecía orgulloso de conducir al gran ciudadano de Bolivia y capitán general de sus ejércitos, al General de división de Chile y Gran Cruz de la Imperial Orden del Crucero del Brasil; al bravo soldado que había combatido por la patria y había llevado victorioso el estandarte boliviano en campañas nacionales como las de Socabaya, Yanacocha, Ingavi, Iruya y Montenegro.

Melgarejo detuvo su caballo frente a su grande y leal ejército de diciembre y le dirigió esta proclama:

“¡Soldados! La integridad de Francia está amenazada por Prusia.

“Quien amenaza a Francia, amenaza a la civilización y a la libertad.

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

"Voy a proteger a los franceses, que son nuestros mejores amigos y a quienes amo tanto.

"Vais conmigo a atravesar a nado el Océano, pero cuidado con mojar las municiones!".

Y se puso en marcha a la cabeza de su ejército.

Entre tanto todo era confusión y alarma en el palacio y en la ciudad.

Cerca del panteón mandó hacer alto, y allí le dieron alcance sus ministros, para disuadirle de seguir la marcha; y como uno de ellos le preguntara por dónde iría el ejército a Francia, Melgarejo le respondió:

—¡"Por el *desecho*!"

En aquellos momentos una lluvia torrencial empezó a caer, y con el agua se refrescó la cabeza del general a quien lograron disuadir, al fin, sus ministros, de tal atrevido proyecto que intentaba llevar adelante.

Al amanecer, el ejército regresaba a sus cuarteles y el capitán general a su palacio.

AL PERU POR SABANAS

Hacía tres o cuatro días que ninguna de las personas que buscaban al general Melgarejo, en su palacio, podían verle.

Se decía que su excelencia se había indisposto a consecuencia de una herida que él mismo se había ocasionado en un pie, jugando con su espada; mas, no era verdad, sino que el presidente estaba entregado a un néctar sostenido, que no le permitía mostrarse en público.

En uno de aquellos días, el general Campero a quien Melgarejo amaba y respetaba, se dirigía a pa-

EL GENERAL MELGAREJO

lacio a informarse del estado de salud del presidente, pues él también creyó en lo de la herida del pie, cuando encontró en la calle a un edecán que le dijo:

—Iba a ver a usted, mi general, porque su excelencia le llama.

Llegado el general Campero a Palacio, el edecán le introdujo en el dormitorio del presidente, que se encontraba en cama, y que la había hecho colocar en el suelo; estaba afirmado contra las almohadas; cubría su espalda un abrigo, y su cabeza un birrete de terciopelo lacre bordado en oro.

Melgarejo estaba, como siempre, imponente. Saludó con cariño al general Campero, y como éste le preguntara cómo se sentía de la herida, contestóle su excelencia:

—No tengo nada en el pie; he dicho eso nada más porque no vengan a molestarme tantos pretendientes y majaderos que ya me tienen fastidiado.

Departía agradablemente Campero con el general, con aquel encanto que tenía en su conversación familiar, con el que, como dice aquél, sabía infundir cariño y hacerse perdonar sus faltas.

La conversación se iba animando cada vez más, al calor de las copas de cerveza que se sucedía sin interrupción, y estaba aquélla en lo mejor, cuando el edecán de guardia anunció al presidente que habían venido los ministros de Estado.

Entraron éstos, y el señor Bustamante, desdoblando unos papeles que llevaba, dijo al presidente que traía una magnífica propuesta enviada desde París por el general Santa Cruz, sobre las *huaneras* de Mejillones a lo que Melgarejo respondió:

—Déjese usted de *huaneras*, que por ahora tenemos que tratar de un asunto de grande importancia.

Y haciendo tomar asiento a los ministros les manifestó el plan que tenía de invadir inmediatamente el

Perú, bajo el pretexto de combatir la revolución de Prado y sostener el gobierno de Pezet.

¡Cómo comprendía el derecho internacional el presidente!

Bien dice Subieta, que este hombre, que era capaz de incendiar el villorrio donde nació, soñaba con la conquista del continente.

Absortos quedaron los ministros con la ocurrencia del presidente; y como los señores Muñoz y Bustamante le hicieran algunas juiciosas reflexiones y le manifestaran su desaprobación, Melgarejo, poniéndose cleríco y exaltado, se quita el birrete bordado, y tirándolo al suelo, exclama:

—¡He aquí para lo que sirven los ministros, para hacerle a uno observaciones y ponerle dificultades! ¡Maldita la hora en que formé ministerio! Sin él, ya habría dado mi orden general, y mañana mismo estaría con mi ejército en marcha al Desaguadero!....

Trataron los ministros de calmar la excitación del presidente, y entonces, mudando éste de tono, continuó:

—¡Sí! Es de necesidad que nos pongamos en campaña, porque no tenemos otro modo de salir de apuros. Vean ustedes los trabajos en que ahora mismo estamos para pagar al ejército. ¿Qué será dentro de dos meses? Y cuando mis soldados me pidan socorro y yo no tenga ni un pan para darles, ¿qué será de nosotros? Que nos fusilarán, y en seguida saquearán las poblaciones. Para evitar todo esto, es preciso pues, que cuanto antes, demos entretenimiento al ejército. Diré que voy a apoyar a Pezet porque es un gobierno legítimo; pero esto lo diré por decirlo, será mi pretexto, porque a nosotros, ¿qué nos importa en realidad, ni Pezet, ni Prado, ni que mande quien mande en el Perú? Lo que me importa es buscar una ocasión para hacernos de plata. ¿De dónde vamos a sacar recursos

EL GENERAL MELGAREJO

en Bolivia que está tan pobre y cuando todos estamos lo mismo? Vean ustedes —decía (desenvolviendo los cobertores de su cama)— vean ustedes qué presidente ¡ni sábanas tengo!.... ¡Voy, pues, señores, a traerme sábanas del Perú!

Y a esa hora (era ya entrada la noche) obligó el presidente al ministro de la guerra a redactar y hacer comunicar al ejército la orden general de marcha para la madrugada del día siguiente.

El general Melgarejo hallaba un *casus belli* con el Perú, en la necesidad que tenía de dinero para pagar a su ejército, como lo hubiera hallado Atila, o lo halló más de un guerrero en la Edad Media, para invadir un estado vecino.

Además, Melgarejo no comprendía otra forma de gobierno que la dictadura militar, y a la política y a la diplomacia misma, quería hacerlas obrar como él, militarmente.

Gran trabajo costó esa noche a los ministros, y muy en especial a los señores Muñoz, Bustamante y Oblitas, disuadir al presidente de su temerario y absurdo proyecto.

Por fin el sueño calmó la excitación producida por el licor en el cerebro del capitán general y al despertar en la mañana siguiente, aceptó las reflexiones de sus ministros y no pensó ya más en irse al Perú por sábanas.

A LA OTRA BANDA O AL OTRO MUNDO

Corrían los primeros meses del año 1868 y las excesivas lluvias de aquellos días habían aumentado tanto las aguas de los ríos, que éstos estaban, en su mayor parte, invadearables.

Este obstáculo para una marcha, nada importaba al general Melgarejo, quien, en tales circunstancias, se hallaba viajando en coche, de Potosí a Sucre. Al llegar al Pilcomayo, encontró a este imponente río con una crecida formidable. Este inconveniente no intimidó al héroe de diciembre, quien ordena al conductor del coche, un yanqui, guapo como todos los yanquis, que aumente un tiro de caballo al coche para que penetrasen en el caudaloso río. Al oír esta orden las personas que iban con el presidente en el coche, trataron de salir de él y esperar en la ribera hasta que las aguas del Pilcomayo bajaran siquiera un poco, para pasarlo.

—No, señores —les dijo entonces Melgarejo, incomodado y con energía—, nadie se mueve de aquí conmigo pasan o conmigo se ahogan hoy todos ustedes, —y dirigiéndose al yanqui le gritó: —ponga usted veinte caballos, y ahora mismo, ¡a la otra banda o al otro mundo!

El yanqui obedeció, y pocos minutos después, tirado por veinte caballos penetraba el coche en las ondas turbias y encrespadas del caudaloso Pilcomayo.

Los que acompañaban a Melgarejo debieron hacer en aquellos momentos un acto de contrición y esperar la muerte. Los que presenciaban este espectáculo en las riberas dieron al capitán general por muerto.

El coche empezó a hundirse en el río y el agua penetró dentro, bañando al general y a la comitiva;

EL GENERAL MELGAREJO

pero la fuerza de los veinte caballos sacó adelante el coche, a la opuesta orilla.

En Sucre corrió, entre tanto, la noticia de que Melgarejo se había ahogado, noticia que llevó un indio. El batallón Colorados, tan célebre en nuestra historia, quiso amotinarse y salió de Sucre precipitadamente en pos siquiera de los restos de su capitán general, a quien encontró en el camino lleno de salud y vida, contento, satisfecho y orgulloso de la proeza que acababa de ejecutar.

Aquel hombre que tantas veces había vencido en los campos de batalla a sus enemigos, acaba en las playas del majestuoso Pilcomayo, de vencer el poder de las aguas.

¡DE FREnte! ¡MARCHEN!

Visitaba un día al general Melgarejo en su palacio de La Paz, uno de los ministros extranjeros; y como le hablase sobre el estado de la disciplina y subordinación que había notado en el ejército, dijo aquél:

—¡Oh! es tanta que ahora mismo le voy a dar a usted una prueba de ella.

Y llamando al edecán de guardia, le ordenó que hiciera formar, sin armas, el escuadrón Escolta y que penetrase éste en el salón.

Efectivamente, entró formado el escuadrón, y Melgarejo colocándolo frente a uno de los balcones, cuyas ventanas abrió de par en par, dió esta voz de mando:

—¡De frente, paso redoblado, marchen!

Y los soldados marcharon hasta el balcón, llegado al cual, para no interrumpir la marcha, fueron tirándose a la calle.

La disciplina y la obediencia de los soldados del general Melgarejo eran extraordinarias, aunque no las creemos en el grado a que llegaban en los soldados del doctor Francia, el tirano del Paraguay, a quien seguían relevándole la guardia y dándole el parte de ordenanza, hasta tres días después de muerto.

DENLE CHOCOLATE

Una noche en que Melgarejo estaba muy de buen humor y bebía cerveza en su palacio rodeado de algunos de sus amigos íntimos, entró a verle el coronel Molina, hombre bastante sobrio y honrado. Melgarejo le recibió con todo cariño; con esa exquisita amabilidad que sabía emplear en su trato, en sus momentos de expansión y buen humor, y sirviéndole él mismo un vaso de cerveza, le dijo:

—Tome usted, mi coronel.

—Gracias, excelentísimo señor —contestó éste— a esta hora, no acostumbro.

—¿Y qué acostumbra tomar a esta hora, mi coronel? —preguntó el presidente.

—Generalmente un pocillo de chocolate, excelentísimo señor —respondió Molina.

—Pues que le sirvan chocolate —dijo don Mariano; y acercándose a un edecán, le dió en voz baja esta orden:

—Mande usted hacer ahora mismo una tinaja de chocolate. Yo le enseñaré a este coronel a no despreciar la cerveza.

El edecán salió al punto y la conversación continuó tan animada y alegre como antes.

Pocos minutos después, el mismo edecán presentaba al coronel una tinaja del sabroso chocolate de

EL GENERAL MELGAREJO

La Paz. Entonces Melgarejo, cogiendo un vaso de cerveza, le dijo:

—Vaya, mi coronel, en su obsequio beberé cerveza y usted me corresponderá tomando chocolate. A su salud.

Y el presidente siguió bebiendo cerveza, obligando al coronel a corresponderle con sendas tazas de chocolate, y estaba resuelto a hacerle concluir toda la tina, si el invitado, a la cuarta o quinta taza, no hubiera salido desbocado y hubiera ganado la calle.

Este hecho es muchísimo menos bárbaro y censurable que el que cometió el dictador de la República Argentina, don Juan Manuel de Rosas, con un tal señor Ibarlas, a quien un día convocó a comer con él, y le obligó a comerse una servilleta, de cuyas resultas murió.

CUMPLEAÑOS DEL PRESIDENTE

Bajo el gobierno de don Mariano Melgarejo, ni el aniversario de la gran batalla de Ayacucho, que decidió de la suerte de Sud América, ni el de la independencia de la República, se celebraban con la pompa oficial que el cumpleaños del presidente, que tenía la gracia de ser fiesta móvil como el Corpus o el Carnaval; pues aunque Melgarejo nació en Tarata el 13 de abril de 1820, él siempre celebraba su natalicio el domingo de Pascua.

En el año 1869, cayó este día el 28 de marzo y, por consiguiente, se celebró en La Paz y en todos los demás departamentos de la República, el cumpleaños del presidente Melgarejo.

Tuvo lugar por la tarde en el palacio de gobierno, un grande y espléndido banquete oficial, en el que

hubo muchísimos brindis todos en loor de su excelencia.

Tocole el turno de brindar al prefecto del departamento de La Paz, quien dijo que hacía votos por que el general Melgarejo viviese por lo menos 50 años más para que se prolongase así la envidiable felicidad de que disfrutaba la patria boliviana, y para tener el gusto de consagrar todos sus años de vida al servicio de tan grande hombre.

Concluido este brindis, que fue uno de los menos serviles y abyectos que en aquel banquete se pronunciaron, Melgarejo, levantando la copa, contestó al prefecto estas palabras:

—Pues yo no deseo vivir tantos años, y es muy probable que a la vuelta de un año más muera quien sabe cómo y que me lleven los diablos.

¡Qué idea tenía de su destino y de sí mismo este pobre general! El banquete de 28 de marzo se prolongó hasta muy altas horas de la noche, en que se convirtió ya en la más degradante orgía, y que el presidente, ebrio, bailaba y bebía con los soldados en los salones y en patios del harto profanado palacio de gobierno.

SOBRE UN CAÑON

Después del combate de Letanías (24 de enero de 1866) en que el ejército del general Melgarejo, derrotó al constitucional mandado por el general Casto Argedas, y del cual el vencedor tomó gran número de prisioneros entre jefes, oficiales y soldados, Melgarejo se situó en el pueblo de Viacha, en cuya plaza firmó sobre un cañón un decreto de convocatoria a una asamblea nacional que debía reunirse el 6 de agosto de

EL GENERAL MELGAREJO

aquel año, habiendo pocas horas ántes firmado sobre un tambor, en el mismo campo de batalla, después de la victoria, aquella hermosa proclama que dirigió a la nación y que empezaba con estas palabras: "El humo de la pólvora ha purificado la atmósfera política....".

Melgarejo intentó hacer su entrada en La Paz, no ya en su brioso corcel, sino montado en el cañón sobre el cual había firmado el decreto de convocatoria a una asamblea.

Los prisioneros fueron colocados en el Loreto, en ese mismo recinto sombrío y de fúnebre recordación, donde pocos años antes, habían sido sacrificados el ex-presidente de la república, Jorge Córdova y sus compañeros de prisión, por la ferocidad del comandante general del departamento, coronel Plácido Yáñez.

Melgarejo hizo su entrada triunfal en La Paz, cuyos habitantes le recibieron poseídos de terror.

Al día siguiente de su llegada, montó a caballo y se dirigió a la plaza de Loreto. Una vez allí ordenó que sacaran a todos los prisioneros y los hicieron formar.

Conocidos el carácter y los hechos del presidente, los prisioneros recibieron esta orden como una sentencia de muerte; y las personas que estaban en la plaza, sobrecogidas de terror, esperaban presenciar una escena de sangre y de venganza.

Salieron todos los prisioneros, entre los cuales había muchos militares del ejército de Melgarejo, que se habían pasado al enemigo el día del combate.

Todos ellos esperaban la muerte.

Una vez formados, se acercó a la línea el general Melgarejo, y después de contemplarlos con una mirada que heló la sangre en las venas de aquellos hombres que creían hallarse en el último instante de su vida, les dijo:

—¿Con que éstos son mis opositores? ¿Estos eran los que pensaban vencer a Melgarejo? ¡Fuera de aquí,

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

canallas! Vayan a sus casas, no vuelvan a meterse a guapos conmigo, y dedíquense a cuidar a sus familias. Largo de aquí, demagogos, ¡ca.... narios!

Los prisioneros, a quienes se les volvió el alma al cuerpo, se esparcieron veloces por todas las calles, como bandada de mariposas, y los que esperaban presenciar la ejecución de aquéllos, presenciaron más bien un acto de noble magnanimitad del valiente general Melgarejo. Acto digno de sincero aplauso.

CON ESA ESPADA VENCERA

No sin razón se decía que el general Melgarejo era la primera espada de Bolivia.

Cuando la escuadra española atacó al Perú y que terminó con el bombardeo del Callao el memorable 2 de mayo de 1866, después de suscrito por los gobiernos del Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, el pacto de Unión Americana, hicieron presente al general Melgarejo que era menester auxiliar al Perú, Melgarejo entonces sacó su espada e hizo decir al presidente del Perú, general Mariano Ignacio Prado, que ya que él no podía ir personalmente a ayudarle en el combate que se libraría con los españoles, ahí le enviaba su espada; que se la ciñera en el día de la batalla, seguro de triunfar, y que con esa espada vencería.

Y realmente, nos aseguran que ésa era la espada que el presidente del Perú llevaba en la gloriosa jornada del 2 de mayo.

ROJAS

“El órgano de la destructibilidad, dice Pablo Subieta, estaba sumamente desarrollado en el cerebro del general Melgarejo. Los instintos, hábitos y propensiones de todos los animales feroces y benignos, habían ido a buscar representación en esa síntesis de todas las pasiones, desde la ambición hasta la concupiscencia y desde la ira hasta la piedad”.

Después del triunfo de Melgarejo en La Paz, el 27 de marzo de 1865, al buscar armas en una casa particular, la policía encontró en ella, oculto y postrado en cama, a un individuo de apellido Rojas, uno de los partidarios más acérrimos del general Belzu y que había tomado la más activa parte en la revolución contra Melgarejo.

Era el lunes santo y el presidente, que estaba ebrio cuando recibió la noticia de haber sido encontrado el tal Rojas, ordenó que inmediatamente fuera conducido a la plaza y fusilado en el acto.

Habiéndose manifestado a su excelencia, que aquel infeliz estaba postrado en una cama en su escondite, ordenó que en la cama lo fusilasen.

La orden no podía ser más cruel.

El general Juan M. Mujía, muy buen caballero y muy amigo del general Melgarejo, sabedor de esta ocurrencia, voló a ver al presidente y dijo:

—Ya traen a Rojas, que bien merece ser fusilado, porque es un picaro.... pero señor, hoy es lunes santo, y ¿cómo vamos a derramar sangre? Creería el pueblo que no hacemos caso de la religión. ¿No le parece, señor, que dejemos pasar la semana santa y los primeros días de la Pascua, para fusilarle en seguida?

—¡Está bien! —dijo el presidente, que en medio de la ira, muchas veces era dócil a la voz de la amistad.

Fue, pues, suspendida la orden de fusilar a Rojas, de quien no se acordó más el general Melgarejo, hasta muchos días después de este suceso, en que preguntó a uno de sus generales qué fue del tal Rojas. Habiéndosele entonces manifestado que este hombre tenía una numerosa familia que se hallaba en la miseria y que él continuaba oculto, que no podía trabajar por su enfermedad, ni salir porque había tomado una participación activa en favor de Belzu, a quien había profesado una lealtad a toda prueba, dijo Melgarejo:

—Pues que tan leal es ese hombre y sabe arrastrar tantos sufrimientos en aras de sus convicciones, y tiene hijos que carecen de pan, merece ser protegido.

Y acto continuo hizo traer a Rojas, a quien aplaudió por su lealtad a Belzu, haciéndole un régalo para mejorar la situación de su familia y le asignó una pensión, cuyo pago ordenó al Tesoro hacer de preferencia.

Melgarejo ha tenido en medio de sus crímenes, muchos rasgos de grandeza y generosidad como éste.

UN SALTO MORTAL

El general Melgarejo marchaba con su ejército de Sucre a Potosí. El ejército iba por delante y le seguía el capitán general con su comitiva.

Melgarejo, como todos los tiranos, era aprensivo, desconfiado y suspicaz, en alto grado.

Hacía algún tiempo que desconfiaba de la lealtad del escuadrón Sucre, que ese día marchaba a la cabeza del ejército. Llegaba éste a Samasa, y al pasar por un largo callejón, Melgarejo notó que el escuadrón se

EL GENERAL MELGAREJO

desviaba un tanto del camino real, y con la rapidez del águila y la bravura del león, metió espuelas a su caballo, se separó de su comitiva y para dar alcance al escuadrón, dió, a caballo, un salto mortal, salvando una pared y yendo a dar de cabeza contra la lanza de un coracero, que le causó una herida en la frente.

Nos sorprende el hecho a los que hemos visto la pared que saltó el general Melgarejo, al aproximarse a Samasa.

Cerciorado de la inocencia con que el escuadrón se desvió un poco del camino real y después de dirigir una reprimenda a sus jefes, el presidente volvió a su puesto y siguió la marcha.

LOS PASAPORTES DE MELGAREJO

Cuando Melgarejo daba a sus sicarios la orden de fusilar a algún individuo, decía generalmente: "¡Dénle pasaporte para la otra costa!" ¡Y cuántos de estos pasaportes se dieron en los seis años de su administración!....

El coronel don Luis Lozada, primo hermano del general Melgarejo, era uno de los jefes más valientes y más distinguidos del ejército de éste.

El presidente, a pesar de su carácter enteramente desconfiado y aprensivo, tenía plena confianza en la lealtad de su primo hermano, a quien llegó a confiar el mando de una división en los departamentos del Sud de la República.

Desgraciadamente para el coronel Lozada, a su regreso a La Paz, tuvo una seria y funesta desavenencia con el general José Aurelio Sánchez, hermano de doña Juana, la favorita del presidente, por cuyo motivo es-

talló una división y profundos odios surgieron entre el coronel y la familia Sánchez.

Este incidente enfrió el afecto del general Melgarejo para su primo hermano, a quien, bajo el pretexto de un arreglo de cuentas sobre la caja del batallón 2º, se le separó de su comandancia.

“Siguióse con Lozada —dice un historiador— una serie de persecuciones y actos arbitrarios, hasta el punto de tener que buscar un día asilo en la legación peruana, de donde salió para ser relegado algunos días más tarde a la provincia de Yungas”.

Todo esto complacía mucho al acérrimo enemigo del coronel Lozada, el general José Aurelio Sánchez, el predilecto del presidente, y ¡quién lo creyera! el mismo que debía asesinar a Melgarejo en Lima, durante su proscripción, pocos años más tarde en la noche del 23 de noviembre de 1871.

“No sabemos —dice Sotomayor Valdez— si por haberse escapado de Yungas, o por nuevas desconfianzas de Melgarejo, Lozada fue reducido a prisión, y bajo la custodia de tres o cuatro oficiales, era traído a La Paz, cuando seduciendo a sus propios guardianes, huyó con ellos”.

Poco tiempo después, Lozada penetró ocultamente en La Paz, donde parece que intentó hacer una revolución.

El general Melgarejo estaba visitando entonces su país natal, Tarata, y el consejo de ministros que dejó en La Paz, hizo capturar al coronel Lozada en la noche del 31 de diciembre de 1868, y lo remitió al cuartel general.

Nadie ignora en Bolivia lo que en aquella época del terror, significaba ir al cuartel general; era la condenación a una muerte casi segura.

El 6 o 7 de enero de 1869, llegó el preso a Tarata, en circunstancias en que los religiosos de San Fran-

EL GENERAL MELGAREJO

cisco preparaban una misa de gracias para el 8 por la llegada del presidente, a quien comprometieron para asistir a ella.

Movida por la caridad y por numerosos empeños, la comunidad franciscana se apresuró a interponer sus oficios en favor del desgraciado coronel Lozada, y, en efecto, se acercaron los padres a Melgarejo, para pedirle encarecidamente no la libertad, sino la vida del preso. Melgarejo acabó por prometer seriamente a los religiosos, que no haría fusilar a Lozada. Los padres se retiraron contentísimos agradeciendo la generosidad del presidente y recordándole que al día siguiente debía tener lugar la prometida misa de gracias.

En efecto, el día siguiente a las ocho de la mañana, presentóse el general Melgarejo con su comitiva en el templo, oyó la misa y luego fue invitado a almorzar en el mismo convento.

Melgarejo estaba alegre y charlador en la mesa, rodeado por toda la comunidad.

Uno de los religiosos que el día antes fue a pedir por la vida de Lozada, le preguntó a qué lugar pensaba confinar al coronel; con la mayor serenidad y sangre fría, le contesó el general:

—Ya le di sus pasaportes y lo despaché esta mañana a las cinco.

—Adónde, mi general? —le preguntó el religioso.

—Al otro mundo, padre mío —respondió su excelencia.

La comunidad quedó estupefacta.

En efecto, a las cinco de la mañana, Melgarejo había hecho fusilar a su primo hermano, el infeliz coronel Lozada.

UN ANIVERSARIO DE AYACUCHO

“No hay peor plaga para la moral social de los pueblos —dice el laborioso escritor chileno don R. Sotomayor Valdez— que un gobierno receloso y desconfiado”. El del general Melgarejo lo era en grado superlativo, y por eso perdonaba muchos delitos y rara vez perdonaba a un revolucionario político.

En la noche del 8 de diciembre de 1869, llegó a La Paz, remitido preso por el prefecto de Cochabamba, un distinguido joven, el señor don Ladislao Santos, acusado de ser enemigo encarnizado del gobierno de diciembre.

Tan luego como Melgarejo tuvo conocimiento de su llegada, ordenó al general Leonardo Antezana, a la sazón comandante general de La Paz, y el más sanguinario y cruel de los esbirros de aquella época, que a la madrugada hiciera fusilar al señor Santos, quien se hallaba ya preso con centinelas de vista en uno de los cuarteles.

Todos los ministros, y muy en especial el bondadoso general Nicolás Rojas, ministro de la Guerra, interpusieron sus súplicas ante el presidente para que perdonara a Santos; pero todo fue en vano; su excelencia estaba excitado por el licor y no cedia.

El general Rojas vió personalmente entonces al general Antezana, y le rogó con encarecimiento que no hiciera ejecutar al preso; que aguardara a que se despejara la cabeza del presidente al siguiente día, en que esperaba conseguir el perdón del señor Santos.

Antezana no pudo negarse a los ruegos del ministro de la Guerra, y le prometió suspender la ejecución.

EL GENERAL MELGAREJO

El general Rojas se retiró tranquilo a su alojamiento más de la medianoche, seguro de haber salvado la vida de un hombre, y de un hombre inocente.

Entre los ministros de Melgarejo, el general Rojas era siempre el primero que intercedía por las víctimas y que se oponía a las arbitrariedades y salvajadas del presidente.

A las cuatro de la mañana del 9 de diciembre, el feroz Antezana, saliendo de su casa se dirigió al cuartel donde estaba Santos; lo hizo sacar de allí con una partida de rifleros y conduciéndole a la plaza, frente al palacio de gobierno, lo hizo fusilar, después de dirigirle los más soeces insultos.

Al ruido de la descarga despertaron los vecinos de la plaza, que por el momento no podían darse cuenta de lo que pasaba, y solamente algunas horas después supieron y supo toda la población, que Melgarejo había hecho fusilar por una simple sospecha y sin forma ni figura de juicio al señor Ladislao Santos, cuya ejecución se asegura, presenciaba, envuelto en su bata encarnada, desde uno de los balcones del palacio.

A las nueve de la mañana se acordó Melgarejo que ese día era el aniversario de la grande y memorable batalla de Ayacucho, y como para celebrar aquel glorioso aniversario, se dirigió a la cárcel pública, hizo abrir las puertas y dijo a los presos, entre los que había reos rematados, asesinos, ladrones, etc.:

—Yo os doy la libertad a todos, marchaos —y, al mismo tiempo, repartíoles dinero.

Atropellando las atribuciones privativas del poder judicial, daba libertad a los criminales y fusilaba a un inocente, cometiendo ese día un doble crimen y ultrajando el recuerdo de uno de los días más grandes de la Libertad y de la República.

¡Qué idea tendría ese hombre de la justicia!

¡Cómo celebraba aquel bárbaro, el aniversario de Ayacucho! ¡Repartía dinero al crimen y balas a la inocencia!

UNA COLEGIALADA

Cuando se firmó el tratado de límites de 27 de marzo de 1867 entre Bolivia y el Brasil, tratado por el cual cedimos a aquel Estado una vasta y rica porción de nuestro territorio oriental, se levantaron voces de protesta en todos los departamentos de la República.

Estudiante de Derecho en la Universidad de Chuquisaca, era entonces el animoso joven don José Manuel Gutiérrez, quien tuvo el valor suficiente para convocar un comicio popular en la capital, con el objeto de protestar contra el referido tratado y la mutilación que con él sufría el territorio nacional.

El joven Gutiérrez fue llamado entonces por el prefecto de Chuquisaca, ante quien ratificó su protesta, y de cuyo despacho fue conducido a la cárcel, y al día siguiente enviado a pie y con una buena escolta al cuartel general.

La familia del valiente y patriota joven, consiguió remitirle una bestia ensillada, que le dió alcance a las dos o tres leguas de camino.

Llegó Gutiérrez a La Paz, precisamente en momentos en que el general Melgarejo se hallaba en una famosa crápula. Fue encerrado en un calabozo del cuartel del batallón 50.

Pocas horas más tarde se le ocurrió al presidente visitar los cuarteles; llegó al del batallón 50. y preguntó en el patio por Gutiérrez.

EL GENERAL MELGAREJO

El ministro de la Guerra, general Rojas, le dijo entonces que aún no había llegado a la población, sino a las inmediaciones, devorado por una fiebre atroz que le había ocasionado el susto de su remisión al cuartel general y las penalidades del camino; que era aquél un pobre colegial, a quien harían llegar más tarde, y que sería un acto de nobleza y magnanimitad en su excelencia hacerle poner en libertad, porque tampoco merecía la pena enjuiciar ni castigar a un muchacho.

—Tiene usted razón —dijo Melgarejo— en el momento que llegue ese colegial, despáchele usted a su casa: que se vaya libremente. Creo que lo que ha hecho en Sucre, no pasa realmente de ser una *colegiadada*.

Apenas el presidente regresó a palacio, el general Rojas regresó al cuartel donde estaba preso Gutiérrez, y lo puso en libertad.

LA PISTOLA DE DON JUAN

Cuando en la noche del 25 de marzo de 1865, el general don Narciso Campero puso en manos de Melgarejo la hermosa banda presidencial que traía desde Lima, como obsequio que hacía al presidente el ministro de Bolivia en el Perú, doctor Juan de la Cruz Benavente, entregó también al secretario general, doctor Muñoz, una preciosa pistola con culata de marfil, que le enviaba el mismo diplomático.

El doctor Muñoz regaló la pistola al general Melgarejo, suplicándole que se sirviera de ella ya que tan oportunamente llegaba.

Algún tiempo después del combate de 27 de marzo, como el general Campero elogiara en palacio la

habilidad de un armero de La Paz, que le acababa de componer su revólver, dijole Melgarejo:

—Puesto que está usted tan satisfecho de ese armero, sírvase hacer componer también esta pistola que no sé qué tiene, pues no quiere hacer fuego, por más que la hemos ensayado aquí varios.

Y entregó al general Campero la pistola, “que era la misma, dice este general, que en la noche del 25 de marzo, puso el doctor Muñoz en manos de Melgarejo y que llevaba éste en el combate del 27”.

Habiéndola devuelto el armero al día siguiente, volvió a ensayarse la pistola en el palacio y de los cinco tiros que tenía, muy apenas pudo salir uno.

—¿Qué tal? —dijo entonces el general Melgarejo— “lucido hubiera salido yo si, contando con esta pistola, hubiese llevado adelante mi idea, cuando se quedaron parados los coraceros. (Aludía a la amenaza que hizo de *destaparse* los sesos).

—Y vean ustedes —continuó— como en todas las cosas dejan conocer los hombres lo que son: si hubiera sido militar el que mandó este obsequio de Lima, hubiera tenido cuidado de ensayarla antes de comprarla; pero el señor Benavente, como buen doctor, sólo se fijó en que era bonita y tenía la culata de marfil.

Si ésa fue la pistola que el general Melgarejo llevaba el 27 de marzo, durante el combate, vuelve a asaltar nuestro ánimo cierta especie de duda sobre quién asesinó al general Belzu (1). En vista de todo cuanto desde aquella época se ha dicho y se ha escrito sobre el particular, no nos atreveríamos a sostener que le asesinó Melgarejo, ni a negarlo rotundamente tampoco.

(1). Posteriores y prolíjas investigaciones, nos han persuadido de que no fue él quien disparó el tiro que mató a Belzu sino un sargento de los que con él entraron al palacio.

EL GENERAL MELGAREJO

La dichosa pistola volvió al armero para que la arreglase de nuevo; pero éste la devolvió otra vez manifestando que no admitía compostura y que era inservible.

Entonces el general Melgarejo opinó porque la pistola de don Juan debía colocarse al lado de la carabina de Ambrosio.

MUERTO EL PERRO

Un día ocurriósele al presidente Melgarejo, que conocía muy bien la abyección de sus cortesanos, hacer de toro y que sus edecanes hicieran de toreros.

Servía de circo el patio del palacio de gobierno. Presentóse el presidente con su bata lacre, los edecanes empezaron a torearle, y el toro humano, salió tan bravo, que echó por tierra a cabezazos y patadas a todos los matachines, que acabaron la función más muertos que vivos, como se dice vulgarmente.

Otro día en el salón principal de palacio, tuvo otra de esas que sus cortesanos llamaban genialidades del presidente. Quiso divertirse con uno de los jefes del ejército, y amenazándole con la espada le gritó:

—¡Muerto el perro!

El coronel, vestido con su uniforme de alta graduación, se tendió en el suelo haciéndose el muerto, como hace un perro adiestrado. El presidente se acercó entonces y le levantó una mano, después un pie, luego se plantó de cabeza sobre el estómago del coronel, y en seguida le arrastró de una pata hasta la puerta, diciéndole siempre ¡muerto el perro! y allí, dándole de puntapiés, le gritó que despertase, que ya era bastante, entre las risas y los aplausos de los cortesanos.

Bien sabía Melgarejo entre qué gentes estaba. Melgarejo, como todos los tiranos, ha tenido algo de raro, de extraordinario, de superior, como dice Subieta. Sin embargo, no ha sido un tirano sombrío como el doctor Francia, ni atrocmente sanguinario como Rosas, ni cauteloso y tétrico como Tiberio, sino más bien un loco intemperante como Nerón.

Era ingénitamente bueno; pero esa bondad, falta absolutamente de educación, había sido sofocada por las pasiones, los instintos sensuales y las tendencias orgánicas; pues, como dice el mismo Subieta, todo en él era orgánico, fisiológico, material.

¿CONFIANZA? NI EN MI CAMISA

Era un día frío y nebuloso en La Paz, uno de esos días sin sol, que a los bolivianos parecen convidarnos a hacer revoluciones.

Al levantarse de la cama, el general Melgarejo, recibió la noticia de haberse descubierto un plan revolucionario en el que figuraba un jefe en quien él tenía plena confianza, si en alguno la tuvo completa aquel hombre suspicaz y desconfiado.

—Verdaderamente —dijo Melgarejo— en nadie debo yo confiar.

Y como el jefe que con él hablaba, le dijera que no había cuidado, que triunfaría siempre y que su excelencia debía tener plena confianza en la lealtad de su ejército, contestó el presidente:

—¿Confianza? ¡Ni en mi camisa!

Y sacándose ésta, la colgó en la pared, llamó cuatro rifleros de su guardia y les dió orden de fusilar a la camisa, y la dichosa camisa de su excelencia fue quemada a balazos.

ACTOS PRIMOS

Siempre que el presidente cometía alguna barbaridad, sus cortesanos y adeptos procuraban disculparla y la calificaban de acto primo del general Melgarejo.

Y los actos primos se sucedían unos en pos de otros.

Acto primo fue el que cometió un día en el patio de uno de los cuarteles de La Paz, donde pegó un balazo y despachó al otro mundo a un oficial apellidado Rubio, por no sabemos qué ligera falta. De actos primos se calificaron también los que cometió con Belzu, con Cortez, y con sus edecanes Sotomayor y Palma.

Corría el año 1865. Melgarejo se hallaba en La Paz, y hacía días que ni sus ministros podían verle; estaba encerrado en su palacio con su favorita, y completamente entregado a la bebida.

Excitado por el licor y celoso y desconfiado por naturaleza, tuvo, según se dijo, un altercado con doña Juana, a quien en un momento de despecho, quiso atravesar con su espada. Acudió en socorro de ella el edecán de guardia, teniente coronel Palma, y como pretendiera calmar a su excelencia, éste se le fue a la carga, espada en mano, y dejó inutilizado a sablazos al edecán que de aquellas resultas, por mucho tiempo no volvió a aparecer en público.

Si corrían peligro todos los que se acercaban al presidente cuando estaba excitado por el licor, mayor peligro corrían sus pobres edecanes, que estaban frecuentemente expuestos a ser víctimas de un acto primo de su excelencia.

EL CORONEL ARRAYA

Por los años de 1866 o 67, conocimos, ocupando el puesto de Comandante General del departamento de Tarija, al Coronel Egidio Arraya. Era un hombre alto, robusto, de gallardo y airoso continente.

Arraya había servido mucho a Melgarejo, quien le amaba por sus recomendables prendas y le admiraba por su valor, y era este coronel uno de los jefes más dignos y valientes del ejército de Melgarejo, a quien tal vez superaba en valor.

Aunque amigo del presidente al principio de su administración, Arraya era más patriota que partidario; y comprendiendo que la lealtad a un despota es deslealtad a la patria, se separó de Melgarejo, y pasó con franqueza y dignidad a formar en el partido de la oposición, en el partido que proclamaba el imperio de la ley, y la vigencia de la carta fundamental.

En el sangriento combate de las barricadas de Potosí (28 de noviembre de 1870) combatió Arraya contra Melgarejo, con valor heroico, y rindió la vida en aquella memorable jornada, en defensa de la libertad y la constitución.

Cuando el general Melgarejo penetró vencedor en la villa imperial de Potosí, derramó una lágrima por su antiguo amigo, e hizo que al día siguiente se celebraran honores funerarios en su memoria, a los que, por orden general, mandó concurriera todo el ejército.

Es que Melgarejo tenía siempre algo de grande: veneraba el valor aun cuando lo encontraba en sus enemigos, y en aquel día el vencedor tributaba noble homenaje de admiración al vencido.

ENTRE GENERALES

Si el general Melgarejo fue leal y decidido con muchos de sus amigos, cuyos servicios parecía no olvidar, fue ingrato y desagradecido con algunos, como con el distinguido y respetable general don Narciso Campero, a quien tanto estimaba y cuyos importantes y desinteresados servicios parece que llegó a olvidar completamente en un momento de susceptibilidad y de su desconfianza característica (1).

No sabemos si influencias extrañas ejercidas en el ánimo del general Melgarejo, o los prestigios del general Campero, le inspiraron esta desconfianza que se reveló por primera vez en La Paz, y que estalló mucho tiempo después, terriblemente en Paria.

En La Paz, entró una noche el general Campero a ver al presidente, quien se hallaba en su dormitorio, tomando ponche alrededor de una mesa redonda, en compañía del ministro Muñoz, el general Olañeta y dos o tres generales más. Campero formaba ya parte de la reunión y todos conversaban alegremente, incluso Melgarejo, cuando de improviso, sacando éste del bolsillo su inseparable revólver de cuatro tiros y, preparándolo, exclamó:

—¡No! ¡a mí no hay quién me revolucione, y si me lo hace será sólo matándome!

(1). El General Narciso Campero nacido en Tarija el 29 de octubre de 1813, fue uno de los militares más meritorios y de los hombres públicos más distinguidos de Bolivia. El mandaba al ejército aliado en la gran batalla del Alto de la Alianza en Tacna, librada por los ejércitos de Bolivia y Perú, contra el de Chile, el 26 de mayo de 1880.. Fue presidente de la República desde enero de 1880 hasta septiembre de 1884. Murió en Sucre el 11 de agosto de 1896.

Todos quedaron absortos ante aquella intempestiva ocurrencia del presidente, quien empezó a golpear con rabia el revólver sobre la mesa, poniendo en inminente peligro a los circunstantes, que empezaron a ver las orejas del lobo. El general Campero es el que estaba más sereno y tranquilo, sentado a la derecha del presidente, quien volviéndose a él le dijo:

—Ahora, general Campero, ¡usted me mata, o yo lo mato a usted!

—Ni usted mi mata, ni yo lo mato, mi general —respondió Campero— porque no hay motivo para ello.

—Pues entonces yo me mato —dijo Melgarejo poniendo contra su sien derecha la boca del revólver que, veloz como el rayo, le arrebató el general Campero, y se lo entregó al edecán de guardia, teniente coronel Matos.

El presidente quedó tranquilo en su dormitorio, y completamente ebrio, quedóse dormido.

Al día siguiente el general Campero regresó a ver a su excelencia, quien le recibió con la mayor cordialidad y, estrechándole la mano le dijo:

—Hombre! anoche hemos hecho algunas barbaridades.

—Sí, mi general —contestó Campero—, felizmente todo ha quedado entre los de la casa.

—¿Qué? —replicó Melgarejo—, si son los mismos edecanes y ayudantes de campo, esos canallas, los primeros en ir a contar afuera todo lo que aquí pasa.

Y realmente, se decía en La Paz, que esa noche el presidente había dado un balazo a uno de sus edecanes, pero que felizmente le erró el tiro.

Y así se desfiguraban siempre muchos hechos del general Melgarejo, que si era terrible cuando estaba

EL GENERAL MELGAREJO

su cerebro perturbado por el licor, era sagaz, amable, bondadoso, cumplido y atractivo, cuando estaba sereno.

Mucho tiempo después del suceso que acabamos de referir, y hallándose el general Melgarejo con su ejército en Paria, tuvo lugar otro acontecimiento más grave. El meritorio general Campero contaba con marcadas simpatías en el ejército, (lo que bastaba para enajenar la estimación del presidente) y parece que algo se dijo de probables trabajos en favor de este respetable patrício, en quien se fijaban entonces un buen número de paisanos y de militares, para elevarlo a la suprema magistratura de la República que debía desempeñar más tarde.

En la noche del 1º de agosto de 1865, entró el general Campero a ver al presidente a quien halló en el comedor, acompañado del doctor Muñoz y los generales Ravelo (1), Lanza, Goytia y Olañeta.

Su excelencia recibió con gran amabilidad al general Campero y le dijo poniéndole un asiento a su derecha:

—Póngase aquí, a mi lado, general.

Y ordenó que trajesen cerveza (esa malhadada cerveza, a la que el general Melgarejo debió casi siempre sus desaciertos) y tomando un vaso para sí y alargando otro a Campero, le dijo:

—Bebamos, mi general, a mí me gusta la cerveza, porque al fin y al cabo no soy ninguna anciana.

El general Campero sonrió ante esta ocurrencia y siguió la conversación, muy animada y agradable;

(1). El General José Manuel Ravelo, nacido en Sucre, era uno de los jefes más distinguidos y meritorios. Hijo de él fue el joven y valiente coronel Felipe Ravelo, que tan heroicamente combatió y murió en la batalla de Tacna. (26 de mayo de 1880).

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

y habiéndose tratado en aquellos momentos de una publicación hecha pocos días antes por este general, díjole Melgarejo:

—¡Qué buena su publicación, amigo! He mandado reproducirla en un periódico de Cochabamba, porque ha gustado a todos, excepto a los rojos, que le aborrecen a usted de muerte, y.... sírvale esto de gobierno, general Campero.

Y luego agregó:

—Yo también fuí de ese partido. ¿Quién más rojo que yo? ¿No he sido el primero entre ellos? Pero ahora quiero ser Gobierno nacional; no veo belcistas ni rojos; veo en todos los bolivianos, hijos de una misma patria.

¡Qué bello arranque del general Melgarejo! ¡Ojalá siempre hubiera pensado así!

La conversación seguía cordialísima, cuando el presidente se levantó de su asiento, fue a su dormitorio y volviendo a salir al poco rato, con un vaso de cerveza en la mano, se dirigió al general Lanza y le dijo en alta voz:

—A usted, general Lanza, le he de dejar la banda presidencial; ya que sus paisanos, los paceños, se descontentan con todo presidente que no sea nacido en La Paz; yo les diré: Aquí tienen ustedes un presidente paceño, antiguo y benemérito general.

Luego dirigiéndose con furia al general Campero, le dijo:

—¿Con que usted, general Campero, se había persuadido de quedar en mi lugar y que yo le entregaría el ejército, cuando tengo generales de importancia que son más dignos que usted? Cualquiera de los jefes aquí presentes, vale más que usted, doctor.

EL GENERAL MELGAREJO

—Serán más dignos —contestó Campero— no obstante, extraño mucho que se me trate así, mi general.

—Sí —replicó Melgarejo— porque es usted traidor.

—Sí —dijo Campero— por traidor a usted he perdido a todos mis amigos políticos y por traidor a usted se me ataca tanto.... ¡Así debía ser!

—¡Así debía ser! —gritó furioso Melgarejo— ¡lo he de fusilar a usted!

—Fusíleme —contestó Campero, con dignidad y altivez—. ¡Fusíleme usted! —y se encaró con el tirano.

—A ver, cuatro rifleros —gritó éste, los que en el acto se presentaron en el comedor, preparando sus armas, como para hacer fuego, mientras el general Melgarejo sacó de su bolsillo una carta que estrujó con furia y arrojó sobre la mesa.

Entonces, todos los circunstantes rodearon al general Melgarejo, rogándole no fusilase al general Campero, a quien ya iban a ejecutar los rifleros dentro del comedor, siendo el ministro Muñoz el que más le rogó y el que consiguió calmar a su excelencia y hacer retirar a los soldados.

Campero, en el momento de verse libre, tuvo todavía el valor suficiente para decir a Melgarejo:

—Pido mi inmediata separación del servicio.

—Ahora mismo —le contestó el presidente, quien aquella misma noche hizo salir desterrado al Perú, con una escolta, al digno general Campero.

Entre tanto, ¿de quién era y qué decía la carta que el general Melgarejo estrujó sobre la mesa en aquel desagradable incidente?

No hemos podido averiguarlo, pero no dudamos que fue de alguno de tantos chismosos que quiso congraciarse con Melgarejo o perder a Campero.

AVENTURAS NOCTURNAS

Pocas veces se veía al presidente Melgarejo durante el día; en cambio, le agradaba mucho pasear por la noche.

¡Y cuántas aventuras tendría en sus paseos nocturnos!

Generalmente, después de haberse entregado a los excesos de la embriaguez en las crápulas que armaba en su palacio, solía salir por las calles a altas horas de la noche, rodeado de su escolta, y más de una vez acometió a puñetazos o a latigazos al primero que encontraba en su camino. Peligroso era, pues, a los transeuntes encontrarse con su excelencia en la calle durante la noche.

En esta parte mejor obraba el doctor Francia, quien cuando quería salir a pasear por las calles de la Asunción, hacía disparar un cañonazo, a cuya señal se cerraban herméticamente todas las puertas y se escabullían todos los transeuntes.

El general Melgarejo era alegre y muy dado a las diversiones. Era el héroe de los combates y de las parrandas. Manejaba en aquéllos tan brillantemente la espada, como en éstas la guitarra.

Una noche, en Sucre, visitaba su excelencia a una joven, de quien estaba enamorado en esa época. Había un sujeto que también la pretendía, pero que era desdenado por la dama, que prefería al presidente.

Bien sabía esto el desairado galán, como sabía igualmente que ella recibía a Melgarejo, y quiso la casualidad, que la noche a que nos referimos, fuera el sujeto en busca de la expresada joven. Llamó a la puerta, y cuando preguntaron de adentro quién era, respon-

EL GENERAL MELGAREJO

dió el amartelado galán: ¡Soy Melgarejo!, ignorando que allí estaba el presidente, quien abrió la puerta, y poniendo el revólver en el pecho de aquél, le dijo:

—;Con que usted también es Melgarejo? Pues que uno u otro desaparezca, porque no podemos ser dos. No ha de haber dos Melgarejos.

Antes que su excelencia acabara de hablar, su finido homónimo echó a correr por aquellas calles, con vertiginosa rapidez, y el general Melgarejo, riendo, volvió a cerrar la puerta.

UN MARTES DE CARNAVAL

El gobierno se hallaba en La Paz en el carnaval de 1866.

El general Melgarejo, quiso demostrar a la sociedad paceña, que él no era hombre de orgías ni de fiestas, como se le suponía, y que en esos días de locura y regocijo general, el presidente sabía conservar mejor que nadie, la circunspección que correspondía a un hombre serio y más aún al ciudadano que ocupaba el primero y más alto puesto de la República.

El sábado previno a los de su círculo que él no concurriría a ninguna invitación en los días de carnaval; que ni siquiera saldría a la calle y que permanecería en su palacio como en los días de despacho ordinario. Aconsejó a los ministros y a todos los jefes de los cuerpos de ejército, que observaran en estos días la mayor circunspección y seriedad, y ordenó que sus tropas, y muy en especial el cuerpo que montaba la guardia de palacio, no probara una gota de licor.

No hay para qué decir que esta prescripción fue

ejecutada con toda la fidelidad con que se obedecían sus órdenes.

El domingo y lunes de carnaval, mientras todo el pueblo se entregaba a la algazara carnavalesca y la diversión imperaba en todas las calles, principalmente en la calle Ancha, se vió al presidente, sereno y tranquilo, como el hombre más serio del mundo, en uno de los balcones de su palacio, con admiración de todas las personas que antes le habían conocido tan alegría y tan amigo de las diversiones.

Toda la sociedad ilustrada y sensata de La Paz, veía con placer aquella transformación del general Melgarejo, que le hacía esperar mejores días para su administración, y aplaudía tanta sobriedad y seriedad tanta.

Al mediodía del martes, su excelencia se sintió vencido por su afición al licor, y empezó a beber cerveza, en su salón, solo, sin más compañía que la del edecán de guardia.

Los vasos fueron menudeando, y a eso de las tres de la tarde, el presidente estaba ya completamente ebrio. Entonces ordenó que entrase adentro la guardia y cerrasen las puertas del palacio.

Ejecutada esta operación bajó al patio, hizo que todos los soldados del cuerpo que montaba la guardia formaran rueda y haciendo traer una guitarra, se puso a tocar el carnaval de Cochabamba y a bailar con los soldados, a quienes previamente, dio esta orden verbal:

—Desde este momento hasta mañana, ninguno de vosotros me habéis de dar tratamiento ni me habéis de llamar excelencia, ni general, ni siquiera de usted. Todos hemos de tutearnos como compañeros; el carnaval es la fiesta de la democracia, y a mí me gustan las cosas claras.

EL GENERAL MELGAREJO

Y bailó con los soldados en el patio hasta las seis de la tarde, hora en que les obligó a entrar en el comedor, y sentarse con él a la mesa.

Allí le tuteaban todos, y allí comieron y bebieron hasta que todos, desde el presidente hasta el último soldado, cayeron rendidos por el licor y el sueño.

UNA APUESTA

Era una noche de luna, de esas que tan claras y espléndidas son bajo el diáfano cielo de Sucre.

La Plaza 25 de Mayo, estaba como siempre, animada y concurrida.

El general Melgarejo, embozado en su capa, fumando un sabroso cigarro habano y seguido de sus edecanes, daba vueltas en la referida plaza.

En la puerta del Casino había un grupo de estudiantes. Uno de ellos, joven pobre, se sentía con gran apetito, y como no tenía un centavo con qué poder satisfacerlo, pedía a sus compañeros le costearan algo.

—Yo te costeo una espléndida cena —le dijo uno de ellos— si te acercas a Melgarejo y le pides su cigarro para encender el tuyo. Te apuesto una cena y una caja de habanos a que no lo haces.

—Acepto la apuesta —respondió el joven, y la apuesta quedó hecha ante testigos, y con todas las formalidades necesarias.

Cuando el presidente se acercaba con su comitiva, los estudiantes formaron calle, saludaron a su excelencia, y el joven en cuestión, destacándose del grupo y llevando un cigarrillo de papel en la mano, se acercó al presidente y, saludándole cortésmente, le dijo:

—*Permitame su fuego, mi general.*

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

Melgarejo se paró, sopló la ceniza de su cigarro y se lo dio, en medio del asombro de su comitiva.

Cuando el estudiante hubo encendido su cigarro y devuelto el suyo al general Melgarejo, éste volvió a los de su comitiva y dijo a uno de sus edecanes:

—Señor edecán, lleve usted a ese joven a palacio, entréguelo al oficial de guardia y que le ponga un centinela de vista.

El edecán, veloz como el rayo, con la prontitud y energía con que se obedecían todas las órdenes del dictador, cogió por un brazo al atrevido estudiante y se lo llevó a palacio, en medio del asombro y del susto de sus compañeros, que al ver eso se dispersaron y se pusieron todos en precipitada fuga, yendo a ocultarse el que hizo la apuesta, en previsión del terrible desenlace que podía tener aquella ocurrencia y las probables fúnebres consecuencias de su atrevimiento.

El presidente siguió tranquilo paseando por la plaza, hasta más de las diez de la noche, en que regresó a palacio.

Cuando ya se hallaba solo en su salón, ordenó al edecán de guardia, trajera allí a su presencia al arrestado estudiante, a quien sus compañeros compadecían y daban por perdido a consecuencia del incidente que acababa de pasar y cuya noticia había circulado ya por toda la población.

Más muerto que vivo llegó al salón del presidente el pobre joven.

El general Melgarejo, que notó el susto formidable del estudiante, le ofreció con toda afabilidad un asiento cerca de él y le dijo:

—No se asuste usted, amiguito; nada le va a suceder, sólo le exijo que me revele con toda franqueza, el motivo que ha tenido para detenerme en la calle y

EL GENERAL MELGAREJO

atreverse a pedirme fuego. Nada más le exijo, pues veo algo a través de ese acto de mala crianza y de audacia.

Temblando como un azogado, el pobre joven pidió mil perdones al presidente y le reveló, con toda ingenuidad, el motivo de aquel incidente.

Melgarejo entonces, en uno de esos arranques que solía tener de generosidad y nobleza, sacó diez onzas de oro y se las dio al joven, diciéndole:

—Acepte esta pequeñez, amiguito, para que se compre cigarros. Me gusta usted, por resuelto y si alguna vez quisiera ser militar, yo tendría gran placer en darle una colocación en mi ejército. No se olvide usted de mí, y acuda siempre a mí con enterá confianza, y ahora vaya usted a cenar al Casino, que lo vean todos, pues estos señores sucrenses estarán diciendo que yo le he fusilado.

El estudiante salió de palacio lleno de alegría y de gratitud hacia aquel hombre extraordinario, que se imponía con sus rasgos de generosidad y grandeza más todavía que con su vida y su poder.

EL PADRE CABOT

Muchos de nuestros lectores recordarán todavía a aquel venerable misionero español fray Francisco Miguel Cabot, que recorrió toda la República dando misiones como la que dio en esta ciudad por el mes de junio de 1868 poseído de un santo celo y de un fervor religioso digno de los primeros apóstoles del cristianismo.

El general Melgarejo, en medio de los desvíos de su agitada y disipada vida, poseía sentimientos religiosos, puros, sincerísimos y arraigados en su alma.

En uno de los días más agitados de su gobierno, en que la revolución estallaba por todas partes, marchaba el presidente de Oruro a Cochabamba y hacia aquel día su viaje en coche.

En el camino, y llevando la misma dirección que él encontró al padre Cabot, que, como de costumbre, iba a pie, con el breviario bajo el brazo y el bastón en la mano.

Al verlo Melgarejo hizo detener el coche e invitó al infatigable misionero franciscano a subir. Como éste rehusara aceptar la invitación del presidente, Melgarejo insistió con el mayor respeto y consideración, y le dijo:

—No, reverendo padre, no es posible que por un mismo camino vayamos, en coche yo, que soy un pobre pecador, y a pie usted, que es un santo. Yo voy persiguiendo a los hombres que conspiran contra mi Gobierno y usted va conquistando almas para el cielo. O sube usted al coche y me acompaña, o yo me bajo de él y sigo mi camino a pie.

El venerable religioso cedió ante las ineludibles instancias del presidente, que le colmó de atenciones y que tan sencillo, tan humilde, tan religioso y tan grande se mostraba en aquellos momentos.

Melgarejo respetó siempre, y mucho, a la religión y a sus ministros.

LA FLOR DEL SOLDADO

Hallábanse una noche jugando al billar en un café de la capital, cuatro jóvenes muy acicalados, ostentando cada uno una aromática flor en el ojal de la levita.

EL GENERAL MELGAREJO

Estaban en lo mejor de la partida, cuando se presentó de improviso en la sala el general Melgarejo, algo *mareado*, dejando en la puerta a los soldados de su escolta.

Acercándose a la mesa y arrebatando el taco de manos de uno de los jugadores, exclamó:

—¡A ver! yo también quiero jugar al billar. ¿Cuál de estos jóvenes quiere jugar una partida conmigo?

Desconcertados quedaron todos, y como ninguno se atreviera a jugar con el ilustre pacificador de la República, se molestó y dijo:

—Pues los cuatro han de jugar conmigo.

Y les obligó a aceptar la partida, jugándose en ella un cajón de champagne; partida, que fuera de toda duda, sería ganada por el presidente, no sólo por su destreza en este juego, sino que también por el desconcierto y susto que se había apoderado de los jóvenes jugadores, ninguno de los cuales, por diestro que fuera, se quería exponer a ganarle al héroe de diciembre.

Ganada, como era natural, por éste, la partida, invitó a los jóvenes a tomar con él el champagne, y vencedor y vencidos se sentaron alrededor de una mesa.

A las primeras copas, el general, que se fijaba mucho en las flores que llevaban los jóvenes, empezó a atusarse la luenga barba (signo inequívoco de que empezaba a molestarse), y clavando la mirada en ellos les dijo con ronco acento:

—Más que hombres parecen ustedes mujeres.

Y, después de un sorbo, continuó:

—¡Vea usted estos maricones! ¿Dónde se ha visto hombres perfumados? El hombre no debe oler a perfume, sino a tabaco o a pólvora.

Y arrancando las flores que llevaban los jóvenes, y sacando su revólver, agregó:

—¿Les gusta el aroma de las flores? Pues huelan ésta que es la flor del soldado.

Y empezó a meterles el cañón del revólver por las narices a los infortunados jugadores de billar, que ya veían la muerte a cuatro pasos de distancia, y que después de un buen susto y de serios apuros, consiguieron, no sin trabajo, escabullirse de allí, mientras el presidente hablaba con otras personas.

UNA PEDRADA

El 31 de enero de 1869 llegó a La Paz el presidente Melgarejo, de regreso del interior de la República.

En la mañana del 2 de febrero se dirigía su excelencia a oír misa al templo de San Francisco, acompañado de sus ministros, de varios militares y de todo el cuerpo de edecanes. Seguiale un batallón y un escuadrón de su leal ejército.

Al llegar la comitiva a la plazuela de San Francisco —dice el señor Sotomayor Valdez, de quien tomamos esta relación— un pobre joven que padecía de accesos mentales y había estado algunas veces en el hospital en calidad de loco (llamábase Cecilio Oliden), lanzó dos pedradas al presidente, desde el respaldo de un pequeño toldo de la plaza, acertándole una en el brazo derecho. El general Crespo, que iba en la comitiva, se abalanzó al loco, que estaba enteramente desarmando, siendo además su físico desmedrado y débil.

Hubo un momento de vacilación y de ansiedad en los circunstantes.

Una parte de la tropa, sin saber bien lo que pasaba, se descompuso hasta perder el orden de forma-

EL GENERAL MELGAREJO

ción, algunos de los soldados, que rodearon inmediatamente a Melgarejo, al verle irritado y con aquel gesto que pedía venganza y sangre, se precipitaron sobre el demente que ni siquiera pensaba en huir, y cogiéndole bruscamente de ambos brazos, le llevaron hasta la muralla frontera del templo. El demente gritaba entre tanto:

—¡Viva Dios y viva yo!

Entonces los sicarios miraron otra vez el rostro airado de Melgarejo y oyeron de sus propios labios la voz de "fusílenlo".

Todos los altos empleados permanecieron mudos ante aquella orden feroz, que entregaba a un infeliz demente, a la ferocidad de verdugos, prontos siempre a la carnicería, y esto en las mismas puertas del templo de Dios.

A pesar de la abundancia de gente armada, no se encontraron sino unas pocas cápsulas de rifle, las mismas que sirvieron para disparar a quemarropa sobre la víctima. Como no muriese en el acto y fuese necesario despacharle pronto, los verdugos desenvainaron sus sables y comenzaron a dar sablazos sobre la cabeza del loco hasta dejarlo despedazado y exánime al pie de la muralla cerca del templo. Concluido el espectáculo, el presidente y su cortejo penetraron en la iglesia y oyeron la misa.

Si Oliden dio una pedrada al presidente, éste dio otra a la Constitución, que ese mismo día quedó derogada por un supremo decreto en que al asunto de las pedradas se daba el carácter de tentativa de asesinato contra el presidente de la República, quien, por tal motivo, se revestía de nuevo de la suma del poder público, el único compatible con el carácter del general Melgarejo.

¡MATE LOS CABALLOS!

Viajaba el general Melgarejo de Cochabamba a Oruro, e iba en coche por el nuevo camino de Leque, que para tal objeto hizo arreglar; pues justo es recordar que preocupaba a este gobernante la mejora de nuestras vías de comunicación, y que se hizo mucho en cuanto a caminos y al servicio de correos, durante su administración.

Fue entonces que se construyó el hermoso camino carretero de Sucre a Potosí, y que se introdujo el uso de timbres y estampillas en la República. En el día a que nos referimos, temprano salió el ejército de Cochabamba y más tarde salió el presidente en coche, como tenemos dicho.

En una peligrosa pendiente, donde el camino era tan angosto, que muy difícilmente pasaba el coche tirado por dos hermosísimos caballos, y cuando éstos viajaban con vertiginosa rapidez, observó el presidente que iba por su delante y a corta distancia una pobre mujer, que irremediablemente tenía que ser atropellada y destrozada por el coche, junto con una pequeña criatura que llevaba en brazos; pues los caballos iban disparados y aquella infeliz no tenía punto dónde guarecerse en el angosto camino rodeado de precipios. No podía, pues, seguir adelante, ni menos retroceder.

Notado esto por el general Melgarejo, y convenido de que aquella mujer sería infaliblemente atropillada, gritó a su cochero:

—¿No hay remedio para evitar esta desgracia?

—¡No, excelentísimo señor!

—¡Pues entonces, mate usted los caballos!

EL GENERAL MELGAREJO

Y el cochero los mató en el acto con su revólver, quedando así salvada la vida de aquella mujer y su hijo.

El general Melgarejo continuó a pie su camino hasta una buena distancia, en que montó a caballo.

MIS CENTINELAS ESTAN SIEMPRE OJO AVIZOR

Mucho se ha culpado a Melgarejo de la muerte del chileno don Santiago Bascuñán, sargento mayor del ejército de Bolivia y edecán del presidente; mas esta inculpación es injusta; pues está completamente evidenciado que en este trágico suceso, no tuvo parte alguna el general Melgarejo, que de lo único que se le puede culpar, es de no haber castigado a los subalternos suyos y haber dejado impune el crimen cometido.

Refiramos el hecho.

El 28 de marzo de 1869, se festejaba en el palacio de La Paz, el cumpleaños de su excelencia, con uno de esos banquetes que remataban casi siempre en orgías o en dramas, cuando no en tragedias.

La fiesta del 28 duró hasta las altas horas de la noche.

Amaneció el 29 y se seguía celebrando el natalicio del presidente (1).

El chileno Bascuñán, edecán de servicio, siguiendo el ejemplo de todos los palaciegos, se embriagó completamente aquella tarde, haciendo el majadero con

(1). Ya sabemos que Melgarejo nació el 13 de abril de 1820 que probablemente ese año cayó en día de Pascua, y él se festejaba siempre en tal día, haciendo de su natalicio fiesta móvil.

todos en el comedor, lo que molestó a Melgarejo, quien ordenó que saliera de allí. El edecán obedeció, pero murmurando al salir palabras inconvenientes.

Como en el patio del palacio se encontrara con el general Leonardo Antezana, uno de los favoritos del Presidente y lo insultara, mandó aquél que le llevaran arrestado al cuartel del Regimiento Escolta, cuyo jefe era Sánchez, el hermano de la querida de su excelencia y enemigo personal de Bascuñan, porque este chileno, en vez de adulorle, como los demás militares, lo miraba con el más alto desprecio lo que, en honor de la verdad, no agradaba mucho a Melgarejo, a pesar de la estimación decidida que profesaba al mayor Bascuñan.

Este fue, pues, metido en un calabozo, en el cuartel de la Escuela, donde se le puso incomunicado y con centinela de vista.

Cerca de las nueve de la noche, un amigo del mayor Bascuñan se presentó en la legación de Chile, y avisó que aquél estaba preso, y que se susurraba que lo iban a fusilar.

Inmediatamente, el jefe de la legación de Chile, señor Sotomayor Valdez, se dirigió a gran prisa al cuartel del regimiento Escolta, en cuya puerta encontró un grupo de oficiales que hablaban en voz baja. Preguntó por el comandante, y cómo le dijeron que no estaba allí, les manifestó que su objeto no era otro, como jefe de la legación chilena, que saber de la suerte de su compatriota, el sargento mayor Bascuñan.

Uno de los oficiales le contestó entonces, que había órdenes reservadas respecto al asunto, a lo que repuso el ministro, que tenía derecho a saber la verdad inmediatamente, puesto que se trataba de un chileno que, como tal, estaba bajo el amparo de la legación de Chile.

EL GENERAL MELGAREJO

Y para no perder más tiempo el ministro se dirigió a Palacio, acompañado del oficial Flores, ayudante de campo del presidente, quien, en el camino, aseguró al ministro chileno, que su diligencia era extemporánea, puesto que el señor Bascuñan había sido fusilado media hora antes.

¿Por orden de quién?

Esto es lo que nunca pudo esclarecerse, a pesar del sumario que se instruyó sobre el particular.

Tal vez la versión más exacta sería la que el mismo general Melgarejo hizo al jefe de la legación chilena aquella misma noche.

Llegó éste a palacio, y como le dijeron que su excelencia no estaba visible y que no podría recibirle hasta el día siguiente, insistió y haciendo llamar al edecán de guardia, le impuso que necesitaba al instante una audiencia del presidente.

Fue entonces introducido al salón principal, donde ya le esperaba solo su excelencia.

A la primera palabra del ministro, sobre Bascuñan, le contestó el general Melgarejo con toda calma.

—Bascuñan ha sido fusilado. Estaba esta tarde comiendo con algunos amigos, cuando se presentó en mi comedor hablando desatinos. —Está usted borracho— le dije, y le mandé que se retirase. No haciéndolo, ordené que le sacasen por fuerza y que lo encerrasen en un cuarto de palacio. Salió entonces, y en el patio se puso a insultar a todos. Allí estaba el general Antezana, que dio orden de llevarle al cuartel de mi escolta. Yo no le he mandado al cuartel: ha sido Antezana. Allí fue colocado en un calabozo con centinela de vista. Bascuñan, furioso se precipitó sobre el centinela, y éste en defensa propia y cumpliendo con la ordenanza, hizo fuego sobre él. Así ha muerto Bascuñan,

y yo lo siento mucho, señor ministro. Mis centinelas siempre están con *bala en boca*.

Y con lo dicho, no hubo protestas ni reclamaciones que valgan, por más enérgicas que las hizo y en toda oportunidad, el jefe de la legación chilena, quien cumplió su deber en la medida de sus atribuciones.

LA TIENDA DE MAIDANA

Parece que, temeroso Melgarejo de que la sombra de Belzu atormentara su imaginación en los salones del palacio de Gobierno de La Paz, no quiso habitar en él, después del triste suceso del 27 de marzo de 1865, y alquiló la casa del señor José María Peñaranda, la que le servía de palacio.

La ventana del dormitorio que ocupaba el presidente, daba frente a la tienda comercial de un tal señor Maidana, en la que se reunían en tertulia, con frecuencia, muchos amigos.

A la susceptibilidad de Melgarejo, desagradaba mucho aquella vecindad; aprensivo y suspicaz como todos los tiranos, se figuraba que los individuos que allí se reunían, le observaban minuciosamente.

Habiendo entrado una mañana el general Campero a ver al Presidente, lo encontró muy enojado, en la ventana de su dormitorio.

—¿Qué hay, mi general? —le preguntó Campero.

—¿Qué ha de haber, amigo! —le contestó agitado Melgarejo— que una porción de pícaros se reunen todos los días en esa tienda de Maidana.... aquélla, aquélla (y la señalaba con el dedo). Ahí se junta a observar y censurar lo que pasa aquí en Palacio; pero yo he mandado que los echen de ahí y como vuelvan

EL GENERAL MELGAREJO

a reunirse y lo consienta el tal Maidana, ya verán todos ellos dónde van a parar. ¡Yo los he de componer a esos bribones!

Efectivamente, un ayudante del presidente, notifica en ese mismo momento al señor Maidana, la orden de su excelencia, mientras los contertulios de la tienda se dispersaban en el momento como por encanto.

No quería el general Melgarejo que los de fuera miraran ni por casualidad siquiera, lo que pasaba en su morada, teatro frecuente de incidentes, cómicos algunas veces, y trágicos otras.

Esta ocurrencia nos recuerda otra parecida pero mucho peor, del doctor Francia, el sombrío y neurótico tirano del Paraguay.

Molestóse un día que se hallaba más bilioso que otras veces, de que las gentes que paseaban por la plaza de la Asunción, dieran vuelta a mirar las ventanas o la puerta del palacio, y ordenó que el centinela descargase su arma de hecho, sobre el que al pasar por la plaza, se volviese a mirarlo. Y la orden fue ejecutada con tal rigor, que los vecinos de la Asunción no sólo se absténian de mirar al palacio, sino hasta de pasar por la plaza.

Tratándose de los tiranos que desgraciadamente hemos tenido en algunos países de esta América, el general Melgarejo es un ángel al lado del doctor Francia y del general Rosas.

Estos sí, fueron verdaderos tiranos, Melgarejo, se puede decir que no lo fue.

EL INCENDIO DE UN PUEBLO Y EL LLANTO DE UN NIÑO

Bien decía nuestro inolvidable Subieta, que Melgarejo reía ante el incendio de un pueblo y lloraba ante el dolor de un niño.

En el mes de diciembre de 1865, marchaba Melgarejo de Potosí a La Paz, donde se hallaba el general Arguedas a la cabeza del ejército constitucional que debía pronto combatir con el de Melgarejo, y que pocos días después combatió en efecto y fue derrotado por éste en Letanías.

En su paso al norte, el héroe de diciembre tocó en Pocoata, pueblo muy opuesto a él y cuyo vecindario había secundado con entusiasmo la revolución de La Paz.

El general Melgarejo indignado por aquel foco de oposición a su Gobierno, cuyo vecindario había huido a su aproximación, hizo esa noche incendiar aquel vilorio, y a la luz del incendio, siguió con su ejército su marcha sobre Oruro, a donde arribó el 31 de diciembre y donde permaneció sólo tres días, siguiendo luego el viaje a Corocoro.

La noche antes de su salida de Oruro, como entrara en desconfianza de uno de los cuerpos de su ejército, resolvió, a eso de la medianoche, ir a inspeccionar los cuarteles.

Un tanto disfrazado, salió de su alojamiento, completamente solo, y en una calle oscura y solitaria llamó su atención el llanto de un niño.

El general Melgarejo se paró y escuchó; percibió de dónde partían los infantiles sollozos, se acercó y encontró a una criatura como de cinco a seis años

EL GENERAL MELGAREJO

de edad, que se había perdido, no hallaba su casa y lloraba amargamente.

En aquel momento se olvidó completamente de la situación; de que se hallaba en vísperas de librar un gran combate, de que iba a visitar los cuarteles, de las sospechas con que había salido de su alojamiento y, ante el llanto de aquel niño abandonado, una lágrima asomó a sus ojos, se conmocionó su corazón y golpearon su frente tostada por el sol de las proscripciones y el humo de las batallas, los recuerdos de su infancia triste y también desamparada; y tomando a aquel pobre indiecito de la mano, le condujo personalmente por calles solitarias, en busca de su hogar y de sus padres, unos infelices indios que habitaban en un rancho de los suburbios de la población, y dióles unas cuantas monedas que llevaba en el bolsillo.

Tenía Melgarejo hechos tan nobles y tan simpáticos como éste, que le hacen perdonar sus faltas.

¡Cuán grande se destaca su figura en el cuadro de sus arranques de generosidad y nobleza!

NO HABRIA PERDONADO UNA SOLA VIDA

A mediados de mayo de 1865, el general Melgarejo salió de La Paz con su leal ejército hacia los departamentos del sud, que se habían pronunciado contra su Gobierno; pero, pocos días después de su salida, aquella ciudad también se revolucionó (25 de mayo).

Oruro secundó la revolución el 1º de junio, siguiéndose el pronunciamiento en Cochabamba el 2 del mismo mes.

A estas noticias, el general Melgarejo contramarcha del sud con dirección a Cochabamba, a la que

piensa castigar en primer término. Pero, a su llegada allí, las fuerzas revolucionarias se habían replegado sobre La Paz y la mayor parte del vecindario había emigrado.

Melgarejo permaneció en Cochabamba hasta fines de junio, en que salió de allí con dirección a Oruro.

Aún no había llegado a esta ciudad, cuando le alcanzó la noticia de una nueva revolución en Cochabamba (3 de agosto) que puso al frente del Gobierno político y militar del departamento, al doctor José María Santiváñez y al general Ildefonso Sanjinés, alistándose en sus filas lo más granado de la juventud.

La conflagración se había hecho general pues hasta los lejanos departamentos de Tarija, Santa Cruz y el Beni, se habían levantado en armas contra el gobierno del general Melgarejo.

Este se siente por momentos confundido, y no sabe a quién ha de atacar primero.

—¡He de vencer a todos! —exclama en su cólera— y se dirige primero a Cochabamba, a marchas redobladas.

Cuando se hallaba apenas a dos leguas de distancia de esta ciudad, saben en ella los revolucionarios la noticia de su aproximación, y apenas tienen tiempo de abandonarla y salir precipitadamente con rumbo al interior. Melgarejo acampa en los extramuros de la ciudad rebelde en la tarde del 8 de agosto, acariciando la idea de sorprender a los revolucionarios y exterminarlos.

En el silencio profundo de la medianoche, y acompañado sólo de un cuerpo de su ejército, todos a pie se esurre cautelosamente por las desiertas calles de la población, sin ser por nadie visto, y llega a la plaza.

EL GENERAL MELGAREJO

Allí, en el mayor silencio, hace desplegar su fuerza en línea de batalla, para romper los fuegos sobre el palacio que creía ocupado por los revolucionarios. En tal momento, pues aquéllos abandonaron la ciudad pocas horas antes, y viendo de esta manera frustrado Melgarejo su plan, allí en la plaza, en el delirio de su cólera, exclama:

—¡Ca....narios! No habría dejado piedra sobre piedra en ese palacio, y no habría perdonado una sola vida.

Acuarteló inmediatamente todas sus fuerzas y al rayar el alba, siguió su marcha en persecución de los revolucionarios.

El resultado de esta larga campaña fue que el general Melgarejo triunfó en Potosí, en La Paz, en Cochabamba, en Oruro, en Tarija y en todas partes: y que la República entera quedó totalmente sometida a su dominación.

A LA MAS CHIQUITA

El 13 de mayo de 1866 salía de La Paz el general Melgarejo, para el interior de la República.

Todo el ejército estaba formado en la plaza Mayor, y a eso de las once de la mañana, se presentó el presidente montado a caballo, y mandó en persona el desfile de los cuerpos.

La artillería, que estaba a la cabeza, tomó por la calle Comercio, por la cual acostumbraba entrar y salir el ejército. Percatándose de esto el presidente, que en tales momentos se hallaba en el centro de la plaza, ordenó que no se dirigiera por allí la artillería, sino por la calle de la Catedral. Pero era ya tarde, pues

varias piezas habían avanzado por la calle del Comercio, y hacerlas volver habría ocasionado alguna confusión y demora en la marcha.

Habiendo reflexionado esto el general Melgarejo, ordenó que siguiese nada más la artillería por dicha calle, donde estaba aglomerado numeroso público, ansioso de ver pasar a la salida de su excelencia, pero que el resto del ejército, marchara detrás de él.

Nadie podía saber a qué respondía aquella maniobra repentina; pero muy pronto creyeron todos, al ver por las calles excusadas que tomó el presidente con su ejército, que era una medida de precaución, con la que aquél trataba de ponerse a cubierto para evitar un golpe de mano, teniendo tantos enemigos como los tenía y estando la población prevenida contra él como lo estaba.

En la *garita* de Potosí hizo alto el presidente, para que descansasen un momento sus tropas, y un instante después se presentó allí una joven; preguntaba por el general Melgarejo. Cuando le indicaron cuál era, acercóse a él y levantando el velo que cubría su bello rostro, le dijo:

—¡Qué buen chasco nos ha dado usted, señor! Yo había ido a esperarle a la otra *garita*, desde donde vengo ahora tan afanada, y ya puede usted figurarse cuál sería el sentimiento que tuve, al saber que usted había tomado otro camino, cuando me he resuelto a venir hasta aquí que es tan lejos! Felizmente lo supe a tiempo todavía.... Aquí tiene usted, general, unas botellas de cerveza con qué poder refrescarse.

Y presentó a su excelencia un canastillo que traía una sirvienta, con media docena de botellas.

Hizo abrir éstas, y ella misma sirvió un vaso al general Melgarejo, que éste recibió dándole las más expresivas gracias. Pero, inmediatamente, antes de

EL GENERAL MELGAREJO

acerarse el vaso a los labios, volvió la cabeza hacia el general Campero, que estaba junto a él, y le dijo en voz muy baja, mientras la joven se volvía para hacer abrir otras botellas:

—¿Qué le parece a usted? ¿No tendrá esto algo?... (como temiendo que trataran de envenenarlo).

—No creo a esta muchacha —le respondió el noble y caballeroso general Campero— capaz de abrigar maldad alguna; bebamos, mi general.

Y tomó el vaso de la mano de Melgarejo y bebió su contenido, haciendo servir otro para su excelencia.

Se animó pronto la conversación, y como preguntaran al presidente el motivo de su salida aquella mañana, por las calles más excusadas de la ciudad:

—Sí, respondió Melgarejo, con cierto movimiento de cabeza y usando ese lenguaje técnico de los jugadores de dados. —Sí; estarían creyendo que yo iba a salir por la calle Ancha. ¡Qué chasco!.... Es que algunas veces me gusta irme a la más chiquita: real y otro.

Después de un rato de descanso el general Melgarejo se despidió de los que hasta allí le habían acompañado, reiteró con exquisita amabilidad sus agradecimientos a la joven que le llevó la cerveza y con su invencible ejército siguió el camino de Viacha.

DELANTE DE MELGAREJO DE MI SUERTE NO ME QUEJO

Era un día excesivamente frío del invierno de 1870.

En un café de La Paz, jugaban al billar cuatro jóvenes estudiantes que, acobardados por el frío, no fueron al colegio y buscaron un poco de calor para sus ateridos miembros en el juego indicado.

TOMAS O'CONNOR D'ARLÀCH

Entusiasmados en él y muy alegres hallábanse los referidos estudiantes, cuando se abre la puerta del salón y se presenta en él su excelencia el general Melgarejo, seguido de su escolta.

Verle los muchachos, arrojar los tacos y procurar escabullirse, todo fue uno. Melgarejo, que notó el susto y la intentona de fuga, se incomodó y dijo al jefe de su escolta:

—Ninguno de esos jóvenes sale de aquí; tráiganmelos a todos.

La orden fue inmediatamente ejecutada y los cuatro estudiantes llevados a presencia del presidente. Este, al verlos, soltó aquel vocablo primo hermano de la cebolla y agregó:

—¿Qué hacían ustedes aquí?

—Jugando una partida de billar, excelentísimo señor —contestó temblando uno de ellos.

—Jugando en vez de estar estudiando en su colegio ¿eh? —murmuró su excelencia y luego añadió:

—Ya que son estudiantes, ahora cada uno de ustedes va a hacer un verso, pues a mí me gustan mucho los versos y yo también he compuesto algunos allá en mis mocedades.

Ninguno de los cuatro estudiantes era poeta, desgraciadamente, y se vieron en aquel momento en terribles apuros.

—¡A ver, usted, pronto un verso! —ordenó Melgarejo a uno de los jóvenes, que era Justo Ascarrunz, muchacho inteligente, pronto y agudo como todos los miembros de esa familia.

Ascarrunz se cuadró frente a su excelencia y exclamó:

—Acabo de perder la partida de billar que jugaba, pero;

*Delante de Melgarejo,
de mi suerte no me quejo.*

—¡Bravo! —exclamó el capitán general— hermoso verso; no exijo más. Que traigan una *corrida* de ponche para beber con estos inteligentes jóvenes, bello porvenir de la patria.

Y haciendo sentar frente a él a los cuatro estudiantes, alrededor de una mesa, tomó con ellos ponche y repartió amigablemente hasta las seis de la tarde, hora en que salió del café y regresó a su palacio.

¡FUEGO CON LAS NUBES!

Era un día sombrío y nebuloso; el sordo mugido del trueno se oía a lo lejos, como precursor de la tempestad y el relámpago brillaba a intervalos entre las negras nubes.

El general Melgarejo pasaba en estos momentos revista al ejército en el pampón de Oruro.

La lluvia empezaba a caer, cuando el general dirigió esta loca y singular proclama a sus tropas:

—¡Soldados! Ni los elementos han de oponerse al poder del grande e invencible ejército de diciembre y de su capitán general. Despejad esas nubes con el humo de la pólvora de vuestras armas y que ellas purifiquen la atmósfera. ¡Fuego con las nubes!

E hizo que todo el ejército disparara sus armas en cerradas descargas.

Y como para afianzar más el espíritu supersticioso de los indios, el prestigio y el ascendiente misterioso que sobre sus soldados ejercía este hombre, la ca-

sualidad hizo que efectivamente, se despejara la atmósfera, cesara la lluvia y el sol se ostentara, pocos momentos después, en un cielo puro y sereno.

Las bandas del ejército tocaron entusiastas dianas, y aquél prorrumpió en estrepitosos vítores a su capitán general.

Esta rara casualidad, vino, pues, a redoblar en el alma de aquellos soldados ignorantes y fanáticos la fe que tenían en su general y en su buena estrella.

LO QUE SIENTA MEJOR SOBRE UN VASO DE CHICHA

Las revoluciones no daban un punto de reposo al general Melgarejo.

A sofocar una de tantas marchaba su excelencia al interior de la República, al promediar el año 1865.

De paso llegó a su tierra natal, la ciudad de Tarata, como a las dos de la tarde de un dia muy caluroso.

Apenas penetró en la habitación que le habían preparado para alojamiento, se presentaron todas las autoridades y varios amigos íntimos del presidente, entre los que se hallaba también el cura párroco del pueblo.

Inmediatamente trajeron algunas botellas de la exquisita chicha tarateña y el general Melgarejo, después de empinarse con ansiedad un gran vaso de ella, preguntó a los presentes:

—Sobre un vaso de chicha, ¿qué es lo que sienta mejor?

—Una copa de coñac, excelentísimo señor —contestó un jefe de alta graduación.

—No tal —dijo Melgarejo.

EL GENERAL MELGAREJO

—Una copa de buen oporto —agregó un doctor.

—Tampoco —replicó su excelencia.

Cada uno de los circunstantes, por su orden, iba opinando y como ningún parecer se conformaba al general Melgarejo, hasta que le tocó el turno al señor cura, quien dijo:

—Lo que sienta mejor sobre un vaso de chicha.... es otro vaso.

—¡Qué bien! —exclamó Melgarejo, dándose una palmada en la frente—. Usted, *tata*, usted es el único que ha acertado. Pues declaro —agregó en tono alegre— que un teólogo, en todo vale más que un general y que un doctor y sabe más que todos ellos juntos. A ver, ese otro vaso, a la salud del señor cura —dijo, apurando el segundo vaso de la mentada chicha de Tarata.

Después de descansar un par de horas, en que estuvo como nunca alegre, jovial y decidido, volvió a montar a caballo y siguió su marcha a la cabeza del bravo e invencible ejército de diciembre, no sin antes estrechar efusivamente entre sus robustos brazos al señor cura, reiterándole sus aplausos por la feliz ocurrencia.

¡COMO SE CAMBIA LA SUERTE!

Corría el mes de enero de 1866. .

El general Melgarejo regresaba del interior de la República, de sofocar la revolución que contra su Gobierno estalló en la indomable y heroica ciudad de La Paz, donde, para combatirlo, se hallaba alistado un numeroso ejército bajo las órdenes del general Casto Arguedas, proclamado jefe supremo de la revolución, y

a quien derrotó el general Melgarejo en el combate de Letanías, el 24 del mes y año citado.

De paso para La Paz, llegó el presidente Melgarejo, con todo su ejército, a Corocoro, donde le presentaron al corregidor del pueblo de Topohoco, don Alejandro Blacutt, acusado de ser hostil a la gloriosa causa de diciembre.

El capitán general hizo poner inmediatamente en capilla al corregidor, para fusilarle en seguida.

Dada la terrible orden, montó a caballo, y pasaba frente a la mina San Jorge, cuando de una pequeña tienda salió una preciosa niña, como de quince años de edad, llorando a gritos, desgreñada y suelta sobre su espalda su negra y blonda cabellera, y se abalanzó a Melgarejo gritando:

—¡Perdón, señor presidente, perdón por amor de Dios!

Absorto Melgarejo ante la actitud y la belleza trágica de aquella muchacha, preguntóle qué significaban sus palabras y su desesperación, y ella, entre sollozos y señalando con la mano al corregidor Blacutt, que era su padre, volvió a gritar:

—¡Perdón, señor, perdón!

Melgarejo comprendió, y volviéndose hacia su ayudante de campo, le dijo:

—Que suelten en el acto a ese hombre. Queda libre. Está usted servida, bella niña —agregó, dirigiéndose a la afligida joven, y siguió su camino.

Blacutt, que ya iba a ser fusilado, fue inmediatamente puesto en libertad y corrió a enjugar el llanto de su buena hija.

Pero ¡cómo cambia la suerte y cuán cierto es que en este mundo el bien y el mal van de bracete!

Escrito estaba que aquel día el general Melgarejo había de hacer una barrabasada, y que a un arranque de noble generosidad de su alma rara, había de seguir otra de inaudita crueldad.

EL GENERAL MELGAREJO

Ya fuera de la población y marchando por la llanura de Tancani, a retaguardia del ejército, notó el capitán general que un oficial apellidado Balderrama, se apartaba mucho de la formación, saliendo a cada momento fuera de la línea.

Acercóse furioso, metiendo espuelas a su cabalgadura, y reconvino al oficial, dándole de cintarazos.

El infeliz Balderrama, que no había dormido ni un minuto la noche anterior, no podía resistir a la influencia del sueño que le vencía, volvió a dormitarse, y naturalmente, a desviarse de la línea, saliendo del puesto que debía ocupar a la cabeza de su compañía. Melgarejo lo notó otra vez, mandó hacer alto al ejército y mandó fusilar al desgraciado oficial. Pocos minutos después de dada esta orden bárbara, el capitán Balderrama era fusilado cerca del río de Pontezuelo, contra la pared del sitio llamado Pontezuelo de Eguren.

Después de la ejecución, el capitán general y su ejército, continuaron tranquilamente la marcha.

Melgarejo, que en la mañana de aquel día había perdonado con tanta facilidad la vida de un hombre, con la misma facilidad, en la tarde, sacrificaba la vida de otro.

Extraño carácter de este extraño caudillo, en cuya alma se agitaban las más encontradas pasiones y los más opuestos sentimientos.

Los soldados, que en la mañana de aquel día habían presenciado el perdón del corregidor Blacutt y en la tarde la ejecución del capitán Balderrama, exclamaban con acento compasivo: ¡cómo se cambia la suerte!

LOS PUSO BIEN CON DIOS

Corria el año 1866, y el presidente Melgarejo hallábase en esta heroica y denodada ciudad de La Paz, a la que tanto temía y gozoso, contemplaba, afianzando su ilegal Gobierno, con su reciente triunfo en el combate de Letanías, sobre el ejército constitucional que mandaba el general Casto Arguedas, el 24 de enero de aquel año. En una reunión que se efectuó en una casa particular, encontrábase una niña, doña Juana Sánchez, que estaba entonces en el apogeo de su juventud y de su belleza.

Muchas de las señoras concurrentes a aquella reunión tenían ya conocimiento de que doña Juanita era la querida del general Melgarejo, quien por ella había abandonado a su propia esposa doña Rosa Rojas.

Celosas de los fueros sociales, en los sentimientos de severa dignidad y exquisita delicadeza que tanto distinguen a la mujer paceña, aquellas señoras miraron con desdén, hasta con desprecio a la Sánchez, cuyo orgullo se sintió hondamente lastimado, aunque no tanto como se sintió el del general Melgarejo, cuando su querida refirióle el desaire que había sufrido.

—Ya sabes, Juanacha —le dijo Melgarejo—, que estas paceñas, tus paisanas, son muy orgullosas y aristocráticas; pero no te aflijas, pues juro por mi gloria y la del grande e inolvidable ejército de diciembre, que todas las que te han desairado anoche, tendrán mañana mismo que buscarte, para implorar tu protección.

Y frunciendo las cejas, sobándose la negra y luega barba y apurando una copa de cerveza Bass, su bebera favorita después de la chicha de Tarata, agregó:

EL GENERAL MELGAREJO

—He de hacer sentir todo el peso de mi poder a este pueblo rebelde e indomable de La Paz. Mañana mismo me iría a Cochabamba o a Sucre, y allí permanecería el Gobierno, pero no estaría aún ni en Sicasica, cuando estos pícaros paceños se revolucionarían.

Y volviendo a acariciar su luenga barba y apurar un vaso más de cerveza, despidióse de la bella doña Juana.

Al día siguiente, numerosas partidas de soldados se esparcían por las calles, penetraban en algunas de las más respetables casas de la ciudad y conducían presos a varios distinguidos caballeros. Estos eran precisamente los padres o esposos de las señoras que se habían permitido desairar a doña Juana, en la reunión referida.

Del palacio salió el rumor, velozmente esparcido por toda la ciudad, de que el Gobierno acaba de descubrir un vasto plan de conspiración y que el presidente había resuelto castigar severamente a los demagogos.

Los presos fueron puestos incomunicados, con centinelas de vista, en el palacio de Gobierno, montando la guardia el batallón *“Quintaquellos”* (1).

Melgarejo habitaba entonces en el que es hoy palacio episcopal.

Hizo bajar a todos los padres del convento de la Recoleta, y ordenó que fueran a confesar y a administrar todos los auxilios religiosos a los presos, que serían fusilados irremediablemente al siguiente día.

Esta noticia llevó la consternación y el terror a todos los hogares de La Paz, y muy en particular a las familias de los presos, que se figuraban ya presenciar

(1). Este era el extraño nombre que llevaba uno de los batallones del ejército nacional en la época del presidente Melgarejo.

otra hecatombe tan sangrienta y salvaje como la que presenció este heroico pueblo pocos años antes, en la funesta noche del 23 de octubre de 1861, no teniendo en cuenta que el general Melgarejo, era un mansísimo cordero, comparado con el feroz Yáñez.

Todos los pasos que se dieron, todos los empeños que se llevaron ante el presidente y sus ministros para salvar la vida de los presos, que acababan ya de confesarse, hacer sus últimas disposiciones y ponerse bien con Dios, para irse al país de donde nadie vuelve, resultaron infructuosos, hasta que alguna persona compasiva, inspirada en los salones del palacio, llevó a las desoladas familias de los presos sentenciados a muerte, el prudente consejo de que las afligidas madres, hijas y esposas de aquéllos, fueran a suplicar a la señora Juana, para que ésta consiguiera de la magnanimidad del general Melgarejo, el perdón de los sentenciados.

No hay consideraciones sociales ni encopetamientos que valgan, cuando se trata de la vida de un hombre, y mayormente de un ser querido; así, pues, aquellas respetables señoras y distinguidas señoritas, que se hallaban desesperadas ante el cuadro sombrío que se les presentaba, a fin de librar de la muerte a seres tan queridos, no vacilaron en seguir el consejo, mal de su agrado, y se dirigieron a casa de doña Juana Sánchez, a quien, con lágrimas en los ojos, rogaron interpusiera toda su influencia con el presidente, para salvar la vida de los presos. Doña Juana les prometió no omitir esfuerzo alguno para salvar a éstos, y fue inmediatamente a interponer sus ruegos ante el general Melgarejo, los que casi siempre tenían benéficos y satisfactorios resultados.

Las afligidas señoras quedaron esperando con la ansiedad consiguiente, el regreso de doña Juana, quien

media hora después, volvía trayéndoles el indulto y la orden de inmediata libertad de los presos.

Los caballeros que habían acompañado a las señoras a casa de doña Juana, y que muy bien sabían que no existía conspiración ni cosa que valga, de parte de los presos que acababan de ser indultados, creyeron prudente ir a dar las gracias a su excelencia, por este acto de extraordinaria magnanimitad, que tendría que aplaudir la prensa de toda la República y la prensa oficial en primer término, desde luego.

Melgarejo, que cuando no estaba entre copas, era un hombre culto, atento, jovial, agradable, espiritual y atrayente, hasta encantador en su conversación, como nos refería el general Campero, recibió a los visitantes con la mayor cortesía, y después de escuchar con toda atención las palabras de gratitud que de parte de las madres, hijas y esposas de los presos, que en ese mismo momento eran puestos en libertad, le dirigieron los caballeros, les contestó a éstos:

—Os aseguro, señores, por la cruz de mi espada, que quedo muy satisfecho de haber perdonado a esos caballeros y haber complacido a las distinguidas damas cuyo reconocimiento acabáis de manifestarme. Ellas, por su parte, creo que realmente, quedarán agradecidas, porque, en verdad, les he hecho un gran beneficio que nadie podrá desconocer; yo no he pensado ciertamente fusilar a esos caballeros, a quienes he devuelto bien por mal, haciendo que reciban los auxilios espirituales que debe recibir todo buen cristiano. ¡Cuántos años hará que tal vez ninguno de ellos se acercaba al tribunal de la penitencia! Y yo he hecho que se confiesen todos, prestando así un servicio muy positivo a sus esposas, a sus hijas y a sus madres, que no dudo me quedarán sumamente agradecidas, como acabáis de manifestármelo, porque, en resumidas cuentas, yo no he hecho otra cosa que ponerlos bien con Dios.

NO ERA MAS QUE BASTONERO

El señor don Adolfo Durrels, era un distinguido caballero francés y uno de los más ricos mineros de Potosí, allá por los años de 1866 a 1870.

Amigo personal del general Melgarejo, la penúltima vez que éste estuvo en la imperial villa, el señor Durrels le obsequió con un hermoso caballo blanco, brioso y de bellísima estampa, aunque no tan soberbio como el famoso "Holofernes". En el ejército le llamaban el "Durrels", para distinguirlo del "Holofernes".

Una tarde, en la ciudad de Oruro, después de una gran revista del ejército, el presidente Melgarejo, pasaba en el brioso corcel, que de repente se encabritó tan feamente que a pesar de ser el general Melgarejo un notable jinete, dio con él en tierra, frente a la fortaleza, y con tan mala ventura, que le rompió una pierna.

Inmediatamente, los del séquito de su excelencia, le llevaron a palacio, y mientras se despachaba extraordinarios a todos los departamentos de la República (pues entonces todavía no teníamos telégrafos), dando parte de que el presidente había sufrido una leve caída del caballo, se reunían todos los médicos de la ciudad, y, después de larga, concienzuda y científica consulta, se acordó practicar una reducción, y el encargado de la operación fue el cirujano doctor Juan Manuel González, en quien su excelencia tenía toda confianza.

EL GENERAL MELGAREJO

Practicaba la operación el doctor González y el general bramaba de dolor, habiendo llegado momentos en que se le saltaron las lágrimas.

—¡Valor, mi general! —le dijo entonces el cirujano— no es posible que se acobarde ante estos dolores, usted, el militar más valiente que tiene América; usted, que se ha jugado tantas veces la vida con singular heroísmo y que ha combatido y ganado tantas batallas.

—¡Cara... melos! —respondió Melgarejo, desesperado con los dolores de la pierna— ahora soy un herido, una víctima, y en esas batallas que usted recuerda, y que yo las gané bien ganadas, no era más que bastonero.

DE PASO POR TOTORA

En 1865, la revolución contra el general Melgarejo, fue completa en todos los departamentos de la República. Potosí y Tarija eran los principales focos de la insurrección. En la primera de dichas ciudades se reunieron numerosas fuerzas al mando del general Nicanor Flores, a las que se unieron las de Cochabamba, que, al saber la rápida aproximación de Melgarejo, abandonaron la indicada ciudad y tomaron la retirada hasta Potosí, donde se habían reconcentrado todas las fuerzas revolucionarias de este Departamento, de Sucre, de Cochabamba y de las provincias de Chichas y Cinti, y donde se hallaban los mejores y más distinguidos jefes, como los generales José María de Achá, ex-presidente de la República; Sebastián Agreda, Ildefonso Sanjinés, Lorenzo Velasco Flor, Nicanor

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

Flores, y los coroneles Adolfo Ballivián, Eliodoro Camacho, Belisario Antezana, Pizarroso, Rivas y otros más, que después figuraron tanto en nuestra historia política y militar.

En Tarija sostenía la revolución el meritorio y prestigioso general Celedonio Avila, a la cabeza de 1.000 hombres de infantería y caballería, y una pieza de artillería, manejada por el competente artillero polaco Eusebio Parlewickz, al que para este objeto hizo traer, pagado de su peculio, el general O'Connor (1).

El presidente Melgarejo salió de La Paz en agosto, para combatir a los revolucionarios constitucionales de Cochabamba, Chuquisaca, Potosí y Tarija, siendo su principal objetivo Potosí, donde se hallaba lo más fuerte y granado de las tropas constitucionales, a las que batió y derrotó completamente, después de rudo y sangriento combate, en la Cantería, el 5 de septiembre de aquel año.

A Tarija mandó una división al mando del benemérito general José Manuel Ravelo, padre del coronel Felipe Ravelo, que en 1880 fue uno de los jefes del famoso batallón "Colorados", y uno de los más simpáticos y valientes héroes del Alto de la Alianza, donde tan heroicamente perdió la vida.

La división del general Ravelo llegó a Tarija en el mes de octubre; batió y derrotó en Santa Ana a las fuerzas del general Avila, quedando desde ese momen-

(1). Francisco Burdett O'Connor, abuelo materno del autor de este libro, era un General irlandés, nacido en Cork, el 12 de junio de 1791, y que trajo a América, a su costa, un regimiento de Lanceros irlandeses, con el que se incorporó al ejército del Libertador Bolívar, a cuyas órdenes sirvió en toda la campaña de la independencia, siendo vencedor en las campañas de Junín y Ayacucho. Era Coronel de los ejércitos de Colombia y General de División de los del Perú y Bolivia. Murió en Tarija el 5 de octubre de 1871.

EL GENERAL MELGAREJO

to afianzada en todo el Sud, la dominación del general Melgarejo.

Pero, volvamos a nuestro propósito, que es sólo referir un incidente de su paso por Totora, que es uno de los lugares más poblados del departamento de Cochabamba.

Melgarejo llegó a Pocona, y desde allí destacó una partida de 25 rifleros montados, al mando del coronel Manuel Badani, primer jefe del escuadrón Escolta, con la misión de prevenir a las autoridades de Totora la llegada del presidente y su ejército, y particularmente de explorar Aiquile, y la marcha y estado de los insurrectos de Cochabamba.

Nada de esto se sospechaba en Totora.

Hacia las once de la noche, a la luz de una luna clara llegaba Badani con sus rifleros a los suburbios del pueblo, cuando fue detenido por un ¡alto! que le hizo un pelotón de veinte artesanos armados, que al mando de Luis Badani, hijo del coronel, cuidaba del orden de la población, por mandato de las autoridades de la revolución.

Badani, padre, sin sospechar que perseguía a su hijo, cargó con sus rifleros sobre el pelotón hasta disolverlo en las sinuosidades de la quebrada del Jamanchayu, que conocía palmo a palmo, como viejo vecino de Totora. Fatigado de cansancio, desplegó la fuerza que conducía en la plaza, a las puertas de la casa del ex-subprefecto don Mateo Zegarra, penetró en ella en son de guerra, y cuando la familia esperaba algún acto hostil que guardara relación con su aparatoso manera de obrar, se limitó a transmitir la orden de Melgarejo, reducida a que al día siguiente se esperara la llegada del general y de su ejército, con las disposiciones necesarias.

Grandes fueron la sorpresa y la emoción del coronel Badani, cuando supo, en el curso de la conversa-

ción, que era su hijo Luis, al que, en las afueras del pueblo había perseguido con tanto encarnizamiento y subió de punto su emoción, cuando cayó en cuenta que al poner en manos del general Melgarejo, la nota cerrada que contenía el acta de la insurrección del pueblo, y que muy bien pudo suprimirla, había entregado los nombres de tres de sus hijos y muchos relacionados suyos que la suscribieron.

Dos horas después continuó su marcha el coronel Badani, con sus rifleros, con dirección a Aiquile.

Ahora bien, es natural preguntarse ¿por qué razón, Melgarejo, se desvió del camino recto a Sucre, perdiendo dos y más días en la persecución tenaz que hacía a los insurgentes cochabambinos? La respuesta no es dudosa: quería procurarse recursos pecuniarios, que creyó encontrarlos en Totora, población de importancia comercial y económica, quizá la primera en esa época, después de la capital del departamento.

En las primeras horas de la mañana de ese día, el señor don Mateo Zegarra, respetable caballero y uno de los hombres más distinguidos de la localidad, convocó a todos los vecinos, les informó de la misión que había traído el coronel Badani, y de la situación en que se encontraba el pueblo, y terminó diciéndoles:

—Melgarejo está a nuestras puertas a la cabeza del ejército, compuesto de tres batallones y dos escuadrones de caballería, ¿lo recibimos todos, con el agasajo posible, en cuyo caso es de esperar que no tendrá en cuenta el movimiento insurreccional del pueblo, o abandonamos éste para buscar cada uno nuestra seguridad personal y la de nuestras familias? Entonces, es de presumir, es casi seguro, que a nuestra vuelta no encontraremos nuestros hogares; conocidos los antecedentes y carácter de Melgarejo, no se necesita mucha penetración para afirmar que el fuego hará su obra

EL GENERAL MELGAREJO

destructora, sin que haya una mano que lo contenga. ¿Quedamos todos, o emprendemos la fuga?

El dilema era claro y la elección no podía ser dudosa.

El general Melgarejo hizo su entrada en Totora a la una de la tarde, rodeado de todas las clases sociales, y tuvo la prudencia de mostrarse muy amable con todos y de no hacer ningún cargo sobre los hechos anteriores. Sólo en los primeros momentos, al tomar asiento en el alojamiento que se le había preparado en casa del señor Zegarra, dirigiéndose al ministro Muñoz, le dijo:

—¿Con que también en las aldeas tratan de imitar a los demagogos? Pero nosotros tenemos en cuenta sólo lo grande y no lo que pasa en los pueblos; esas pequeñeces las olvidamos.

Por la noche comenzó a poner en práctica los propósitos por los que se desvió de su natural camino y entró en Totora; llamó a una conferencia privada al señor Zegarra, y le expresó la imperiosa necesidad que tenía de fondos, para continuar su marcha, y más para socorro de sus tropas desde el día siguiente; pintó su situación como lo más grave y peligroso y le exigió un préstamo inmediato de la mayor suma posible.

Zegarra le manifestó con entereza que, personalmente, no estaba en la posibilidad de hacerlo, por más deseos que tenía; que no poseía dinero reunido y decía la verdad.

Continuaron las exigencias de una parte y las razonadas excusas de otra; la conferencia se convirtió en controversia que subía de punto y se agriaba e iba a terminar quizás más que gravemente por esta imprudente frase que el señor Zegarra empleó en el calor de la discusión:

—No puedo, mi general, aun cuando usted me fusile.

Melgarejo se retiraba lleno de ira, seguramente para dar órdenes, cuando se presentó el hijo mayor de Zegarra, diciéndole:

—Señor: mi padre ha dicho a usted la verdad, al haberle asegurado que no tiene dinero reunido; pero yo me comprometo a recorrer mañana temprano todo el comercio de esta plaza y solicitar préstamos con la garantía de mi padre, y entregaré a usted todo lo que sea posible reunir.

Esta oferta de un hijo noble y ejemplar, volvió la serenidad y el buen humor al presidente y evitó quizás un acto de violencia.

La colecta reunida al día siguiente, por el noble joven, en compañía del honrado y respetable caballero don Pedro Carrasco, padre del doctor José Carrasco, que tan elevados puestos ha ocupado en el país, llegó a producir apenas la suma de mil pesos, que se depositaron, con muy poca satisfacción del general, en manos del cajero.

Entre tanto, no faltó un individuo que comunicó a Melgarejo, que don Pedro Sandoval, rematador del impuesto de la aduanilla de Chujillas, era deudor por plazo vencido, al tesoro departamental, de una suma que pasaba de cinco mil pesos. Inmediatamente destacó el general numerosas partidas en persecución del señor Sandoval con orden de conducirle a su presencia, con toda consideración, sin inferirle el menor daño.

La partida que salió al mando del capitán Jorge Camacho, fue la que detuvo a Sandoval, a eso de las dos de la tarde, aunque sin guardarle las consideraciones que encargó el general, pues la esposa de don Pedro, doña Raimunda Alvarez, asustada ante el gran aparato bélico desplegado por Camacho, que rodeó la casa en que ella estuvo oculta con su marido y conocedora de lo que eran capaces los soldados del gran-

EL GENERAL MELGAREJO

de e invencible ejército de diciembre, por huir de la casa saltó una pared, con tan mala suerte, que se fracturó una pierna, de cuyas resultas murió cuatro o cinco días después.

La conferencia entre el general Melgarejo y don Pedro Sandoval dio por resultado que éste pagó al contado una mitad del valor de la deuda, comprometiéndose a pagar la otra mitad a los tres días.

Melgarejo dejó una partida a las órdenes de uno de los oficiales de mayor confianza para recoger esa suma y custodiarla hasta darle alcance.

Sandoval abonó efectivamente al tercer día el resto de la deuda, que recibieron el oficial y el nuevo subprefecto de la provincia señor Saavedra y entregaron al general Melgarejo en Aiquile, pues éste siguió su marcha hacia el Sud, por la ruta de Mizque, tres días después de su entrada en Totora.

EL LEON DORMIDO

Doña Dolores Sarricueta de Lastra, que falleció hace poco tiempo en esta ciudad de La Paz, era muy amiga del general Melgarejo, de quien era edecán su esposo el coronel Lastra, allá por los años de 1868.

En uno de esos momentos de mal humor que con frecuencia sentía el general Melgarejo, dió de baja a su edecán Lastra, caballero de escasa fortuna, a quien buena falta hacía, desde luego, el puesto que perdió sólo por una rareza de su excelencia.

Ante tan ingrata recompensa a sus buenos servicios a la causa de diciembre, el coronel Lastra se en-

tregó de todo corazón a los opositores del Gobierno, que eran la inmensa mayoría del pueblo, con cuyo motivo empezó su casa a ser muy visitada por éstos.

Hablábbase una noche, entre taza y taza de té mezclado con pisco, en casa de Lastra, de la manera cómo se podría sacudir el yugo que imponía la dictadura militar de Melgarejo, y uno de los circunstantes dijo que lo mejor sería aprovechar una de esas noches en que el presidente estaba de diversión en alguna casa particular, donde solía ir solo y muchas veces se quedaba dormido; que en ese momento podrían amarrarle los conjurados, que ya para ello estarían prevenidos y listos en el interior de la casa donde supieran que estaba de gresca su excelencia.

Doña Dolores, no echó en saco roto este parecer y se adhirió con entusiasmo.

Una tarde fría y nebulosa del mes de junio, hallábase doña Dolores de pie en la puerta de su casa, cuando pasó por allí, seguido de su escolta, el general Melgarejo quien, al ver a doña Dolores, se acercó a saludarla y, estrechándole la mano, le dijo con su acostumbrada jovialidad:

—¡Oh, Dolores! de mucho tiempo tengo el gusto de verte, ¿por qué te has olvidado de mí? ¡Ya no me invitas a tomar esos ponchecitos que con manos de ángel sabes preparar!

—¡Qué recuerdos, ni qué ponchecitos, general — respondió doña Dolores—, cuando usted ha pagado tan ingratamente a Lastra, tratándole como a un enemigo, olvidándose de los sacrificios que él hizo por usted y por la causa de diciembre! Ahora nos tiene usted, merced a su injusticia, en la más triste situación económica, y, lo que es peor, riéndose de nosotros los belcistas y los rojos a un mismo tiempo.

EL GENERAL MELGAREJO

—Tienes razón, Dolores —contestó Melgarejo—, pero no te aflijas. Te prometo que mañana mismo se arreglará esto y Lastra será rehabilitado. Entre tanto, ¿no podrías convidarme a un ponche esta tarde, que está tan fría y desagradable?

—Con el mayor gusto, señor general —contestó doña Dolores—. Lo tendré preparado para las nueve de la noche; venga usted, pues, a esa hora, pero ojalá viniese usted solo, porque tengo vergüenza que personas extrañas me vean en esta pobreza.

Su excelencia despidióse cortésmente.

Doña Dolores, antes de preparar el ponche, voló a entrevistarse con los principales conjurados que querían por cualquier modo, por vedado que fuese, librar al país de lo que entonces se llamaba la insoportable tiranía de Melgarejo, y les dijo:

—Llegó el momento que ustedes tanto anhelaban: esta noche a las nueve irá Melgarejo a casa, a tomar un ponche, va a ir solo, el ponche estará bien cargado, y no dudo que a la uno o dos de la mañana, el león estará dormido, y entonces.... en la habitación contigua estarán ocultos los que se hayan resuelto a hacer la hombrada. Si se animan, están prevenidos.

Antes de las ocho de la noche empezaron los conjurados a penetrar en casa de doña Dolores.

Una vez reunidos y bien armados, se ocultaron en la pieza inmediata, a aquella en que la dueña de casa debía recibir más tarde al presidente. Este llegó a poco más de las nueve, enteramente solo, como se lo había pedido la señora Dolores, quien inmediatamente empezó a dar al general sendas tazas de bien cargado ponche, con las que su excelencia se mareó y a eso de las tres de la madrugada, quedóse profundamente dormido.

Entonces doña Dolores abrió la puerta de la habitación donde esperaban los conjurados, y les dijo:

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

—Ya es tiempo; está roncando y duerme como un lirón.

Salieron los conjurados al salón, contemplaron a Melgarejo dormido sobre un sofá, empezaron a temblar de pies a cabeza todos ellos, se miraron con pavor unos a otros, y pudo entonces repetirse con más oportunidad que nunca, aquello de:

“Caló el chapeo, requirió la espada, miró al soslayo, fuése y.... no hubo nada”.

“El león está dormido” se dijeron y más listos que Cardona, pusieron los huesos de punta y se dispersaron como por encanto.

Doña Dolores les contempló dispersarse y exclamó:

—Miren qué gallinas había reunido yo, para que amarrasen a un león, que hasta dormido impone y vale más que todos los que están despiertos.

A las cinco de la mañana, se despertó el general Melgarejo, se despidió muy agradecido de doña Dolores, a quien prometió la inmediata rehabilitación de su marido y embozándose en su capa, salió de la casa.

La mañana era excesivamente fría y una fuerte nevada amenazaba caer sobre la ciudad cuyas calles estaban desiertas, cuando su excelencia penetraba en palacio.

QUE ME QUITEN LA BORRACHERA

Habiendo arribado a la ciudad de La Paz, un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del imperio del Brasil, el presidente Melgarejo quiso dar la mayor solemnidad posible al acto oficial de la recepción del diplomático brasileño, para lo cual se señaló día y hora.

Llegó el día señalado y se aproximaba la hora indicada, las tres de la tarde; pero, desgraciadamente, su excelencia había bebido toda la noche anterior y siguió bebiendo toda la mañana.

A las doce del día entró a verlo el ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, doctor Muñoz, y encontrándole en completo estado de embriaguez, le dijo:

—La recepción del ministro brasileño, veo con sentimiento, excelentísimo señor, que no podrá tener lugar esta tarde, como se había señalado.

—¿Y por qué? —repuso el presidente— ;se ha enfermado o está de farra el representante de mi grande y buen amigo don Pedro II?

—No señor.

—¿Y entonces qué? —volvió a preguntar Melgarejo.

—Que.... que.... francamente, no está usted, señor en estado conveniente para poder presentarse en acto oficial tan solemne —respondió Muñoz.

Melgarejo después de un momento de silencio y fijando la mirada en el ministro de Relaciones Exteriores, exclamó:

—¿Estoy borracho, no es eso?, pero no importa; son las doce y hasta de aquí a las tres, estaré perfectamente bien. A ver —agregó, dirigiéndose al edecán.

de guardia— que me traigan inmediatamente al doctor Bedregal, para que me dé algo que me quite la borrhacha.

Mientras el edecán salía precipitadamente en busca del hábil facultativo doctor Juan Bedregal, abuelo de nuestro distinguido literato e inspirado poeta Juan Francisco Bedregal, el doctor Muñoz, que tuvo una feliz inspiración, como las tenía siempre su reconocido talento, salió de la residencia presidencial, fue a su casa, llamó a sus ayudantes e hizo ver a un amigo suyo, en cuya casa de campo mandó preparar, con la rapidez que imponían las circunstancias, un magnífico lunch.

Luego, tomando un coche, se dirigió a la legación del Brasil, donde dijo al plenipotenciario que no se preparara para la ceremonia de presentación de sus credenciales, que el señor presidente de la República había amanecido muy indisposto, que tenía un fuerte resfriado y el médico le había prescrito guardar cama; que por tal motivo no podría tener lugar su recepción solemne hasta el día siguiente, y que se dignara más bien acompañarle a tomar un ligero lunch y pasar un día de campo con él.

Persuadido el diplomático brasileño de la indisposición del presidente, aceptó gustoso la invitación del ministro de Relaciones Exteriores y jefe del gabinete, y le acompañó.

Entre tanto, llegó a Palacio el doctor Bedregal, con el edecán que fue a llamarle urgentemente de parte de su excelencia.

—¡Oh, mi doctor! —le dijo el general Melgarejo al verlo— usted es uno de los mejores médicos de La Paz; sí, lo mejor entre esos matasanos; en usted tengo confianza y usted va a salvar la situación. Esta misma tarde a las tres, y vea usted que se acerca la hora, tengo que recibir en audiencia solemne al ministro de su majestad el emperador del Brasil. Estoy indis-

EL GENERAL MELGAREJO

puesto, ca...nario, y usted tiene que curarme ahora mismo.

—¿Qué es lo que siente su excelencia? —preguntó el médico acercándose al paciente.

—Qué he de sentir, doctor —contestó Melgarejo—, sino una gran borrachera. Me he excedido un poco en unos vasos de ponche esta mañana y me he mareado mucho, y ahora tiene usted que darme algún remedio que me quite la borrachera.

El doctor sacó su lápiz y escribió una receta: era una bebida con amoniaco.

Melgarejo llamó a un ayudante de campo, y le dijo:

—Vaya usted a una botica y haga componer esta receta a la brevedad posible.

Salía el ayudante con el papel en la mano, cuando volvió a llamarle el presidente y agregó:

—Diga usted en la botica que esa receta es para algún edecán o para alguno de los ministros. No diga usted que es para mí, porque en el momento han de asegurar en La Paz que estoy gravemente enfermo, que estoy a la muerte y los demagogos se han de poner inmediatamente en movimiento. Además, haga usted que la receta se componga a su vista y que una vez compuesta la pruebe el boticario, porque no sería extraño que estos paceños quisieran envenenarme. sin comprender —dijo, atusándose su luenga barba—, que no ha nacido todavía el hombre que pueda matar a Melgarejo.

Y cuando él profería estas últimas palabras, penetraba en su dormitorio, donde se hallaba su excelencia, su favorito el general Aurelio Sánchez, (¡rara casualidad y raros misterios del destino! el mismo que pocos años más tarde, asesinaba de un tiro de revólver, al general Melgarejo, en Lima, la noche del 23 de noviembre de 1871, aniversario de la revolución que

estalló en La Paz, contra su Gobierno, y que le venció y le arrojó del poder y del país, el 15 de enero de aquel año.

Mientras el ayudante fue a la botica a hacer prepara el remedio que debía quitar la borrachera al presidente, éste se hizo servir más ponche, pues el día era nebuloso y muy frío, y le dijo al doctor Bedregal:

—Hasta que traigan su remedio, doctor, tomaremos unos vasitos más—; y empezaron juntos a apurar sendos vasos del excelente y bien cargado ponche, con los que antes que regresara de la farmacia el ayudante que fue por el remedio, estaban igualmente borrachos el general Melgarejo y el doctor Bedregal.

Este, viendo que el general se había quedado profundamente dormido y sintiéndose él ya muy mareado, cogió su sombrero y se marchó.

Tarde regresó el ayudante de campo con el remedio, y como encontrara dormido a su excelencia no se atrevió a despertarle.

A eso de las siete de la noche, despertó el general, y ¡oh furia terrible! la que se apoderó de él, cuando se cercioró de que había pasado la hora señalada para la recepción del ministro del Brasil, de que no había tomado el remedio para quitarle la borrachera y que el médico se había escapado.

En su cólera ordenó, entonces, que en el acto saudiese un oficial con una partida de rifleros, capturase al doctor Bedregal, lo condujesen a Palacio, y lo pusieran en capilla en una de las habitaciones, para que se confesara, si lo pedía, y fuese en seguida pasado por las armas.

Y así hubiera sido, indudablemente, a no ser la eficaz y benéfica intervención de la querida del presidente, doña Juana Sánchez, que, con la poderosa influencia que da el amor, logró dominar la ira del general y salvó al médico de ser fusilado, porque a su excelencia no le quitó la borrachera.

EL GENERAL MELGAREJO

Dos días después del suceso, tuvo lugar el acto oficial de la recepción del ministro brasileño, en el que ya se presentó con toda corrección y con su figura imponente y dominadora, aquel gran caudillo, que cuando no estaba dominado por el licor, era tan culto, tan educado, tan sagaz, y hasta simpático y atrayente.

Obra del claro talento de su ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, el esclarecido diplomático doctor Mariano Donato Muñoz, fue el brillante discurso con que el presidente Melgarejo contestó al que le dirigió el plenipotenciario de la corte imperial de Río de Janeiro, al presentar sus credenciales ante aquel gobernante de Bolivia, a quien, poco tiempo después, el Gobierno de Chile enviaba el título de general de división del ejército chileno, y el Gobierno brasileño, la Gran Cruz de la imperial orden del Crucero del Brasil, mientras aquí sus partidarios le adjudicaban los de: Gran ciudadano de Bolivia conservador del orden y la paz pública y benemérito de la patria en grado heroico y eminente.

LA TARIJEÑA

El general don Mariano Melgarejo, que de Dios goce y que nos perdone estar removiendo sus cenizas con el recuerdo constante de sus vicisitudes y sus vicios, de sus grandezas y pequeñeces, de sus dichos y de sus hechos, de sus originalidades y de sus rarezas, tuvo algo del rey don Pedro el Cruel de Castilla, en su vida de guerrero y de gobernante, y mucho de don Juan Tenorio, en su vida de amores y aventuras.

El pudo decir como el protagonista del drama de Zorrilla:

*“Desde la princesa real,
a la hija de un labrador,
ha recorrido mi amor
toda la escala social”.*

así también podría aplicársele con toda verdad y exactitud el verso del mismo Zorrilla sobre el rey don Pedro:

*“Osado y antojadizo,
mató, atropelló, cruel;
más ¡por Dios! que no fue él,
fue su tiempo quien lo hizo”.*

El amor más fuerte y duradero que tuvo Melgarejo fue en la ciudad de Tarija, y el objeto de esa pasión una preciosa y esbelta joven tarijeña, doña Simona Cuenca.

Ocupaba la presidencia de la República el gran mariscal don Andrés de Santa Cruz, y por su orden marchó de guarnición a Tarija un cuerpo del ejército, el segundo regimiento, en el que se hallaba al mando de una compañía, el capitán Mariano Melgarejo.

Una viejecita, que en sus mocedades le conoció entonces en Tarija nos decía:

—De toda la oficialidad que vino en el segundo regimiento, el oficial más buen mozo, más guapo, más alegre, más generoso y más gallardo y esbelto, era el capitán Melgarejo. El día que yo le conocí, me recuerdo como si lo estuviera viendo, pasaba por la calle de la Palma y él parecía una palmera, de tan alto, airoso y recto. Vestía un pantalón blanco y una levita militar azul con botones dorados. ¡Qué lindo oficial era, y qué bien tocaba la guitarra! Ya no hay de esos militares. ¡Cómo ha cambiado, y cómo ha desaparecido todo!

EL GENERAL MELGAREJO

Bajo aquel hermoso, purísimo y espléndido cielo azul turquí de Tarija, comparable sólo al cielo de Nápoles, admiró Melgarejo la belleza de la Cuenca.

Verla y prendarse de ella, todo fue uno. Las miradas de los negros y rasgados ojos de la hermosa tarijeña, penetraron como dardos en el corazón del apuesto y enamorado capitán, que desde ese día no pensó más que en ella con una pasión intensa y ardiente como la de un árabe o un amante de la Edad Media.

Como éstos cantaba en románticas noches sus amores, cabe la reja de moruna o castellana beldad, el capitán Melgarejo, que era muy aficionado a la poesía y sabía componer expresivos versos, en una de esas espléndidas noches de luna, de Tarija, en que el astro brilla en un cielo puro y sin nubes, y el aire tibio sopla impregnado de aromas y la naturaleza toda parece convidar al amor y al ensueño, Melgarejo compuso algunas estrofas y, cogiendo la guitarra, fuese a dar una serenata a la Cuenca, que vivía en una modesta casa de la que es hoy calle "Almirante Grau".

La bella tarijeña estaba en su habitación, quizá en esos momentos pensaba en el apuesto capitán tareño, cuando éste empezó, al pie de la reja, a templar su guitarra, y arrancándole melodiosas notas, cantó los versos que él mismo había compuesto, y de los que recordamos la última estrofa que era ésta:

*Apura tu desencanto,
llora llora corazón,
aun cuando no apaga el llanto,
el fuego de la pasión.*

Esas estrofas cantadas en el silencio de una tibia noche primaveral, con una voz tan hermosa y al compás de una guitarra tan bien tocada, acabaron de impresionar a la tarijeña, cuyo corazón correspondía ya al intenso amor que había inspirado.

Más, como nunca falta la gota amarga en el cáliz de la vida, Melgarejo, que estaba pasando en Tarija quizá los días más bellos y tranquilos de su juventud, supo un día que tenía un rival en la persona de un vecino de buena posición, que solicitaba la mano de la señorita Cuenca y cuya pretensión apoyaba decididamente toda la familia de esta, a pesar de que la muchacha mostrábase cada día más decidida por Melgarejo.

Desesperóse el capitán al tener conocimiento de esto; y después de muchas tiernas escenas de llanto, de celos, de protestas de fidelidad y de mutuas desconfianzas, los amantes resolvieron emprender la fuga, como único recurso capaz de evitar su separación y un golpe mortal a su amor.

Al mediar las once de una noche obscura y fría, a más de húmeda y medrosa, como habría dicho Zorrilla, Melgarejo detenía el paso de su cabalgadura frente a la casa de su amada. Salio ésta precipitadamente y el capitán, tomándola en sus brazos, la hizo subir a las ancas de su caballo, que a galope tendido se perdió luego en las obscuras y silenciosas calles.

— En los extramuros de la población, les esperaba un caballo ensillado, en el que subió la dama, y ésta y su raptor siguieron tranquilamente su camino, bajo el oscuro manto de una noche lóbrega y sin astros.

Melgarejo, antes de esta violenta y romántica partida, había tenido la preocupación de solicitar y obtener de sus jefes, una licencia temporal para ausentarse e irse a Cochabamba, por asuntos urgentes de familia.

Mucho tiempo después volvió a Tarija, cuando ya se había calmado del todo la impresión causada allí por la aventura de su fuga y amores con la bella tarifeña.

Fruto de esos amores fue Severo Melgarejo, nacido en Tarija y muerto en el Perú, siendo ya coronel.

HACIENDO VERSOS

Parece que realmente, el general Melgarejo no conocía el miedo ni se amedrentaba ante el peligro, ni le preocupaban las situaciones más difíciles.

En la noche del 26 de marzo de 1865, y mientras el pueblo heroico de La Paz, levantaba barricadas y proclamaba con frenético entusiasmo el mágico nombre de Belzu, armándose presuroso para esperar y combatir a Melgarejo, éste pernoctaba con su ejército en Maso Cruz, habiendo salido por la mañana de Calamarca.

Alojábbase en un pequeño y desmantelado cuarto, donde había hecho tender su cama en el suelo.

Hallábbase allí acompañándole, el general Campero, el doctor Muñoz y otros. No se hallaba quien hacer disponer una cena para el presidente, pues toda la indiada del lugar estaba sublevada en su contra y a favor de Belzu.

Melgarejo, después de tomar unos pedazos de carne fría y algunos tragos de licor, sin preocuparse para nada de la situación, como si no se acordara siquiera que estaba en la víspera de atacar al enemigo y de librar un combate decisivo y sangriento, se dió a formar consonantes y a hacer versos (a los que era muy aficionado) con gran admiración de los que le rodeaban y admiraban su vena poética.

Compuso aquella noche más de un verso verdaderamente bien hecho.

A la madrugada del día siguiente continuó su marcha sobre La Paz.

LOS RELOJES

Era una noche del año de 1870.

El presidente Melgarejo se retiraba solo, muy tarde, a su palacio, donde al salir había dejado olvidado su reloj.

Llamó a la puerta del Palacio, se abrió ésta, y en el zaguán preguntó su excelencia al capitán de guardia:

—¿Qué hora es?

El capitán, que acaba de levantarse de la cama, al oír que venía el presidente, llevó rápidamente las manos a su casaca, como si buscara algo, y respondió:

—No lo sé, mi general; no tengo reloj.

—Yo tampoco tengo —agregó un teniente que se hallaba cerca del capitán.

—¿Cuál de ustedes tiene reloj? —preguntó entonces el presidente a los soldados que montaban la guardia.

Ninguno tenía, naturalmente.

—No es posible —dijo entonces Melgarejo— que los soldados de mi guardia no tengan reloj. Mañana lo tendrán, y siguió camino de su dormitorio.

A la mañana siguiente, tan luego como se levantó de la cama, llamó a uno de sus edecanes y le encargó ver cuántos eran los soldados que estaban de guardia en palacio.

Al momento regresó el edecán y le dijo:

—Hay, excelentísimo señor, veinticinco soldados y dos oficiales.

—Bueno —dijo Melgarejo—, vaya usted a la relojería de Nardín, y dígale que, cargándolos a mi cuen-

EL GENERAL MELGAREJO

ta, me mande en este momento veintisiete relojes y procure usted regresar pronto antes de la hora del relevo. —y dió una tarjeta al edecán.

Quince minutos después, regresaba éste con los veintisiete relojes. Entonces Melgarejo hizo formar a los soldados de guardia en el patio, haciendo cerrar un momento la puerta que daba a la calle, para que pudiera retirarse el centinela y entrar en formación, y a modo de arenga les dirigió estas palabras:

—Hijos, anoche prometí obsequiar con un reloj a cada uno de vosotros; aquí lo tenéis y conservadlo como recuerdo de vuestro general que tanto os quiere.

Y por su propia mano dió un reloj, primero a cada uno de los dos oficiales y después a cada soldado, quedando todos muy contentos y muy agradecidos a su generoso e incomparable general, cuya original ocurrencia se divulgó inmediatamente en toda la población de La Paz.

MIS VALIENTES OFICIALES

Un día en que el presidente Melgarejo estaba de buen humor, entraron a verle dos jóvenes oficiales del famoso batallón primero Colorados, los capitanes Carrasco y Cevallos.

—¡Oh! mis valientes oficiales —les dijo el presidente— ustedes que pertenecen a mi heroico batallón *Colorados*, honra y gloria del ejército, deben ser muy valientes, ¿no es verdad?

—Sí, excelentísimo señor —contestaron a una voz los dos oficiales.

—Bueno, vamos a verlo; hechos, no palabras, —dijo Melgarejo—. A ver, capitán —agregó, dirigiéndose a

Carrasco, que, en realidad, era un guapo muchacho:—póngase el kepis y póngase contra esa pared, (señalándole el extremo del salón) y yo, desde este extremo, voy a darle un balazo.

Hay que advertir que el general Melgarejo era un tirador de primer orden.

El capitán Carrasco obedeció, presentándose muy sereno, aunque con el fundado temor de perder la vida en aquel inesperado momento.

Melgarejo se retiró al otro extremo del salón y sacando su revólver apuntó y disparó. La bala atravesó el kepis de Carrasco.

—Bien, mi valiente oficial —exclamó el capitán general;— así deben ser los oficiales del ejército de Melgarejo; y ahora le toca a usted —dijo, dirigiéndose al capitán Cevallos.

Este, menos sereno que su compañero, y poseído de un miedo que logró disimular con soberano esfuerzo, se colocó en el sitio de donde acababa de retirarse Carrasco.

Volvió a hacer fuego el presidente, por fortuna con el mismo resultado. La bala atravesó el kepis de Cevallos, como la primera había atravesado el de Carrasco.

—¡Bravo, mis valientes oficiales! —profirió Melgarejo— quedáis ascendidos.

Y ordenó que inmediatamente se extendiese el despacho de sargento mayor, para cada uno de los dos jóvenes capitanes, a quienes hizo esperar en su salón, mientras se extendían y firmaban los ascensos, y al entregarles éstos, él mismo los halagó y los abrazó efusivamente.

Los dos oficiales salieron del Palacio, más satisfechos y contentos de haber salido con vida de aquel peligroso trance, que del ascenso que acababan de recibir.

LA CUENTA DEL HOTEL

Para un banquete que dio el general Melgarejo a unas pocas personas, una noche en Palacio, hizo contratar las viandas en uno de los hoteles de la localidad

Al dia siguiente del banquete, que fue modesto, el hotelero pasó su cuenta por cinco mil pesos.

A Melgarejo parecióle un exceso esta suma, empezó ya con marcado disgusto a recorrerla, fijándose en sus especificaciones.

Lo primero que notó fue el valor de doce pavos. Acabó de leer con detenimiento y ordenó que llamasen al hotelero, que era un europeo establecido hacía pocos años en La Paz.

Presentóse éste y Melgarejo, atusándose la barba (signo seguro de cólera en el gran caudillo), le dijo:

—Amigo mío, le he hecho llamar a usted para hacerle parar mientes sobre esta cuenta del gran capitán que usted me ha pasado, creyéndome un derrochador desorejado o un tonto de capirote, o que estuve borracho a la hora del banquete y no me fijaba en lo que en él se servía. Sepa usted que Melgarejo no siempre está borracho y que en el banquete de anoche estuvo muy en su juicio y todo lo observó perfectamente. En esta cuenta —agregó agitando nerviosamente el papel que tenía en la mano— pretende usted robarme descaradamente, y así robará también a todos sus comensales.

—Excelencia —dijo asustado el hotelero—, todo se ha cargado a precio justo, sin ninguna exageración.

—Vea usted —gritó furioso el presidente—, aquí hay un valor por doce pavos, cuando los pavos no han sido más que dos; yo los he visto y me he fijado bien.

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

¿Con tanto cinismo y grosería quiere usted robar? Socar....nero! yo le he de enseñar ahora a que robe con semejante descaro, pagándole esta cuenta en la moneda que debe pagársele a los pillos.

Y abriendo la puerta del escritorio, y sin oír las disculpas que le daba el hotelero, ordenó al edecán de guardia:

—A ver, que vengan cuatro tiradores e inmediatamente me despabilen a este gringo ladrón, para eterno escarmiento de petardistas y hoteleros sin conciencia.

Y hubiera sido irremisiblemente fusilado el infeliz hotelero, si, cuando ya los tiradores le sacaban al patio del Palacio, no lo defiende y lo hace escapar la bondadosa doña Juana Sánchez, que tantas vidas salvó en aquella época y que tantos favores hizo a innumerables personas.

Melgarejo accedió a las súplicas de aquél, pero a condición de que el hotelero abandonase el país en el perentorio término de veinticuatro horas.

Efectivamente, se trasmitió la orden a la policía, y en el término fijado, el mal aventurado hotelero abandonaba para siempre la ciudad.

MELGAREJO Y LA CONSTITUCION

Desde que el general Melgarejo asaltó el poder derrocando al gobierno constitucional del general Achá, todas las revoluciones que estallaban contra él, se hacían invocando el imperio de la constitución de 1861, y sus adversarios se llamaban constitucionales.

Queriendo Melgarejo, después de tres años de dictadura, dar un aparato de legalidad a su Gobierno espúreo, convocó, en 1868, la reunión de un Congreso, al que dio la nueva Constitución de aquel año.

EL GENERAL MELGAREJO

El día de la promulgación de esta, Melgarejo obsequió con un sumptuoso banquete en Palacio a los miembros de la representación nacional, banquete al que concurrieron también, el cuerpo diplomático, los ministros de Estado, muchos jefes del ejército y varios caballeros de la sociedad de La Paz.

En los banquetes de esos tiempos, y particularmente en los que daba el general Melgarejo, brindaba todo el mundo.

Como de costumbre, esa tarde se pronunciaron muchos brindis en el comedor del Palacio, a cual más elogiosos para el presidente, a quien, el que menos, le comparó a César, Alejandro y Napoleón.

Tocóle el turno de brindar a uno de los diputados, quien, entre otros conceptos, expresó el de que: el país se hallaba ya felizmente regido por una constitución, la del 68, muy superior a la del 61, y que los pueblos y el Congreso tenían entera fe de que a ella se sujetaría el patriota esclarecido y ya constitucional Gobierno del ilustre general Melgarejo.

Entonces, levantando su copa el presidente, dijo:

—He de contestar al discurso del honorable señor diputado, con toda la lealtad y la franqueza que me caracterizan, porque yo no soy ningún falso ni hipócrita: sepa el doctor que acaba de hablar y sepan todos los honorables señores diputados, que la Constitución de 1861, que era muy buena, me la metí en este bolsillo (señalando el bolsillo izquierdo de su pantalón), y a la del 1868, que es mejor según estos doctores, ya me la he metido en este otro (señalando su bolsillo derecho), y que nadie gobierna en Bolivia más que yo. —Y atusándose la barba añadió—: ¡y el que manda, manda cartuchera en el cañón!

Mohinos y Cariacantecidos salieron del banquete los diputados, y ya en la plaza, en voz baja, le dijo uno al que iba junto a él:

—¿Qué le parece, colega?

—Que hemos venido inútilmente —respondió el interpelado— con este hombre ¡qué Constitución ni qué niño muerto!

IMITANDO A BOLIVAR

El general Melgarejo, como todo hombre de corazón y de inteligencia, como todo verdadero patriota, como todo buen americano, amaba y admiraba al grande e inmortal héroe Simón Bolívar.

Había leído una vez entre varias anécdotas de la vida y costumbres de nuestro egregio libertador, que éste, después de pronunciar uno de esos sublimes brindis con que en un banquete electrizaba a los concurrentes, arrojaba con violencia la copa al suelo, después de apurar su contenido.

A Melgarejo le gustó mucho este rasgo del gran Bolívar, y esperaba la ocasión de poder imitarlo; ocasión que se le presentó pronto.

Tuvo lugar una tarde, en el Palacio de La Paz, un sumptuoso banquete que dio el presidente, en el que hubo numerosa concurrencia y que amenizado por los acordes de la excelente banda de música del batallón primero.

Melgarejo se portó muy bien y estuvo muy correcto, muy culto y muy educado durante el banquete, y todos los concurrentes, especialmente sus ministros y sus amigos íntimos muy satisfechos y contentos, de verle así en aquella comida.

A la hora de servirse el champagne Melgarejo levantó la copa y pronunció un brindis corto y expresivo,

EL GENERAL MELGAREJO

y después de terminado y de beber el vino, arrojó la copa al suelo y se sentó satisfecho, creyéndose en esos momentos, tal vez tan grande como el general Bolívar.

Como en esos banquetes todos los comensales brindaban, un español muy inteligente, empleado de Melgarejo y que era uno de los invitados a aquella comida, se puso de pie y pronunció un brindis, terminando el cual queriendo imitar a Bolívar, arrojó al suelo con violencia su copa.

Apenas hecho esto, Melgarejo volvió hacia él la vista y con acento colérico le dijo en alta voz:

¡So ca....nario! ¿Quién le ha dicho a usted que se permita hacer eso? Usted no es Bolívar ni Melgarejo, ¡so gallego incapaz!

Con este incidente terminaron las imitaciones y el banquete acabó más tarde, como acababan entonces todos los banquetes en Palacio, es decir, de un modo cómico cuando no era de un modo trágico.

UNA COPLA

Cuando el popular general don Manuel Isidoro Belzu entró en La Paz en marzo de 1865, el pueblo en masa proclamó presidente a su gran caudillo y en una noche levantó barricadas en la ciudad, para resistir al general Melgarejo, que a la noticia del arribo de Belzu, contramarchó desde Oruro, donde se hallaba de paso para el interior de la República.

En esos días, entre los muchos cantos populares, alusivos a la situación, estaba muy en boga esta copla:

*“A las barricadas
viene la pantera;
le daremos un balazo
en su camba calavera”.*

Y la plebe, fanática partidaria de Belzu, la repetía sin cesar, aludiendo a Melgarejo que ya venía con su ejército al combate de las barricadas, que con tan fatal y trágico resultado para el general Belzu y su gran partido, tuvo lugar el 27 de marzo de 1865.

Había un joven docente y muy partidario de Belzu, don Roberto Riva, que tenía una hermosa voz de tenor y que cantaba siempre la referida copla, aun después de la muerte del general Belzu y el triunfo completo del general Melgarejo.

Este llegó a saberlo por uno de esos menguados aduladores que nunca faltan, y manifestó mucho deseo de conocer al joven Riva.

En la tarde del lunes de carnaval de 1866, pasaba por la plaza de Murillo un grupo de jóvenes, entre los que se hallaba Roberto Riva. Melgarejo estaba en su balcón y un palaciego le dijo, señalando a Riva:

—Aquel es Riva, el famoso cantor que vuestra excelencia deseaba conocer.

—A ver —dijo el presidente—, que me lo traigan inmediatamente a él y a toda su comparsa.

Salió del Palacio un ayudante de campo de su excelencia, con cuatro números del cuerpo de guardia, y dando alcance al grupo de jóvenes, detuvo a éstos y los llevó a Palacio.

Melgarejo los recibió con suma amabilidad y les hizo servir un vaso de cerveza, diciéndoles que quería beber con ellos, saludando a la inteligencia y bizarra ju-

EL GENERAL MELGAREJO

ventud de La Paz. Luego departió muy cariñosamente con cada uno de los jóvenes, y dirigiéndose a Riva le dijo:

—¿Con que es don Roberto Riva?

—Servidor de vuestra execelencia —contestó éste, inclinándose respetuosamente ante el general.

—Hace mucho tiempo —continuó Melgarejo— que deseaba vivamente conocerlo personalmente. Me han dicho que usted tiene una hermosísima voz, y que, en particular, ciertas coplas populares, las canta usted divinamente. A mí me gustan mucho los versos, y en mi juventud solía yo también hacerlos. Le ruego que cante usted algunos, que mucho deseo oírlo —y haciendo traer una guitarra obligó al joven a cantar.

Este cantó varias coplas, al terminar cada uno de las cuales el presidente aplaudía con entusiasmo. Desde luego, ninguno de los cantares contenía la más remota alusión política.

Cuando hubo terminado y se preparaba a dejar la guitarra, Melgarejo le dijo:

—¡Muy bien, joven, muy bien! pero no ha cantado usted la copla que yo más deseaba oírle, porque me han asegurado que es la que mejor canta usted.

Riva, ya asustadísimo y temiendo la tragedia en que podía terminar aquello, volvió a empuñar la guitarra y cantó otra copla.

—No, no es esa —dijo Melgarejo al terminarla—. La que yo quiero oír es aquella que se cantaba mucho aquí cuando las barricadas.

Riva más asustado, se puso más pensativo, como recapacitando en su memoria y replicó:

—No sé cuál será; no conozco esa copla.

—Hombre —exclamó Melgarejo— ¡Cómo no ha de conocerla usted que con su encantadora voz la ha cantado tantas veces!

Riva temblaba.

Es —continuó Melgarejo —aquella copla que comienza:

*“A las barricadas
viene la pantera”.*

Riva se quedó mustio y lo mismo todos sus compañeros; y como se resistieron a cantar, el presidente le dijo:

—Bueno, amigo, o canta usted esa copla o le fusilo aquí mismo.

Y haciendo entrar en su salón cuatro rifleros, que con las armas preparadas colocó frente a Roberto Riva, le hizo una segunda intimidación, a la que éste tuvo que ceder, y, más muerto que vivo, pulsó la guitarra y cantó:

*“A las barricadas
Viene la pantera;
le daremos un balazo
en su camba calavera”.*

Con la última palabra pronunciada, esperaba el cantor la descarga de los rifleros; pero, felizmente, no sucedió así, y acercándose el general Melgarejo, lo abrazó y le dijo:

—Muy bien, amigo, esa copla era la que deseaba oír cantar a usted, y le agradezco por haberme complacido. La canta usted con inspiración de artista. Ahora una copa a su salud.

Después de tomar ésta, y cuando Riva creía que había vuelto del otro mundo, sacó el presidente un cartucho de monedas de oro y le dijo:

—Como el balazo en mi camba calavera, no me lo han dado de veras y ha sido sólo un verso, no me ofendo; y ahora, acépteme usted esta pequeñez, vaya a di-

EL GENERAL MELGAREJO

vertirse con sus compañeros y no cante más copla que esa; cántela en todas partes sin recelo, que yo respeto mucho el arte y a los artistas.

Luego, estrechando la mano a los jóvenes que se despedían de él, agregó:

—Yo no me enojo por esas cosas ¡qué caramba! no soy un tonto. Ojála el odio de mis enemigos se desahogara siempre en palabras, en escritos y sobre todo, en coplas. Eso nada tiene de malo y la palabra es libre.

Riva y sus compañeros salieron de Palacio, encantados de la sagacidad de Melgarejo. Se divirtieron bastante en ese carnaval y no volvieron a cantar la consabida copla, por más que Melgarejo les dijo que la cantaran siempre.

JUSTICIA A LO REY DON PEDRO

Allá por los años de 1866, existía en La Paz una señora viuda, cargada de familia, que en vida de su esposo, había sido rica, pero que, en la época a que nos referimos, hallábase sumida en la mayor pobreza, merced a la mala fe y ruines manejos de una persona sin conciencia, que se había apoderado de sus bienes y que, por último, llegó al extremo de quitar a la pobre viuda hasta su casa, que era ya lo único que le quedaba, y arrojarla con sus hijos a la calle, acaso a que mendigase un pan.

Para realizar esta bribbonada, le siguió un largo pleito y parece que logró conquistar en su favor al juez.

Después de largo y dispendioso litigio, por fin se dictó el fallo judicial, del todo adverso a la infeliz viu-

da, quien, a pesar de la justicia que a todas luces le asistía, no pudo hallar ni apoyo ni protección y se veía víctima de las intrigas y mala fe más inauditas.

Lloraba desesperadamente al saber la sentencia que había dado el juez en su asunto, cuando una amiga le aconsejó que viera al general Melgarejo, que se decía era un hombre muy generoso y compasivo con los pobres, y le informara con franqueza de todo lo que le estaba pasando y que tal vez él, como supremo jefe de la República influiría en el ánimo del juez o del pleiteador, y se remediaría en alguna manera su crítica situación.

Abrumada de dolor la pobre viuda, cogió su manto, y aunque desconfiando no sólo de obtener algo en su favor, sino que también hasta de poder hablar con el presidente de la República, se encaminó al Palacio de éste, donde manifestó al edecán de guardia, que tenía urgencia de hablar con su excelencia.

Este la recibió inmediatamente, y cuando la señora le expresó, entre lágrimas, lo que le sucedía, Melgarejo la dijo:

—No se aflija usted, buena señora; aunque le notifiquen hoy esa pilatuna sentencia, no importa; le garantizo que esos documentos, que han hecho perder en los juzgados, para que así gane el pleito su injusto adversario y usted se arruine, han de aparecer a toda costa. Cálmese usted, y hágame el favor de venir mañana mismo a verme, a las tres de la tarde.

La señora prometió hacerlo así y se despidió del presidente, pidiéndole mil perdones por haber interrumpido sus graves atenciones y expresado sus agradecimientos por lo que haría en su favor.

Apenas salió ella del Palacio, Melgarejo empezó a averiguar con prolijidad lo que había en el asunto, y supo que, realmente, la pobre viuda era víctima de una

clásica injusticia y que habían hecho desaparecer, en el curso del litigio, un expediente que hacía mucho tiempo había presentado ella, con documentos importantes y que probaban terminante e irrefutablemente sus derechos y la justicia que la asistía, no faltando quien asegurase que el actuario del juzgado era quien había hecho desaparecer el referido expediente.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, hizo llamar Melgarejo al juez que conocía en el litigio referido, y después de hablarle sobre el asunto, le preguntó qué se había hecho del otro expediente, donde la señora que acababa de perder el pleito, tenía tan bien acreditado y comprobado su derecho; y como el juez manifestara que no lo conocía, y apremiado por las interrogaciones del presidente, dijera que era posible que se hubiera extraviado, que quizá en la actuaria se hubiera entrepapelado, y daba todo género de disculpas, Melgarejo le replicó enfadado:

—Si ese expediente se ha extraviado, señor juez, yo haré que aparezca; entre tanto, esta tarde a las tres en punto, esté usted aquí trayéndose el otro expediente, en el que está la sentencia, yo quiero imponerme detenidamente de él, pues sé que la justicia no anda bien por acá, y yo no soy jefe de la nación sólo para gozar del poder, sino para velar por el bien de mis gobernados, amparar a los pobres y hacer justicia a todos. Si a las tres en punto no está usted aquí con ese expediente, a las cuatro le saco a usted de debajo de la tierra y le fusilo en medio de la plaza.

Salió el juez sin ver dónde pisaba, del susto, y Melgarejo hacía entre tanto venir a su presencia al actuario, a quien, después de echar una reprimenda que le hizo temblar, pues no ignoraba éste con quien se las había, le dijo:

—Vaya usted a buscar ahora mismo el expediente perdido, y esta tarde a las tres en punto me lo trae. Y

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

tenga mucha cuenta, porque si el expediente no aparece, y por falta de esos documentos se comete una irritante injusticia, y una familia queda en la calle, hago yo con usted una justicia a lo don Pedro el Cruel, y con el cuero de usted y el del señor juez, hago forrar los sillones del Tribunal.

Y despachó al actuario, escoltado por un sargento de su guardia, al que ordenó que no se separara un punto de aquél, y que al toque de las tres de la tarde, se lo presentase en palacio vivo o muerto.

Los señores del ramo de justicia, se quedaron absortos al conocer estos incidentes, pues no podían explicarse el proceder del presidente de la República, ni cómo el Poder político usurpaba las atribuciones del Poder judicial, tan claramente deslindado en la ley. Pero el general Melgarejo no entendía de distingos y se metía en todo lo que le daba la gana.

A las tres y cinco minutos de la tarde, hallábanse ya en el escritorio del general Melgarejo, éste, la viuda con sus lágrimas, el juez con la sentencia, y el actuario con el expediente que se dió por perdido.

El presidente se impuso primero del expediente donde estaban los documentos que amparaban tan claramente los derechos de la viuda, luego del otro donde se hallaba ya consignado el fallo judicial.

Después de leerlos, entregó el primero a la viuda, diciéndole:

—Aquí tiene usted, señora, sus documentos: váyase con ellos y posesiónese definitivamente de su casa, de la que nadie la arrojará, y si alguien lo intentara, ese tal tendría que entenderse conmigo. Vaya usted tranquila, señora, y no se olvide que el general Melgarejo sabe hacer justicia mejor que los doctores en mala hora encargados de hacerla.

La pobre viuda, profundamente emocionada, no podía expresar, sino con lágrimas, su gratitud.

EL GENERAL MELGAREJO

Melgarejo tomó en sus manos el expediente en que estaba la sentencia inicua que despojaba a la viuda y sus hijos de lo único que ya les quedaba, su casa solariega, y rompiéndolo en pedazos, los arrojó al rostro del juez y del actuario: exclamando:

—Agradezcan ustedes, tinterillos, ¡ca...narios! que no los despedazo a ustedes como a este expediente. Largo de aquí, mucha cuenta con volver a hacer, en nombre de la ley y abusando tan infamemente de sus puestos, injusticias y briponadas como las que estaban haciendo y que ¡por la cruz de mi espada! no se repetirán mientras Mariano Melgarejo gobierne en Bolivia.

EL HERMOSO RIFLE

El presidente de la república del Perú, general Prado, envió de regalo en 1866, al presidente de la república de Bolivia general Melgarejo, un hermoso rifle, con el nombre de éste y el escudo de armas de Bolivia, grabados en oro.

Desgraciadamente, en el momento de recibir el regalo Melgarejo estaba ebrio.

Examinó el arma y cargándola, dijo:

—El rifle es hermoso, no hay duda, y de gran mérito artístico; ahora hay que ver si es bueno y que tal puntería tiene. Voy a tirar y a estrenarlo sobre el primero que pase por la calle.

Y diciendo esto con el rifle en la mano, salió al balcón del actual palacio episcopal, donde él vivía entonces, resuelto a cazar como a una paloma, a la primera persona que hubiera pasado por la calle en esos mo-

mentos. Y así lo hubiera hecho, si no es por doña Juanita Sánchez, que mientras el presidente salía al balcón, hizo desplegar a todos los soldados del retén, por las dos bocacalles, esquinas de las de Bolívar e Indaburu, para que no dejassen pasar a nadie por frente de la mansión del presidente, hasta que éste se retirase del balcón o desistiese de su temerario propósito.

Más de media hora estuvo Melgarejo, como un tigre que acecha su presa, de pie en el balcón, con el rifle preparado, esperando que pasase por el frente alguna persona, para darse el gusto de descargar sobre ella y estrenar, como él decía, el arma que acababa de recibir de Lima.

“No vaya a ser este hermoso rifle —exclamó— como el hermoso revólver que me envió Benavente y que el 27 de marzo no dió fuego ni me sirvió para nada”.

Cansado de esperar y como nadie pasara por la calle, merced a la oportuna y humanitaria previsión de doña Juanita, Melgarejo se aburrió y diciendo: “estos pícaros paceños parecen que han adivinado que iba a estrenar mi rifle y ninguno pasa por acá; todos se han perdido”, se retiró, cerrando con rabia la ventana.

Gracias a doña Juanita Sánchez, no hubo una víctima inocente en esa tarde.

Cuando Melgarejo se retiró del balcón ya se adivinaba la noche.

UNA PROCLAMA ANTE UN CABALLO

Eran los primeros tiempos del gobierno de Melgarejo, o del sexenio, como se dió en llamar a aquel período de seis años que duró la administración de dicho presidente.

Entonces, en la plaza Murillo de la heroica y de nodada ciudad de La Paz, no había los jardines que hoy la adornan, y allí era donde los cuerpos del ejército hacían sus ejercicios de instrucción.

Una tarde de éas, el coronel Peñaranda instruía al batallón de que era primer jefe, allí en la plaza. El presidente Melgarejo, habitaba entonces en la casa que sigue a la que actualmente ocupa el "Club de La Paz" y que es una de las sucursales del Gran Hotel Guibert. Melgarejo que había bebido todo ese día, estaba ebrio, cuando oyó las voces de mando del coronel Peñaranda, que estaba haciendo maniobrar a su batallón en la acera del palacio de gobierno. "Este jefe no tiene buena voz de mando, para la tropa", dijo y ordenó a uno de los ayudantes de campo, que fuera a decir al coronel que condujese su batallón a la acera de la casa que él ocupaba.

Cuando cumplida la orden, Peñaranda hacia formar el batallón en la acera indicada, el general Melgarejo apareció en el balcón, grotescamente vestido con una capa roja y un sombrero de copa alta, y desde allí con clara y potente voz, empezó a mandar y a hacer maniobrar al batallón.

En esto estaba, cuando pasó por frente del batallón un soldado que llevaba del cabestro a un lindo caballo, uno de los caballos del presidente. Apenas lo notó Mel-

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

garejo, gritó al ordenanza que conducía al corcel, que se detuviese allí, y dirigiéndose al batallón a guisa de proclama, exclamó: “¡Soldados! Este caballo que tenéis a la vista, es el animal más meritorio, es el vencedor del 28 de diciembre. Conocedlo bien y estimadlo como yo lo estimo. En él estuve montado en Cochabamba, en la mañana del glorioso 28 de diciembre, cuando subí al poder sin más auxilios que mi voluntad y mi arrojo personal”.

Y diciendo esto, poseído de fervoroso entusiasmo al recordar aquella fecha para él tan grata y memorable, arrojó con violencia desde el balcón a la plaza, su sombrero, de copa alta, el que fue a clavarse en la bayoneta de un cabo, el cual inmediatamente ascendió a sargento.

Y así terminó aquella formación, entre las risas de las numerosas personas que contemplaron en la plaza tan cómica escena, y la alegría y silbidos de los muchachos.

VINE POR CASUALIDAD

Era una tarde en que con banquete oficial, se celebraba en el palacio de gobierno de La Paz, el cumpleaños del presidente provisional de la República y capitán general de sus ejércitos.

Como de costumbre, en esos célebres banquetes se pronunciaban muchos brindis: ninguno de los comensales se conformaba a privarse del honor de dirigir una loa al que en aquellos tiempos todo lo podía.

En este banquete para el cumpleaños del general Melgarejo que como se sabe, estaba entre las fiestas móviles pues caía siempre en el domingo de Pascua,

EL GENERAL MELGAREJO

Melgarejo oyó todo género de elogios a su persona en los numerosos brindis pronunciados por sus adeptos y sus aduladores; pero se le agotó la paciencia cuando al brindar un empleado recién llegado de uno de los departamentos del interior de la República, y creyendo probablemente, agradar más a Melgarejo y que su brindis sobrepasara en bajeza a todos los que le habían precedido, dijo: que la Humanidad había tenido grandes héroes, que realmente habían hombres providenciales que como Alejandro, Napoleón, Washington, Bolívar y Melgarejo, habían bajado del cielo para cumplir grandiosos destinos en la tierra.

Pero, antes de que tan famoso orador terminara su original discurso, Melgarejo le interrumpió diciéndole en alta voz:

—¡Cállese, hombre! no sabe usted, so doctor, lo que está diciendo, o quiere burlarse de mí comparándome a esos grandes hombres que dice. Esos fueron unos genios y yo no soy más que un pobre soldado. Si ellos vinieron a este mundo con una gran misión que cumplir, yo sólo he venido por casualidad.

Escusado es decir que después de tal brindis, ya no se oyó otro en toda la noche y que el banquete se acabó sin más novedad ni desgracia que lamentar.

PERDONADO

Era una noche lóbrega y tempestuosa del verano de 1867.

La artillería y regimiento "Escolta" de su excelencia, estaban acantonados en Caracato. Serían las diez de la noche cuando se notó un inusitado movimiento en

los cuarteles, y los cuerpos salieron de ellos formando en la plaza. En un ángulo de ésta, se veía a un hombre decentemente vestido que se hallaba de pie custodiado por cuatro lanceros.

Hacía más de media hora que los cuerpos permanecían en formación, bajo una lluvia torrencial, cuando recibieron orden de volver a sus cuarteles.

Entre tanto, el hombre a quien hemos visto en esta tempestuosa noche, de pie en un ángulo de la plaza, seguía allí, siempre en medio de los cuatro lanceros.

Apenas se habían retirado los cuerpos, cuando, a la luz rojiza de un relámpago, se vió una figura imponente y marcial, que atravesaba la plaza: era el presidente Melgarejo.

Entró en una casa, donde tras él penetró un grupo de señoras que iba a implorar el perdón del hombre a quien dejamos custodiado por los lanceros y que Melgarejo acababa de condenar a ser pasado por las armas.

Nada pudieron conseguir los ruegos y las lágrimas de esas piadosas mujeres, en el corazón del general Melgarejo, que parecía más que nunca empedernido.

Rechazó toda solicitud, e incomodado salió de allí y se dirigió al alojamiento del coronel Pómier, en cuya cama se echó rendido, dejando en el patio a los cuatro soldados de su escolta que lo acompañaban.

Eran más de las doce de la noche, y Melgarejo empezaba a conciliar el sueño, cuando penetró en el dormitorio un joven militar, de simpática presencia: era Severo Melgarejo, el hijo del presidente, que, arrodillándose junto al lecho donde éste reposaba, le dijo:

—Padre mío: es la primera vez que doblo la rodilla ante un hombre, pero lo hago ante mi padre, que es también el hombre más grande de Bolivia. Mi cora-

EL GENERAL MELGAREJO

zón sensible viene a implorar el perdón del coronel Matos, de ese pobre hombre que al rayar el alba será fusilado por orden de usted.

No terminaba de hablar aquel buen hijo, de corazón magnánimo, cuando el general, incorporándose en el lecho, le replicó encolerizado:

—¿No sabes tú, acaso, que ese hombre es uno de mis más encarnizados enemigos? ¿No sabes que, cuando el combate del 27 de marzo, se pasó con todo su batallón a Belzu, traicionándome a mí, que si no me pegué un balazo, cuando me vi ya del todo perdido, fue porque, en hora feliz, me lo impidió mi buen amigo el general Narciso Campero? No, no perdonó a Matos, que será fusilado a las cuatro de la mañana, por traidor a la gran causa de diciembre.

Entonces, en tono humilde y suplicante, le replicó su hijo:

—Me hago cargo, padre mío, de todas esas circunstancias; pero, pienso que ese pobre hombre no será tan desgraciado como su infeliz y numerosa familia, que va a quedar sumida en la orfandad y la miseria. Apecho, padre mío, a su grande y bondadoso corazón. De rodillas se lo pide su humilde hijo.

Poniéndose entonces de pie el presidente y levantando a Severo, le dijo:

—Bien, pobre hijo mío: conozco que tienes un corazón bondadoso y caritativo, y que es lo único en que te pareces a tu padre. Perdonó a Matos y sólo lo perdono por ti y por la memoria de tu madre, esa buena y hermosa tarifeña a quien no olvido.

Y, dirigiéndose a una mesita que tenía allí cerca, escribió de su propio puño, la orden de libertad del preso.

Al entregársela a su hijo, añadió:

—Ahí tienes el perdón para ese hombre; pero a condición de que inmediatamente salga de aquí y se

vaya a cualquier parte donde yo no vuelva a saber de él.

Severo Melgarejo salió con la orden de perdón, y esa misma noche, una vez puesto en libertad, el coronel Matos tomó el camino de Yungas, donde mucho tiempo trabajó como peón en una de sus hermosas haciendas.

**UN SALUDO A LA BANDERA Y UNA CARTA
AL PADRE ETERNO**

Con motivo del supremo decreto de 20 de marzo de 1866, expedido por el Gobierno del general Melgarejo, sobre la venta de las tierras de comunidad, se sublevó toda la indiada del departamento de La Paz, siendo la sublevación más seria en la parte Norte de nuestro territorio limítrofe con el Perú.

Con este motivo despachó Melgarejo una división del ejército al mando del general Leonardo Antezana, a fin de dominar la sublevación.

La división Antezana hizo diabluras con los pobres indios, y lo que es peor todavía, invadió territorio peruano, cometiendo un gravísimo atentado contra el derecho internacional.

Desde luego, el Gobierno de Lima se alarmó y, como es natural, exigió una satisfacción plena de parte del Gobierno de Bolivia; preparó su ejército y previamente acreditó una legación de primera clase en Bolivia, para exigir, por los medios diplomáticos, la satisfacción que justamente nos exigía, preparándose para, en caso contrario, declararnos la guerra.

EL GENERAL MELGAREJO

La legación peruana, compuesta de personajes eminentes, arribó a La Paz y se alojó en la casa de la señora Clavijo, en la calle de Ayacucho.

Entre las satisfacciones que el Perú exigía de Bolivia, ocupaban el primer lugar estas: homenaje y saludo por todo el ejército a la bandera peruana y enjuiciamiento y destitución inmediata del general Antezana, que fue quien nos puso en tal conflicto.

Como los comisionados peruanos exigieron a Melgarejo el señalamiento del día y hora para el saludo al pabellón del Perú, después de muchas dilaciones, Melgarejo señaló simplemente a las tres de un día sábado; pero ese señalamiento lo hizo ese mismo día sábado; pero a las cuatro de la tarde; por lo que en la legación peruana y en el pueblo todo, se creyó en un equívoco de redacción y que la ceremonia tendría lugar a las 3 de la tarde del día siguiente, domingo.

Pero no sucedió así.

El jefe de la legación peruana ordenó a su mozo que al día siguiente izara la bandera, bien de mañana, en cuanto amaneciese si era posible. El mozo, que tenía el propósito de salir para irse a una diversión, tan luego como su patrón se durmiera, subió muy cautelosamente a los altos e izó el pabellón a la una de la madrugada, es decir muchísimo más temprano de lo que le había ordenado el ministro.

Como a las dos de la mañana, y cuando la ciudad estaba en profundo silencio y las calles desiertas, los vecinos fueron sorprendidos, primero por toques de cornetas de todos los cuerpos militares, y después por los acordes de las bandas de música.

Los más creyeron que se trataba de una de esas humoradas del general Melgarejo, quien más de una vez había hecho tocar generala en altas horas de la noche y poner en marcha el ejército.

A las dos y media de la madrugada, estaban formados, de gran parada en la plaza Murillo, todos los

cuerpos del ejército, con su capitán general a la cabeza, y al toque de las tres de la mañana, bajaban por la calle Bolívar, formaban frente al edificio ocupado por la legación del Perú, hacían el saludo militar a la bandera de dicha nación y descendían por la calle del Recreo, dando vivas a Bolivia, y tomando la del Mercado, regresaban a la plaza y de allí a sus respectivos cuarteles.

Los miembros de la legación peruana al oír, desde sus camas, las músicas y el paso del ejército, creyeron, como todos los vecinos, que el general Melgarejo se había embriagado y emprendía una de esas ligeras marchas de resistencia que acostumbraba muchas veces, para probar sus tropas, regresando luego del Alto, o del Kenko, o de Viacha.

¡Cuán lejos estaban todos de suponer que acababa de hacerse el saludo a la bandera peruana!

De regreso de esta ceremonia que tuvo lugar, como vulgarmente se dice, entre gallos y media noche, Melgarejo entró en su escritorio, donde llamó al general Antezana, que era uno de sus generales predilectos y el autor del conflicto gravísimo en que nos veíamos con la República, que era la mejor amiga de Bolivia, el Perú.

—Por causa de usted hermano —dijo Melgarejo a Antezana— nos vemos en este percance, el Gobierno peruano nos hubiera declarado la guerra, con mucha razón, si no damos las satisfacciones que ha pedido. Ya he salvado lo del saludo a la bandera, evitando toda la vergüenza posible, para lo que resolví se efectuara a esta hora esa ceremonia deprimente para mí, y que, felizmente, ni los de la embajada peruana lo han visto. Ahora resta el enjuiciamiento a usted y su destitución, que es lo que más me duele y debe dolerle a usted; porque un militar de honor, antes que ser dado de baja con ignominia, debe preferir morir, ser más bien fusilado. ¿No le parece así a usted?

EL GENERAL MELGAREJO

—Así es —respondió Antezana maquinalmente.

—Bueno pues —continuó Melgarejo—, antes de todo, va usted a escribir y yo voy a dictarle una carta muy reservada —y señalándole el escritorio—, ahí tiene usted pluma, tinta y papel de cartas con el sello de la presidencia de la República.

Antezana, que, a pesar de que conocía mucho a Melgarejo y sabía de todo lo que era capaz en un momento de mal humor, no se figuró ni por instante de lo que se trataba, y se puso a escribir, sintiéndose hasta cierto punto, satisfecho y un tanto orgulloso de verse en ese momento de *plumario* del gran Melgarejo. Puso la fecha y el presidente, paseándose por la habitación, empezó a dictarle:

—Al santísimo Padre Eterno.— El general Antezana escribió estas palabras, y mirando con aire de sorpresa al presidente, exclamó:

—¿Qué es esto; quiere bromear su excelencia?

—Escriba usted lo que yo le dicte, general, y después sabrá lo que es— contestó Melgarejo.

El escribiente, perplejo ante el dictado de tan extraña carta, hizo un esfuerzo por sonreírse, y dijo:

—Bueno, ya está. Al santísimo Padre Eterno; ¿ahora qué dirección le pongo?

—El otro mundo —respondió Melgarejo.

—El otro mundo —escribió y repitió Antezana, que empezaba a asustarse.

—El portador de ésta —dictó Melgarejo.

—El portador de ésta —contradictió Antezana.

—Es el general Leonardo Antezana —siguió Melgarejo.

Ahí vió el hombre las orejas del lobo; no pudo repetir la frase, se le cayó la pluma de la mano y exclamó aterrado:

—¿Se trata de mi muerte, acaso?

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

—Naturalmente —le respondió Melgarejo—; acaba usted de convenir conmigo, en que para un jefe que tiene honor y dignidad, es preferible la muerte a ser dado de baja con ignominia y borrado su nombre del escalafón militar.

—Mi general, —repuso Antezana— ¿Me fusila usted?

—Le fusilo —contestó Melgarejo— por las barbaridades que ha ido usted a hacer. Yo le mandé a que sofocase con medidas prudentes la sublevación de los indígenas, y usted ha ido a cometer mil injusticias y arbitrariedades, y lo peor, lo que es más grave, a invadir con las fuerzas de su mando, territorio peruanos, poniendo con semejante proceder, estúpido y atropellador, a mi Gobierno y a la República en la humillación de dar al Perú las satisfacciones que, a causa de usted, ahora con razón y justicia me exige. Merece usted, pues, ser fusilado y lo fusilaré; pero como yo soy hombre agradecido y le quiero a usted y no olvido la decisión y lealtad con que usted siempre me ha servido, he resuelto antes de despacharle al otro mundo, dárle esta carta de recomendación para el Padre Eterno, que la llevará usted personalmente.

Aquí se acabaron todo el valor y la presencia de ánimo del general Antezana, quien pidió perdón a Melgarejo con tan persuasivas frases, que éste se conmovió ante el recuerdo de la estrecha amistad que los había unido siempre y de lealtad con que éste había procedido con él en toda circunstancia, y serenándose, le dijo: “Le perdono, hermano, este berenjenal en que su imprudencia me ha metido; pero, como la destitución de usted es parte de las satisfacciones que hay que dar al Perú, vágase por ahí unos cuantos días; mientras que pase esto, y luego regrese al ejército, que, entre tanto, ya ni aquí ni en el Perú, volverán a acordarse del asunto”.

Cuando al día siguiente de estos sucesos, el señor ministro del Perú tuvo una entrevista con el presidente Melgarejo, para definir el día y la hora en que tendría lugar el saludo a la bandera peruana, éste manifestó profunda extrañeza, y le dijo:

—Me sorprende, señor ministro, que usted ignore o aparente ignorar que, en cumplimiento de lo que previne, que hoy a las tres tendría lugar esa ceremonia. Tuvo lugar efectivamente esta mañana a las tres en punto.

Vanadas fueron las protestas, reclamaciones y observaciones del diplomático peruano: Melgarejo insistió en qué ya se había hecho el consabido saludo al pabellón peruano y que no podía repetirse, quedando, por consiguiente, cumplido su compromiso y dadas las satisfacciones que se pidieron y a las que su Gobierno se había obligado.

—En cuanto al general Antezana, señor ministro —agregó el presidente—, será hoy mismo separado de su puesto; y si no lo he fusilado, como por un momento pensé hacerlo, para dar mayor satisfacción al Perú, ha sido porque allí no digan que Melgarejo es un sanguinario, un tirano, un asesino, como lo dicen aquí mis adversarios y, en especial, los pícaros rojos. Yo quiero mucho al Perú, señor ministro, y por eso no he vacilado en darle con la mejor voluntad, las satisfacciones que exigía, con justicia desde luego; y usted lo manifestará así a su Gobierno, señor ministro.

Asuntos de mayor importancia que vinieron a preocupar por entonces, tanto a la cancillería de Lima como a la de La Paz, hicieron que ni en el Perú ni en Bolivia, volviera nadie a preocuparse de este curioso incidente, que terminó de una manera tan rara e inopinada, como terminaban generalmente todos los

asuntos que se relacionaban con el general Melgarejo, cuyas originalísimas ocurrencias nos han dejado impecaderos recuerdos.

UN PASEO EN COCHE

Cuando el general Melgarejo salía a pasear en coche, en la ciudad de La Paz, le gustaba salir siempre solo o en compañía del ministro Muñoz.

El doctor Rivera, que era otro de sus ministros, tenía vivo deseo de salir él también en compañía de su excelencia; deseo que se lo manifestó al presidente más de una vez.

Una tarde ordenó Melgarejo que enganchasen el coche, se proponía salir solo, enteramente solo esa tarde; pero, cuando salía de su habitación, se le afrontó el ministro Rivera, volviendo a insinuarse eficazmente para que lo llevase en su compañía, pues quería darse la satisfacción de que le viera el pueblo pasear en el coche de su excelencia, sentado al lado de éste.

Al presidente le desagradó el ver contrariado su propósito de salir solo, pero disimuló su contrariedad y no quiso desairar las instancias de su ministro.

—Bueno, pues, vamos juntos —le dijo, y salieron de palacio, encontrando el coche en la puerta. Al salir ordenó el presidente al cochero que se bajase del pesante y se quedase en palacio.

—Pero, mi general —le preguntó el doctor Rivera—, si se queda aquí el auriga, ¿quién dirige el coche?

—Yo —contestó Melgarejo—, usted va adentro y yo hago de cochero.

EL GENERAL MELGAREJO

Y sin dar tiempo a que el ministro le hiciese más observaciones, y estando éste sentado en su lugar, se colocó él en el asiento del cochero, y dando repetidos latigazos a los caballos, hizo bajar el coche por la calle Bolívar, en dirección al Prado, con tan vertiginosa rapidez, que al llegar a la calle Loayza, los caballos se desbocaron y el coche se volcó dejando estupefactos a los transeúntes que presenciaron el suceso.

Al volcarse el coche, Melgarejo con su habitual arrojo y notable ligereza, dió un salto y se puso de pie, tranquilo y sonriente, en la acera de la calle, mientras su ministro se levantaba del suelo con la ayuda de los transeúntes, magullado, con un buen susto y una rotura en la cabeza, protestando no volver a pasear en coche con su excelencia, quien, con notable buen humor, festejaba lo sucedido.

Más tarde, en palacio, recibía el general Melgarejo las felicitaciones de todo el círculo oficial y de sus amigos, por haber salido ilesa de aquel lance, que fue enteramente obra suya.

POR EL MARISCAL FRANCISCO SOLANO LOPEZ, GRAN HEROE PARAGUAYO

El general Melgarejo, a pesar de sus tan amistosas relaciones con el Gobierno brasileño que, cuando el tratado de límites de 1867, le envió el título y la condecoración de "Gran Cruz de la Imperial Orden del Crucero del Brasil", tenía marcadas simpatías por el dictador del Paraguay, mariscal Francisco Solano López, y por la causa de los paraguayos, que se hallaban a la sazón, sosteniendo solos, una ya larga y ver-

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

daderamente heroica guerra contra el Imperio del Brasil, la República Argentina y la República Oriental del Uruguay.

Melgarejo, que era un gran valiente, sentía pues, ese afecto y esa secreta simpatía que atrae a los caracteres parecidos, por otro gran valiente, el general López, y por el pueblo paraguayo que en la cruenta guerra que sostuvo por más de un lustro, con la triple alianza, realizó actos de un valor y heroísmo que superaron a los de la antigua Grecia, y que cayó al fin, vencido, pero no humillado ni rendido, cubierto de honor y gloria.

Melgarejo seguía con vivo interés todos los episodios de aquella campaña y se entusiasmaba ante el valor y el heroísmo de los paraguayos.

Aquella guerra tocaba a su término, y en la tarde de uno de esos días, el presidente Melgarejo dió un gran banquete en su palacio, en el que estuvieron presentes, entre otros muchos invitados, el secretario de la legación del Brasil y algunos caballeros argentinos que a la sazón se encontraban en la ciudad de La Paz.

Ese día, el general Melgarejo estaba de muy buen humor; pero, una desgraciada casualidad hizo que pocas horas antes del banquete, llegara el correo del exterior y él recibiera (entonces no teníamos telégrafo en Bolivia) la noticia de la victoria definitiva de los aliados sobre los paraguayos y la muerte heroica del gran Solano López.

Apenas acabó el presidente de leer esta noticia que lo contrarió profundamente, llamó a uno de sus edecanes y le dijo:

—Entre los invitados que tenemos para el banquete de esta tarde, figuran algunos brasileños y argentinos, ¿verdad?

—Sí, excelentísimo señor —respondió el edecán.

EL GENERAL MELGAREJO

—Lo siento —dijo el presidente—, pero, paciencia ya que no hay medio de desconvitarlos.

Llegada la hora del banquete, Melgarejo presentóse a la mesa con la mayor corrección y compostura, mostrándose amable y sagaz con todos. Durante la comida se habló, como era natural, de la gran noticia del día: la conclusión de la famosa guerra del Paraguay y el trágico y heroico fin del presidente Solano López, por el que el general manifestó mucho sentimiento.

Todo iba bien en el banquete, que, dicho sea de paso, estuvo espléndidamente servido; pero llegó la maldita hora de los brindis, que todo lo echaba a perder, y ahí fue la de Dios es Cristo.

Después de muchos que se pronunciaron, desde luego, casi todos en honor de su excelencia, el gran ciudadano de Bolivia y Gran Cruz de la Imperial Orden del Crucero del Brasil, don Mariano Melgarejo, éste, un poco excitado ya por el licor, atusándose la negra y hermosa barba, levantó su copa de champagne y espetó este famoso brindis:

— Debemos admitir y rendir homenaje al valor y al patriotismo, donde quiera que le encontremos. Los valientes guerreros, los héroes, tienen por patria el mundo todo. No me vengan con nacionalidades cuando se trata de un gran valor o de un gran talento. El general Francisco Solano López, no pertenece al Paraguay; es una gloria de América y de la humanidad. Bebo, pues, esta copa a la memoria de este héroe y del gran pueblo paraguayo, a quien han podido vencer, pero no rendir, entre los *macacos* y los *gauchos* (1).

Y como notara que en la sorpresa y el estupor producidos en todos los concurrentes por semejante brin-

(1). Alusión a los brasileños, la primera, y a los argentinos, la segunda.

dis, un caballero argentino y otro brasileño se quedaron absortos, con su copa en la mano, dirigiéndose a ellos, continuó:

—A ustedes, mis amigos, les dispenso; no les exijo acompañarme en esta copa, porque no sería correcto que los verdugos bebiesen en honor de las víctimas.

Fue tal la impresión producida en la concurrencia por semejante salida de su excelencia que aquélla, en silencio, empezó a dispersarse, terminando el banquete como terminaban casi siempre todos los banquetes de palacio, en aquella época memorable y excepcional de nuestra historia.

EL SOFA DE RESORTES

El ilustrísimo señor obispo de La Paz, fue el que estrenó en su salón de recibo, el primer sofá de resortes que se introdujo en esta ciudad y de los que tanto se usaron allá por los años de 1867.

Un día domingo, salió de su palacio, vestido de gran parada; con un riquísimo uniforme de general de división, el presidente Melgarejo, que había resuelto hacer ese día algunas visitas de etiqueta, siendo la primera la que haría al señor obispo.

Dirigióse, pues, allí, seguido de sus edecanes y su escolta.

Entró en el salón donde el prelado le recibió con el mayor agasajo y le invitó a tomar asiento en el sofá, que se hallaba colocado a la cabecera del salón.

El presidente, que aún no conocía esa clase de sofás, sentóse con violencia y se dió un golpe tan fuerte en la espalda y en la nuca, que se desmayó. Asustóse mucho el obispo y familiares, y los edecanes salieron

EL GENERAL MELGAREJO

del palacio episcopal en pos de un médico o farmacéutico que viera a su excelencia.

A poco andar, uno de los edecanes encontró en la calle casualmente al médico González, en compañía del mejor y más inteligente farmacéutico que ha venido a La Paz, el señor don Domingo Lorini, e informándoles de lo sucedido al presidente, los llevó a verle.

Estos hicieron la primera cura a su excelencia, a quien, un tanto repuesto ya, trasladaron a su morada.

Entre tanto, el doctor González se fue a la botica a preparar un parche que esa misma noche se debería poner al presidente, abarcándole toda la espalda, desde la nuca hasta la terminación de la columna vertebral.

¡Qué tal sería el parchecito!

Una vez confeccionado el gran parche, lo remitió con el mismo señor Lorini, para que se lo pusiera al ilustre paciente.

Cuando don Domingo entró en el dormitorio de aquél, le encontró notablemente mejorado y de muy buen humor, a pesar del fuerte golpe que se había dado.

—¿Qué es eso que trae usted, amigo Lorini? — preguntó Melgarejo.

—Es un parche, señor presidente —contestó éste—, que manda el doctor González, para que su excelencia se lo haga poner en la espalda.

Melgarejo lo observó y le dijo:

—¡Mire usted qué parchecito! ¿Por qué no lo hicieron más grande todavía? ¿Se ha figurado ese doctor que soy caballo, para que pretenda ponerme esa carona? Que se la ponga él.

El farmacéutico iba a retirarse, pero el presidente lo detuvo cariñosamente, diciendo:

—Pero, ¿por qué se va, amigo Lorini? ¿No quiere conversar un rato?

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

—Señor, si no lo incomodo —contestó el farmacéutico.

—De ninguna manera —contestó el presidente—. Lo que de veras me incomodaría mucho, sería ponerme esa *carona* de ungüentos que me trae usted con el nombre de parche. No es nada lo del golpe; ¡ese maldito sofá de resortes!....

—Siéntese, amigo —continuó Melgarejo—, hablemos un poco; yo sé que usted ha sido soldado de Garibaldi, a quien quiero por valiente, y por lo mismo deploro que un general tan guapo sea adversario del Papa; eso es lo que no me gusta, porque yo soy católico de cierto, y me honro mucho de serlo.

La conversación siguió animada y franca entre el general Melgarejo y el entonces joven Lorini, por más de media hora, y cuando éste iba ya a retirarse, le dijo el presidente:

—Mire, Lorini, a usted le gusta fumar; así, pues, antes de volverse a la farmacia, llevándose su parchecito, para que se lo ponga a algún caballero, abra usted aquella petaca y saque una cajita de esos riquísimos cigarros de hoja que me han enviado de regalo del Brasil. Los cigarros son excelentes, y la caja muy bonita; llévesela usted.

Lorini sacó de la petaca la cajita, que era de cristal y bellísima; la abrió, pero estaba vacía, lo que viendo Melgarejo, dijo:

—¡A, esos canallas de mis edecanes! Ya se fumaron mis cigarros. Está bien: que se los fumen, que lo que es a mí, nadie me fumará.

¡Frase gráfica, ésta, del general presidente Melgarejo!

Como al despedirse el señor Lorini, le expresara sus deseos por su pronta mejoría, le dijo:

EL GENERAL MELGAREJO

—No hay cuidado; no es nada lo del golpe; ya estoy bien, pero no me olvidaré del sofá de resortes, de su Ilustrísima.

LA RESEÑA

En la cuaresma de 1869, el general Melgarejo asistió a varias *reseñas* en la catedral de La Paz, y le impresionaron y le agradaron mucho esas ceremonias que él no había visto desde muy niño.

Después de la pascua, un día en que bebió bastante su excelencia, le entró el deseo de volver a ver una *reseña* y mandó solicitar al señor obispo que hiciese una aquella misma tarde en la catedral a la que él concurriría con todos sus ministros y jefes de alta graduación.

Como es natural, su Ilustrísima se negó terminantemente, manifestando en su contestación, en frases muy suaves y respetuosas, que no era ya tiempo de *reseñas* y que no era posible a la iglesia, hacer fuera de su tiempo y lugar, ceremonias sagradas.

Incomodóse mucho el general Melgarejo, cuyo carácter atropellador no soportaba que nadie se opusiera a sus caprichos, y amenazó con mandar llevar preso al obispo y obligarle con la fuerza armada, a que hiciese una *reseña* después de Pascua, sólo para entremimiento de su excelencia.

Ineficaces y vanas fueron todas las muy fundadas observaciones que para disuadirle de tan absurdo y estrafalario antojo, le hizo el ministro del culto y los ruegos de todas las gentes de palacio, para que no persistiese en semejante propósito, cuya realización sería un escándalo.

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

Nada de consejos ni de reflexiones; el capitán general estaba en sus trece y no cedía y empezaba ya a atusarse la barba, signo inequívoco en él de resolución y cólera.

Desesperados los ministros y los generales que le rodeaban, al ver que el hombre no cedía y que con medidas torpes y violentas, iba a realizar su descabellado propósito y a ocasionar un temerario conflicto, uno de los ministros, convencido ya de la ineficacia de toda observación y de todo ruego, y a fin de salvar de alguna manera la situación, le dijo:

—En verdad, mi general, que lo mejor sería que hiciésemos ver al obispo, que no necesitamos de él para nada, y que si él hace sus *reseñas*, durante la cuaresma, en la catedral, con sus curas, el presidente las hace mejores, y sin que sea cuaresma, con sus generales y sus ministros en su palacio.

—¿De veras? —dijo Melgarejo, a quien le agradó la ocurrencia—; pues ahora mismo todos al salón, donde haremos una *reseña* igual o mejor a las que se hacen en la catedral. A ver —prosiguió, dirigiéndose a los ministros y jefes del ejército allí presentes—, vamos: ustedes harán de canónigos y yo de deán —y todos se dirigieron al salón principal.

Allí se hizo una ridícula parodia de la *reseña*; y como una vez echados en el suelo, los que hacían de canónigos, y paseando Melgarejo batiendo la bandera, el general Dulón, que estaba entre aquéllos, levantara la cabeza, Melgarejo con el palo de la bandera le dió un garrotazo, que le hizo un gran chichón en la frente.

Quedaba evitado felizmente un conflicto y satisfecho el raro antojo del presidente de ver una *reseña* después de Pascua.

EL ENVENENAMIENTO

Por los años de 1869, llegó a La Paz un joven español que había sido capitán en el ejército de España, y que venía a Bolivia a gestionar la entrega de una herencia que una tía suya le había legado.

Dicho joven se vino por Panamá y el Perú, y se trajo una pequeña máquina fotográfica, con la que desde su llegada a La Paz tomaba vistas de los sitios más bellos y más importantes de la ciudad.

Uno de los edecanes del presidente Melgarejo, por aquel tiempo, era el coronel Juan Campero, distinguido joven tarijeño que se había educado en Europa, y era último vástago de los marqueses de Yavi y Condes de Casavindo. Como había estado algunos años en España, buscaba siempre a los españoles que llegaban a La Paz, y así fue como tuvo relación con el joven de nuestra referencia.

Una noche de retreta en que el coronel Campero se paseaba en la acera del palacio de Gobierno, se encontró con el joven español y empezaron a pasear juntos, charlando amigablemente y haciendo recuerdos de España.

En aquellos momentos, vieron un hombre pobremente vestido y que parecía estar mareado y que pasando junto a ellos, les miró fijamente, se detuvo un instante y siguió su camino.

—¿Quién será éste? —dijo el capitán español—; parece que quería hablarnos.

—Es un pobre diablo —contestó Campero, que le había reconocido—; ha sido oficial en uno de los cuerpos del ejército, del cual hace poco le han dado de

baja por trápala y borracho. Está en la última miseria y pensaría pedirme algo para ir a beber, pero no se animó al verme con otra persona.

Siguieron, pues, conversando, hasta que, concluida la retreta, se despidieron entrando el coronel Campero en palacio y dirigiéndose el español a su alojamiento.

Al día siguiente de esto, el vecindario de La Paz, fue sorprendido con la noticia, salida del mismo palacio, de que acababa de descubrirse un tenebroso plan revolucionario, basado nada menos que en el envenenamiento del Presidente de la República.

A poco rato, una partida armada conducía al joven español y se le ponía incomunicado, al mismo tiempo que en su domicilio se constituían el fiscal, el juez, el actuario, varios jefes militares, dos médicos, cuyos nombres no recordamos, y los farmacéuticos Ideaquez y Lorini, procediéndose al más minucioso examen de los papeles y todas las cosas existentes en el domicilio del pobre capitán español, que no se daba cuenta de lo que pasaba ni podía explicarse la causa de su prisión.

En los papeles no se pudo encontrar ningún documento ni levemente comprometedor para el preso; pero los celosos militares y administradores de la justicia, creyeron hallar el *cuerpo del delito*, en los útiles fotográficos, que hasta los dos facultativos afirmaban que eran substancias venenosísimas, que no podían tener otro objeto, en manos de un extranjero desconocido, que el de envenenar a una persona. Y los militares agregaban que esa persona no podía ser otra que el general Melgarejo y más si se tenía en cuenta, como debía tenerse en primer término, que este extranjero había venido del Perú, donde tenían su cuartel general los emigrados bolivianos, enemigos acérrimos del Gobierno.

EL GENERAL MELGAREJO

Se organizó el proceso y los médicos y farmacéuticos tenían que prestar por escrito su informe sobre los venenos encontrados. Los primeros, no sabemos si por ignorancia o por temor a Melgarejo, ante quien querían congraciarse, formularon un informe en el que manifestaban, con todos los tecnicismos de la ciencia, que efectivamente, aquellas sustancias (los útiles fotográficos), eran unos venenos de primer orden, agregando o dando a entender, que era indudable que su dueño los poseía con un intento criminal.

Y milagro fue que no aseguraron que la máquina fotográfica, era una máquina infernal, preparada desde Europa para hacer volar al general Melgarejo.

Con semejante informe habría salido frito el pobre español, a no ser la actitud y entereza de los farmacéuticos Lorini e Ideavez, que se indignaron y se negaron rotundamente a suscribirlo, jurando que no se trataba de venenos, sino de útiles de fotografía, que no podían revelar en manera alguna el objeto criminal que se les pretendía atribuir.

Convencidos, felizmente, los facultativos ante las concluyentes razones aducidas por los dos competentes y honrados farmacéuticos, redactaron nuevamente un informe, racional y científico, al que éstos se adhirieron, pues, en caso contrario, ellos pensaban formular otro, y así salvaron la vida de un inocente, pues ya se aseguraba en público, que apenas terminase el proceso que tan rápidamente se estaba organizando, el español sería fusilado.

Lo que había sucedido fue que aquel oficial retirado, que en la retreta de la noche anterior pasó junto al coronel Juan José Campero, cuando éste paseaba en la acera del palacio, con el capitán español, por congraciarse con el general Melgarejo para obtener la rehabilitación con que soñaba, o por una de esas alu-

cinaciones que el exceso de licor llega a producir en el ya desequilibrado cerebro de los bebedores, solicitó aquella misma noche, ver al presidente de la República, para hacerle una revelación muy importante.

Una vez en presencia de Melgarejo, le comunicó que pasando él aquella noche por la acera del palacio, encontró al coronel Campero con el joven español; que éste, al verle, se separó de aquél y le pidió su cigarrillo para encender el suyo, hecho lo cual, le dijo que sabía que él era un valiente y meritorio oficial a quien el presidente Melgarejo había recompensado con mucha ingratitud sus servicios, y que debía vengarse de semejante injusticia; que él había venido, pagado por los emigrados bolivianos en el Perú, para envenenar a Melgarejo y que necesitaba de un hombre valiente y resuelto, como sabía que era él, para que le ayudase a llevar a término su empresa; y que, finalmente, le había comprometido a buscarle en su domicilio, a la noche siguiente, para acordar el envenenamiento.

El presidente le agradeció el aviso, le regaló algún dinero y le dijo que se presentase al día siguiente para que prestase declaración; que haría detener al español y organizar el sumario; que si resultaba evidente la denuncia, inmediatamente le rehabilitaría a él en el servicio militar, confiriéndole además un grado de ascenso; pero que si su denuncia resultaba falsa, tuviera por seguridad de que lo fusilaría sin más trámite.

El hombre juró cien veces que todo cuanto le revelaba a su excelencia, era la verdad, y prometió presentarse al día siguiente y prestar su declaración.

Cuando se le buscó para el objeto, no se le pudo hallar en ninguna parte por más diligencias que hizo la policía.

EL GENERAL MELGAREJO

Mientras se organizaba rápidamente el sumario para comprobar la denuncia sobre el supuesto envenenamiento, el coronel Campero habló con el presidente y le manifestó su opinión de que la tal denuncia debía ser una impostura, una completa falsedad todo lo que había dicho aquel oficial retirado, empezando por la afirmación de que el español le había pedido su cigarro para encender el suyo, puesto que el español no fumaba, y le relató minuciosamente su encuentro con aquel borracho en la noche anterior.

Hablaban de esto, cuando comunicaron al presidente el resultado de las investigaciones practicadas en casa del preso; y el tenor del informe médico.

Una vez que Melgarejo se informó de todo, quedó plenamente convencido de la calumniosa imputación del oficial retirado, y ordenó poner inmediatamente en libertad al capitán español, a quien hizo llamar a palacio y le dio las más cumplidas satisfacciones, imponiéndole de todo lo acontecido.

A la vez dio orden terminante para buscar por todas partes al denunciante, capturarle, ponerle en capilla y fusilarle al día siguiente, pero todas las pesquisas resultaron inútiles, pues el referido denunciante del plan de envenenamiento, había puesto pies en polvorosa y se hizo humo y no se volvió más a saber de él, mientras el general Melgarejo gobernó en Bolivia.

EL ASCENSO DE UN CADETE

Hallábase el presidente Melgarejo en Tarata.

Una tarde después de tomar algunos vasos de la exquisita chicha *Aurora*, se puso su legendaria capa lacrada y se presentó en uno de los balcones de la casa de Gobierno, en momentos que se aproximaba allí una partida de doce soldados del regimiento Escolta.

—¿Dónde va esa gente? —preguntó desde el balcón su excelencia, y el oficial que la mandaba contestó:

—A relevar el retén de palacio, excelentísimo señor.

—Bien —repuso Melgarejo, y dio esta voz de mando: —Tercien, paso de vencedores, izquierda, marchen! —e hizo entrar a los soldados en el patio y de allí al comedor, donde les hizo tomar asiento alrededor de la mesa, y ordenó que les trajesen la comida, sentándose él a la cabecera de la mesa, donde no había más comensales que él, los doce soldados que venían del retén y el oficial que los mandaba.

—Nunca me he sentado a la mesa con más gusto —dijo el general Melgarejo— que ahora que voy a comer con mis soldados. Esto me agrada más que esos malditos banquetes en que los doctores me fastidian con sus brindis llenos de falsedad y adulación.

A las primeras cucharadas de sopa, volvióse su excelencia hacia el soldado que tenía sentado a la derecha y le preguntó:

—¿Cómo se llama usted, amiguito?

—Mariano Gutiérrez, mi general —respondió el soldado.

EL GENERAL MELGAREJO

—Bien —dijo Melgarejo—, ¿de dónde es usted?

—Cochabambino, mi general.

Luego, volviéndose hacia el soldado que tenía a su izquierda, le hizo la misma pregunta:

—Y usted, ¿cómo se llama?

Domingo Zambrana, mi general —contestó el interrogado.

—¿De dónde es?

Potosino, mi general.

—Bueno, hijos míos —exclamó el presidente—, me siento honrado y orgulloso de comer con vosotros, y os saludo con el mismo cariño con que un padre saluda a sus hijos —y levantando su copa de vino, bebió a la salud de los soldados.

Terminada la comida, hizo retirar la mesa y los asientos y que los soldados formasen. Una vez formados éstos, Melgarejo mandó:

—¡Firmes! dos pasos a retaguardia; ¡marchen! Saquen sables ¡al hombro! ¡Estocada de frente!

En esta actitud los soldados, Melgarejo se aproxima contra las puntas mismas de los sables y da la orden: ¡estocada!

Los pobres soldados estaban perplejos, sin animarse a ejecutar la voz de mando de su capitán general, y se excusaban, diciéndole:

—¡Cómo, pues, contra vos, *tatay*!

Esto repetía cada uno; hasta que llegó su turno al cadete Inocencio Soria, quien presentándole la espada, le dijo:

—Mi general, esta espada que la nación ha puesto en mis manos, es para defender a la gloriosa causa de diciembre y a su ínclito caudillo. —Y volviéndose hacia la tropa, exclamó: soldados, ¡viva el general Melgarejo!

Vivísimo el cadete. Se ve que conocía bien a su capitán general.

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

Lleno de entusiasmo, Melgarejo dio un fuerte y prolongado abrazo al cadete Soria y le preguntó:

—¿Qué graduación tiene usted, mi querido joven?

—Cadete, mi general.

—Pues —dijo el presidente— queda usted ascendido a subteniente.

Lo merecía por vivo el muchacho.

RECUERDOS AL EMPERADOR

Melgarejo era acérrimo partidario del general Ballivián, a quien había servido desde joven, con toda lealtad y decisión, y, por consiguiente, profesaba entrañable cariño a toda la familia del vencedor de Ingavi, y muy en especial al venerable patrício don Vicente Ballivián y Roxas, a quien había servido como asistente, cuando siendo Melgarejo sargento, se hallaba emigrado en Tacna y estaba también allí aquel ilustre caballero.

Sin embargo, persiguió, más tarde a la familia Ballivián, porque toda ella era contraria a su Gobierno; pero no dejó de escribir frecuentemente, y sobre todo, para quejarse de esa oposición, al señor don Vicente, quien, por aquella época, residía en París en compañía de su amante y excelente hijo, el patriota y distinguido caballero don Manuel Vicente Ballivián.

Melgarejo era “invenciblemente ignorante”, viéndose de la gráfica expresión de uno de los presidentes de Bolivia, don Tomás Frías; y esa ignorancia unida a las falsas ideas que le imbuían sus aduladores y la prensa oficial de la época de su administración, llegaron a persuadirle de que no sólo América y Euro-

EL GENERAL MELGAREJO

pa, sino el mundo todo, se preocupaba de él y de lo que entonces pasaba en Bolivia.

En esta creencia, en sus ostentosas simpatías por Francia y con la persuasión de que Napoleón III, estaba muy al cabo de su nombre y de sus hazañas; una de las cartas que en 1869, dirigió a París, al señor Ballivián y Roxas, terminaba con estas palabras: "Dígnese presentar mis recuerdos al emperador, y usted reciba el invariable afecto y respeto con que lo saluda su leal amigo, antiguo y obediente servidor.— *M. Melgarejo.*

Mucho rió el venerable señor Ballivián al leer esto y figurarse yendo al Palacio de las Tullerías, a dar a su majestad el emperador de los franceses, los recuerdos de su grande y buen amigo el general Melgarejo.

EL VIERNES SANTO DE 1866

En los primeros tiempos de la presidencia del general Melgarejo, era uno de los edecanes el coronel Pablo Sotomayor, joven inteligente, bien educado, muy buen mozo y apuesto militar, a quien Melgarejo comprometió a volver al servicio, venciendo las resistencias de este pondonoroso jefe, que, muy legalista siempre, repugnaba servir a una dictadura.

Era el día de viernes santo del año de 1866.

El general Melgarejo, que se había abstenido completamente del licor y que concurrió con puntualidad a la catedral, a las sagradas ceremonias del Domingo de Ramos y del Jueves Santo, el Viernes fue vencido por la afición a la bebida, ese terrible y funesto vi-

cio, que llega a dominar tan tristemente a todos los desgraciados que una vez se entregan a él, y bebió desde la mañana.

A las cuatro y media de la tarde, pasaba bajo los balcones del palacio de Gobierno, la tradicional y grandiosa procesión del Santo Sepulcro, que es la más solemne e imponente, y a la cual concurre todo lo más selecto y notable de la sociedad, casi todo el católico pueblo de La Paz.

Al oír el presidente que la procesión se acercaba, se le ocurrió salir a uno de los balcones, embozado en su famosa capa colorada, a dirigir una proclama al pueblo paceño.

Sotomayor, que por su desgracia estaba ese día de edecán de guardia, y que era el único que se hallaba cerca del presidente, creyó cumplir su deber impiadiendo que su excelencia llevase a cabo su irreverente y temerario propósito.

Melgarejo porfiaba en salir al balcón y su edecán impedía con razones y ruegos, que no saliera.

Sobre una de las mesas de la sala estaba un lujoso estuche con un par de ricas pistolas de propiedad del presidente.

Este insistía en salir al balcón y Sotomayor en contenerlo a toda costa, cuando algunos oficiales que estaban afuera, oyeron un fuerte ruido en las ventanas de uno de los balcones, seguido de la detonación seca de un tiro.

A poco momento, el general Melgarejo abrió la puerta y llamó, cuando la procesión pasaba ya de la plaza Murillo.

Los militares que acudieron presurosos a la voz de su excelencia, vieron a Sotomayor tendido sobre el pavimento y ensangrentado.

El presidente les dijo entonces, que el edecán se había puesto a registrar las pistolas que estaban so-

EL GENERAL MELGAREJO

bre la mesa, sin observar que se hallaban cargadas, y que se había herido mortalmente.

Los soldados del cuerpo de guardia levantaron el cadáver del desgraciado Sotomayor, y lo trasladaron a una habitación excusada del palacio.

Muchas horas después se procedió a practicar un reconocimiento médico legal, que no hizo más que evidenciar aquel crimen.

La triste noticia se esparció en el momento en todo el pueblo de La Paz, que quedó aterrado, en medio de las prácticas religiosas a que se hallaba entregado en día tan solemne para todo el mundo.

Al día siguiente sábado de Gloria, en la tarde, se sepultaba el cadáver del gallardo y apuesto edecán, con todos los honores correspondientes a su graduación, sin que nadie se atreviera a inquirir cómo había muerto.

UNA PROCLAMA, UNA CARTA Y OTRAS CURIOSIDADES

El Gobierno del general Melgarejo, desde el día mismo de su inauguración (28 de diciembre de 1864), fue general y tenazmente resistido. Durante esos seis años las revoluciones se sucedieron casi sin interrupción, en todos los departamentos de la República.

Una de esas muchas revoluciones fue la que estalló en Sucre, a la una de la madrugada del 17 de diciembre de 1868, encabezada por el venerable patrício doctor Mariano Reyes de Cardona.

Las autoridades de Melgarejo tuvieron tiempo, en el momento mismo de estallar el pronunciamiento, de

despachar un extraordinario a La Paz comunicando el hecho al Gobierno.

El individuo elegido para este objeto, fue un oficial que en esos días se hallaba retirado del servicio y que tenía fama de joven audaz, vivísimo y valiente a carta cabal; el mayor Hilarión Daza, que años más tarde llegó a la alta clase de general y fue presidente de la República.

El mayor Daza desempeñó tan brillantemente su comisión, que se puso de Sucre a La Paz en treinta y seis horas, a lomo de mula.

El general Melgarejo recibió el parte, y sorprendido al fijarse en la fecha, desconfió de su veracidad, pues para él como para todos, parecía realmente increíble, que en treinta y seis horas y en tiempos de lluvias, aquél oficial hubiera podido atravesar la gran distancia que media entre las ciudades de Sucre y La Paz.

Siempre receloso y desconfiado el general Melgarejo, hizo poner preso con centinela a la vista en el cuartel del famoso batallón "Colorados", al mayor Daza, a quien advirtió, que si en el término de tres días más se confirmaba la noticia de que había sido portador, con una rapidez increíble sería inmediatamente ascendido y ocuparía un buen puesto en el ejército, y que si, por el contrario, la noticia resultaba falsa, sería irremisiblemente fusilado.

El mayor Daza estaba contentísimo en su prisión al ver su carrera asegurada, pues sabía que era la purísima verdad la noticia que él había llevado al Gobierno, y que éste recibiría su confirmación antes de los tres días fijados por el presidente para ascenderlo o para fusilarle.

Efectivamente, antes de la expiración de aquel plazo, llegó a La Paz otro extraordinario de Potosí, que traía la confirmación de la noticia y todos los detalles del movimiento del 17 de diciembre en Sucre.

EL GENERAL MELGAREJO

Inmediatamente el general Melgarejo hizo poner en libertad al mayor Daza, le ascendió a comandante efectivo y le hizo colocar en el cuerpo de edecanes de su excelencia.

El mismo día dispuso el presidente que marchase una división del ejército sobre el sud al mando del ministro de la Guerra, general Nicolás Rojas, a combatir la revolución.

Al día siguiente se publicaba en La Paz, en la imprenta de la Unión Americana, el número 3 del "Boletín Oficial", con este precioso artículo de fondo:

"Hoy (23 de diciembre de 1868) ha marchado el benemérito general Rojas, ministro de la Guerra, a la cabeza de las fuerzas de operaciones de vanguardia, destinadas a combatir la facción de Sucre. El grueso del ejército se halla dispuesto a salir al primer toque de marcha, a las órdenes del excelentísimo capitán general Melgarejo, que vale por dos ejércitos".

"Los documentos que hoy publicamos son de *alto interés* y manifiestan que la importante plaza de Potosí, se encuentra bien preparada, para todo evento que tendiera a turbar el orden público".

Los documentos de *alto interés*, a que se refiere el "Boletín", son la proclama de Melgarejo a la división de vanguardia, la protesta de Potosí, contra la revolución de Sucre, el bando prefectural publicado allí, los partes del comandante general (en fuga) del departamento de Chuquisaca y del prefecto de Potosí, y una carta de éste al ministro de la Guerra.

La proclama del general Melgarejo a la división de vanguardia que marchaba al sur, decía:

"Soldados: la mezquindad de cuatro doctores charlatanes no debe causarnos ningún cuidado: todo es efecto de su impotente rabia por las glorias que conquista la hermosa causa de diciembre y por la innoble emulación que tienen algunos empleados caídos,

con mi ilustrado gabinete: Lo que prétenden, es a no dudarlo, escalar de nuevo el poder de que abusaron, aun cuando para ello se hunda la patria. Esos miserables demagogos quieren perturbar el orden, sin calcular que un pequeño disturbio es la mayor ruina que puede pesar sobre el país".

"Coraceros: al destinaros a la vanguardia creo satisfacer vuestros ardientes deseos de destruir cuanto antes a la miserable facción de Sucre. Probad como en otras ocasiones, que para vosotros no existe obstáculo alguno que no sepáis vencer".

"Rifleros: el arma que manejáis os hace invencibles: ¿Quién osará presentarse en combate con vosotros?" .

"Marchad todos en defensa de la Constitución (sic), y del gobierno que habéis jurado sostener. Yo os seguiré con el grueso del ejército".

"El esforzado general Rojas va a la cabeza para conduciros por el camino de la gloria. El y vosotros me responderéis a la lealtad con que debéis corresponder a vuestro capitán general Mariano Melgarejo. Cuartel general en La Paz de Ayacucho, a 23 de diciembre de 1868".

Parece que el general Melgarejo, creía con la mayor buena fe, que realmente, eran unos criminales los bolivianos contrarios a su Gobierno, y que éste era el mejor de los gobiernos imaginables.

El parte oficial que pasaba el comandante general del departamento de Chuquisaca, al igual que el de Potosí, en esta última ciudad, a donde fue a dar en su fuga, y que se remitió también al Gobierno entre los documentos que llevó el extraordinario, decía:

"¡Viva la unión americana!".

"Comandante general de Sucre. Potosí, diciembre 19 de 1868. A su señoría ilustre el comandante general de este departamento. Señor: Los sempiternos enemigos de la gloriosa causa de diciembre haciendo correr

voces de que su excelencia el presidente provisional de la República había sido asesinado en La Paz, a consecuencia del justo (*¡sic!*) fusilamiento de don Ladislao Santos, han podido seducir al mayor Darío Yáñez, jefe de la columna de Sucre, que constaba de veinticinco hombres y tres oficiales. Con este motivo algunos demagogos han alterado el orden y la tranquilidad pública, invocando la olvidada Constitución de 1861. Este suceso ha tenido lugar el 17 del corriente, como a la una de la noche, y a pocos momentos después de retirarme del cuartel donde permanecí hasta las doce y media en compañía del mismo traidor Yáñez".

Don Ladislao Santos era un caballero de Cochabamba, casado con una hermana del eminente patriota doctor Mariano Reyes Cardona, quien tanto combatió a Melgarejo, especialmente cuando se firmó aquel tratado de 27 de marzo de 1867, por el cual Bolivia cedia al Brasil una extensa y rica zona de su territorio.

Tildado el señor Santos, injustamente, de estar conspirando activamente contra el Gobierno, fue preso en Cochabamba, a fines del año 1868, y remitido al cuartel general de La Paz, donde sin forma ni figura de juicio, al día siguiente de su llegada, fue fusilado; acto que indignó a la nación entera y al que refería el comandante general de Sucre llamando a semejante iniquidad *justo fusilamiento*.

La carta *privada* del prefecto de Potosí al ministro de Gobierno, y *publicada* en el "Boletín", decía entre otras cosas:

"La columna se halla perfectamente arreglada y aumentada en sus plazas. Anoche a las once, llegó de Chayanta el cañón que el Gobierno había dejado allí cuando marchaba al combate de las Letanías. He gratificado a la tropa y la he provisto de cuanto era necesario: tenemos abundantes municiones y nada nos falta. El comandante general tiene mucha confianza en

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

mí, lo mismo que yo en él; obramos en todo de común acuerdo y en la mayor armonía”.

“Le remito, oficialmente, la protesta de este vecindario, que la suscribe con la mayor voluntad y entusiasmo. Por no perder tiempo no van más firmas”.

Claro, que no por amor a la causa de diciembre, sino por miedo a Melgarejo, todo el vecindario suscribía la protesta contra la revolución. Como esa acta, han sido en nuestra historia política, muchas de esas actas populares, que lo menos que encierran es el verdadero sentimiento del pueblo.

“Ya está aquí el general España —agrega el prefecto— lo mismo que el mayor Domínguez, quien nos ha traído algunas comunicaciones de los amigos de Sucre, en las cuales se nos asegura de lo aislado del movimiento y del ningún prestigio de los cabecillas”.

“La gente notable no ha tomado parte y rehusa prestar su cooperación. Aquí tenemos el concurso de la gente de valer, que nos ofrece su apoyo decidido y aun recursos pecuniarios, que no los hemos aceptado, por no sernos necesarios, pues tenemos fondos suficientes para todo”.

“A mi juicio, el motín de Sucre no es sino la consecuencia de aquellas farsas que allí tuvieron lugar con motivo del célebre folleto de Reyes Cardona (contra el tratado de límites ajustado con el Brasil) y podemos calcular cual sea su resultado”.

“Ya que hablo de este personaje quijotesco (quijotesco porque se oponía a la desmembración del territorio patrio y combatía una tiranía) y a pesar de que no quisiera perder tiempo en mandar este extraordinario, quiero referirle lo que, con relación a él, me ha dicho el mayor Domínguez. Reyes Cardona hace el siguiente cálculo: En las diferentes manifestaciones a favor de mi folleto, se encuentran 1.342 firmas; luego puedo contar con otros tantos soldados contra el Gobierno que ajustó el tratado con el Brasil. Si el Dr.

EL GENERAL MELGAREJO

La Tapia rehusó ponerse al frente del movimiento, por ser un hombre meticuloso, tócale la presidencia al doctor Bustillo, como vicepresidente que fue del Consejo de Estado; pero como éste prefiere a los grandes intereses de la patria, cuidar más bien de sus molinos de Nuccho, limitándose a azuzar la revolución desde su dormitorio; a nadie le toca la presidencia sino a mí, que soy uno de los consejeros de Estado más caracterizados. Abriré, pues, la campaña contra el general Melgarejo; y héte aquí a Dario en lucha con Alejandro".

"Y como yo conozco lo mentecato que es el tal Reyes Cardona, creo a pie firme lo que cuenta el mayor Domínguez que nos ha entretenido un buen rato con esta y otras referencias de Sucre".

Curiosos documentos éstos, que nos dan cabal idea de los hombres del gobierno, de la política y de la situación de aquella época excepcional de nuestra historia.

En fin, ni el capitán general del ejército, que valía por dos ejércitos, según la expresión del redactor del "Boletín Oficial", tuvo necesidad de salir de La Paz, ni la división de vanguardia, de llegar a Potosí, porque los revolucionarios de Sucre, se lanzaron precipitadamente sobre aquella plaza, donde fueron completamente derrotados, después de un sangriento combate, por la columna de Potosí, quedando así una vez más, asegurada la dominación del héroe de diciembre.

DE SASTRE A CAPITAN

Hallábase el presidente Melgarejo en Sucre, y allí recibió un obsequio mandado desde Santiago de Chile; dos lindísimos pantalones bordados, uno de paño grancé y otro negro.

Quedó su excelencia muy satisfecho de este regalo; pero al ir a probarse los referidos pantalones, notó que le eran muy anchos de cintura. Llamó entonces al edecán Deheza y le dijo que viera al mejor sastre e hiciese arreglar los pantalones, mostrándole la parte donde estaban defectuosos.

El edecán hizo llevar la ropa con un soldado y se fue a la sastrería del maestro Mangudo, a quien encargó la compostura de los pantalones enseñándole la parte donde estaban muy anchos y que debía angostar. Pero el maestro Mangudo, como les sucede a muchos maestros, entendió completamente al revés las instrucciones que le diera el que encomendaba la obra; y así, en vez de angostar los ricos pantalones hacia la cintura, los ensanchó más en aquella parte y más abajo también; y como el trabajo aquel era para el presidente Melgarejo, lo terminó lo más pronto que pudo, es decir, en dos días; que de haber sido para algún particular, lo termina lo menos en treinta.

Envolvió Mangudo los pantalones en una toalla y los llevó personalmente a palacio.

Desgraciadamente, su excelencia, se hallaba en estado un poco inconveniente. Hizo tomar asiento al sastre y se puso el pantalón grancé, para ver cómo había quedado con la compostura; y al advertir que en vez de angostar el sastre había ensanchado y echado a

EL GENERAL MELGAREJO

perder el pantalón, enfurecióse el capitán general y le dijo:

—¡So car....rampempe! ¿Con que usted es el mejor sastre de la capital? ¿Y usted me ha hecho este adefesio? ¿No se le dijo a usted que debía angostar esta parte? (señalándosela) y en vez de eso, la ha ensanchado más, ¡so hijo de Pu....makagua?

Asustadísimo el pobre sastre y sin saber qué contestar, quiso expresar a su excelencia que para su comodidad, le había soltado el pantalón un poco de la ingle; pero, como hablaba un castellano no puro, le dijo:

—Perdone su excelencia, por el mejor comodidad que lo quise dar más abajito de la cintura, como a cada rato nos lo desabotonamos los pantalones, lo *hei enanchado* allí creyendo también que le agradaría así en las ingles.

—Y qué me importa a mí —replicó furioso el general Melgarejo— que así les agrade a los ingleses? Yo no soy inglés, ¡so car....acol!

Y diciendo esto le pegó tal *trompeadura*, que el malaventurado sastre salió de allí más muerto que vivo, llevándose semejante soba, por única paga de su trabajo.

Al día siguiente, en el almuerzo, dijo Melgarejo:

—No sé por qué me duele tanto la mano derecha, y se me ha hinchado. ¿Qué será esto?

Y uno de los edecanes le contestó:

—Qué ha de ser, excelentísimo señor, sino el resultado de las puñadas que ayer tarde le pegó vuecencia al maestro Mangudo. Entonces indudablemente se ha lastimado los tendones de la mano. Le haremos ahora mismo una fricción con Odopeldoc, que es lo mejor.

—Con que he pegado al sastre? —preguntó el presidente—; pero —agregó— si ese bárbaro me ha echado a perder por completo los pantalones. Ha hecho completamente al revés de lo que se le dijo.

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

—¡Oh!, señor —contestó Deheza—, le ha dado vuecencia más puñadas que palos, y cómo estará la cabeza del pobre sastre, que a esta hora debe estar en la cama.

—Pues vaya usted —ordenó Melgarejo al edecán— y tráigamelo ahora mismo, esté como estuviese. Pobre sastre: siento mucho haberle maltratado, pero yo soy así; se me sube la mostaza y en un momento de rabia no sé lo que hago. Vaya a traerme al pobre Mangudo.

—¿Qué le ha sucedido maestro?

—Que vuecencia me ha estropeado ayer....

—Sí, sí —le interrumpió Melgarejo—, ha de dispensarme usted, amigo. Yo soy así, de juicio muy ligero, pero como no hay mal que por bien no venga, según dice un adagio, ya que ayer le pegué a usted, hoy le concedo una gracia: queda usted destinado de capitán de la cuarta compañía del batallón primero; y en celebración de este ascenso vamos a tomar esta copa.

Y, uniendo la acción a la palabra, él mismo llenó la copa, que ofreció no ya al sastre que le echó a perder los pantalones, sino al nuevo y flamante capitán Mangudo, quien siguió ascendiendo y sirviendo con toda decisión al general Melgarejo, hasta la caída de éste.

BOCHINCHE EN EL CUERPO DE GUARDIA

Corría el mes de julio de 1868, y el general Melgarejo se hallaba en la ciudad de Cochabamba, de regreso de su paseo por los valles de Tarata y Cliza.

Una tarde fue invitado a la Muyurina, donde se excedió en la bebida. Al cerrar la noche, regresó a la ciudad, haciendo marchar con tal velocidad su coche, que los soldados de la escolta no podían dárle alcance.

A las diez en punto de la noche, como de costumbre, se tocó silencio y el cabo de guardia puso de centinela en la puerta principal del palacio a un recluta, comunicándole la consabida orden de que después de las diez, nadie podía entrar ni salir.

No pasaría media hora, cuando, embozado en su capa roja y bien colado el sombrero de jipijapa, salió el general Melgarejo; pero al acercarse a la puerta, el centinela, cumpliendo la consigna, le gritó: *¡A la espalda!* (1).

Lo primero que se le ocurrió al presidente, fue que había revolución y que él estaba ya arrestado en su palacio, y cediendo a la primera inspiración de su carácter violento e impulsivo, dio tal bofetón al centinela, que le volteó cayendo de espaldas al suelo con fusil y todo.

Aterrado el pobre recluta y temiendo que en seguida le hiciera fusilar el capitán general, se levantó precipitadamente, abrió la puerta, y más ligero que un relámpago, tomó las de Villadiego, mientras Melgarejo gritaba ebrio y furioso en el zaguán: “¡Capitán

(1) Atrás.

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

de guardia! ¡Jefe de retén! ¡Edecán de Demagogos! ¡A mí nadie me la juega!".

En esto se presentó el jefe de retén, que era el oficial Pedro Lizarazu, y cuando le vio el presidente, que se hallaba con su revólver en la mano, le disparó a quemarropa un tiro, que le pasó al oficial por la cara, felizmente sin tocarle.

—“¡A mí nadie me hace revolución, ca....narios” —gritaba Melgarejo, y seguía disparando tiros con su revólver, produciendo tal confusión, en el cuerpo de guardia, que nadie se entendía y los soldados empezaron a ocultarse hasta en la cocina.

Las gentes que pasaban por la calle a esa hora, apresuraban el paso, sorprendidos por las detonaciones que se oían en el palacio, y suponiendo, naturalmente, que había revolución, o que el general Melgarejo hacia una de las suyas.

Este seguía vociferando y disparando tiros, cuando el edecán de guardia se atrevió a acercársele y decirle:

—Cálmese, mi general. ¿Cómo se figura V.E. que alguien pudiera revolucionarse, cuando no hay hombre que se atreva contra el general Melgarejo, cuyo valor hace temblar al más guapo?

—No me venga usted con esas “paparruchas” —le respondió el presidente—: yo sé muy bien que esos pícaros rojos, raza de Caín, no descansan de fraguar revoluciones, contra mí, por ver si, al fin, se apoderan del Gobierno y acabar de *fregar* al país. A ver —continuó— que se releve esa compañía del batallón tercero que está de guardia, con una compañía de mis invencibles “Colorados”, los únicos que me inspiran absoluta confianza, porque son como yo: hombres leales, firmes, frances y no temen a nadie en este mundo.

Inmediatamente se relevó la guardia en la forma ordenada por el capitán general. Eran las doce de la noche.

EL GENERAL MELGAREJO

Melgarejo permanecía receloso, pero poco a poco se fue calmado, y regresó a su dormitorio, donde se puso a hacer versos, dictándolos a su edecán, quien tenía que ayudarle a buscar los consonantes.

A las dos de la mañana, el bravo guerrero estaba transformado en romántico poeta. No pensaba ya en los rojos ni en revoluciones, sino en estrofas, en ilusiones y en los bellos días de su juventud, que ya veía perderse entre las nieblas del pasado y les daba su adiós en versos que si no eran del todo perfectos, eran, en cambio, modelos de ternura y sentimiento.

¡Qué raro y qué digno de estudio es el carácter de este extraordinario general Melgarejo!

Y qué desconocido para muchos escritores notables que, como Vargas Vila, han procurado pintarle en brillantes páginas y nos han hecho un retrato que puede parecerse a cualquier otro caudillo, menos a Melgarejo.

El general Melgarejo era un soldado valiente en toda la extensión de la palabra, pero era también suspicaz y aprensivo en sumo grado.

Después de que, en un día de revista, en Oruro, sufrió una grave caída del caballo (el hermoso caballo "Durrels", que montaba ese día), caída que le ocasionó la fractura de una pierna, y a la que sus admiradores atribuían en mucha parte, la causa de que no hubiera tomado la plaza de La Paz y triunfado en el sanguinario y memorable combate del 15 de enero de 1871; después de esa caída, decimos, el general sufrió mucho a consecuencia de la fractura, que no dejaba de molestarle y ocasionarle frecuentes dolores.

Un día, hallándose en La Paz, como se sintiera muy molesto, le dijeron que había llegado un médico alemán precedido de gran fama científica y que sería bueno se hiciese ver por dicho facultativo. El general

guardaba cama ese día, y después de muchas instancias de sus allegados, dijo: —“La verdad es, que yo no tengo fe en los médicos y creo que ninguno es mejor que otro y que estos galenos, todos son lo mismo; pero, en fin, llamen, pues, a ese doctor alemán”.

Salió precipitadamente un ayudante de campo, y pocos minutos después, regresó con el médico. El presidente estaba tomando cerveza marca “Bas”, que era la que él prefería siempre, y obligó al médico a tomar con él algunos vasos, mientras regresaba de la botica un ordenanza que llevó la receta. Esta constaba de una pomada para fricciones y una bebida para tomar cada dos horas una copita.

El presidente aceptó, al parecer, muy gustoso, las dos indicaciones, y siguió tomando cerveza en compañía del doctor alemán.

Cuando llegaron los medicamentos, el mismo médico le hizo la primera fricción y en seguida pidió una copita pequeña, en la que echó un poco de la poción, manifestando a su excelencia, que esto era un magnífico calmante.

En este momento, el presidente, o por una de esas genialidades tan frecuentes en él, o desconfiando del médico y su calmante, se negó a tomar el contenido de la copita, diciéndole: “Ya he aceptado la fricción, pero no acepto esa bebida y no la tomo”.

Sorprendido el doctor, insistió en que debía de tomarla, asegurando que le sentaría muy bien, y Melgarrejo, insistiendo a su vez, en no aceptarla, le dijo: “Fricciones y unturas, cuantas quiera doctor, bebida ninguna. Y si su poción es tan excelente, lo mismo debe aprovechar para uso externo que para interno. Yo le acepto todo por afuera, nada por adentro”.

Y diciendo esto, levantó los cobertores de la cama y tomando la copita del remedio en la mano, se la echó a la pierna, repitiendo: “Sí, señor doctor, todo por afuera nada por adentro”.

—Pero, excelentísimo señor —le observó el facultativo—, esa poción así exteriormente, no puede hacer efecto ninguno". "Pues, si no hace efecto la poción, será la cerveza la que me lo hará mejor" —replicó el general, y se echó un vaso de cerveza en la pierna.

El presidente se burló del médico y éste se convenció de que sus recetas estaban demás para tal paciente, y ambos se despidieron con toda cortesía.

EL PERDON DE HOYOS

El 7 de julio de 1865, estalló en Potosí una gran revolución contra el Gobierno de Melgarejo y se puso a la cabeza de ella el general Nicanor Flores.

A fines de agosto, el general Melgarejo se dirigió con todo su ejército sobre Potosí, y el 5 de septiembre derrotó por completo al ejército revolucionario en el sangriento combate de la Cantería, donde sucumieron tantos y tan ilustres jóvenes bolivianos que eran otras tantas esperanzas para la patria.

El terrible vencedor de la Cantería ocupó con sus tropas victoriosas la ciudad de Potosí, nuestra heroica Villa Imperial, que fue teatro de atrocidades de todo género.

La persecución a los vencidos empezó de un modo implacable. Entre éstos se hallaba un joven oficial apellidado Hoyos, vástago del héroe potosino de la independencia, don Casimiro Hoyos.

Dicho joven, que combatió valerosamente en la Cantería, contra Melgarejo, cayó herido allí y fue recogido por uno de los médicos más sabios y más fi-

lántropos que hasta hoy hemos tenido en Bolivia: el doctor Daniel Bracamonte. Mas, curado por éste de sus graves heridas, huía, cuando una partida del ejército vencedor le apresó, desgraciadamente, en el camino y le condujo a Potosí, donde el general Melgarejo lo hizo poner inmediatamente en capilla, con la orden terminante de fusilarle al día siguiente.

Melgarejo estaba a la sazón sufriendo de una fuerte neuralgia en el lado derecho de la cara, que le ocurría agudos dolores, que sus cirujanos no podían curar ya en varios días y que le tenía con un humor de todos los diablos.

Habiendo resultado estériles todos los esfuerzos del vecindario y en especial del nobilísimo bello sexo de Potosí, para salvar la vida del joven Hoyos, el doctor Bracamonte, inspirado por su bondad y caridad sin límites, resolvió afrontar todo peligro y hacer el último esfuerzo para salvarle, aprovechando su ciencia y la enfermedad del tirano.

Aquí cedemos la palabra a nuestro amigo el señor Eduardo Subieta, quien nos dedicó la narración bien detallada de este episodio, en un brillante artículo con el mismo título de estas líneas y al que dio lectura, mereciendo justos aplausos, en la hermosa velada con que nos honró la ilustre "Sociedad Sucre", de La Paz, el 10 de septiembre de 1904.

Dice Subieta: "Eran las diez de la noche del 1º de diciembre de 1865.

Se había tocado "silencio" en todos los cuarteles y las tinieblas envolvían a la enlutada ciudad.

Sólo en una habitación del palacio de Gobierno se veía una luz.

Allí estaba Melgarejo, embozado en su gran capa de color de sangre, con el famoso birrete rojo recamado de oro, paseando solitario, rugiendo de dolor co-

EL GENERAL MELGAREJO

mo fiera herida y enjaulada que, en su furor sacude las rejas que la encierran.

Súbitamente se abrió la estancia en que Melgarejo paseaba y se presentó Bracamonte con su estoica serenidad, con las manos metidas en los bolsillos de su vestido gris, con el sombrero encasquetado y la habitual sonrisa del que nada teme y todo lo afronta.

Melgarejo al ver un desconocido en su presencia, terció la capa roja, y dando un paso atrás, requirió su revólver que nunca dejaba de llevar al cinto.

—General —dijo el médico con voz vibrante y serena—, sé que sufre V. E. una dolencia aguda y vengo a curarle; soy el doctor Bracamonte.

—¿Y usted —repuso Melgarejo— podría arrancar de mi cara este puñal que me enloquece y que mis cirujanos no han hecho otra cosa que internarle más con sus drogas?

—Dentro de diez minutos estará usted sano, señor general.

—¿Y podré abrir inmediatamente la campaña para destruir a los demagogos del norte?

—Dentro de quince minutos puede V. E. ordenar a su ejército el primer toque de marcha.

—Cuidado con lo que se ofrece doctorcito. Commigo no hay bromas. ¡Melgarejo es.... Melgarejo!

—Mi general: Bracamonte es Bracamonte.

—Si usted me cura para poder emprender la campaña dentro de tres días, pida usted lo que quiera: honores, un puesto público, todo; pero ¡ay! de usted, doctor, si sólo me viene con el charlatanismo de los curanderos. Aquí mismo le hago fusilar y usted sabe que Melgarejo paga al contado sus promesas.

—Acepto el trato, mi general; si dentro de diez minutos V. E. no está sano, el doctor Bracamonte será fusilado; pero si en ese lapso el médico cumple lo que ha ofrecido....

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

—El doctor Bracamonte —interrumpió Melgarejo— será lo que quiera, obtendrá todo lo que exija.

Se desembozó y arrojó su capa roja, puso el revólver sobre la mesa, se arrancó los vendajes de la cara y añadió: A sus órdenes, doctor, pero cuidado con que esta noche se vaya usted a sembrar tabaco con mi abuela.

—No hay cuidado —repuso el médico, abriendo su estuche y sacando de su botiquín de bolsillo un pomito que contenía un líquido negruzco;— esta noche dormirá usted a pierna suelta y soñará con otra victoria más sobre los demagogos”.

—Años después —dice Eduardo Subieta—, Bracamonte refiriéndonos aquella escena nos decía:

Nunca mi pulso ha temblado ni en las más difíciles operaciones quirúrgicas; amputando miembros o tajando carne gangrenada, ni mis nervios, ni mi espíritu han perdido su tensión normal, ni la serenidad indispensable para las operaciones y curaciones; pero aquella noche, cuando tenía entre mis manos la feroz cabeza de tigre de Melgarejo, cuando en su garganta de toro sentía el mugido del dolor y el estertor de la fatiga, una nube roja pasó por mi cerebro, tembló mi pulso, vaciló mi fe en la ciencia, y sólo el recuerdo de Hoyos y de su desolada familia, reaccionaron mi espíritu para concluir la operación inyectando en el sitio dolorido, un anestésico energético que calmara la aguda dolencia, obrando sobre los nervios y músculos.

Melgarejo, atusándose la luenga barba, masticando sus gruesos labios con la fuerza del dolor, volvió a embozarse en la capa roja, y sacando su cronómetro de oro, en cuya tapa brillaba el escudo nacional y las dos M. M. de su nombre y apellido, se dirigió a Bracamonte y con siniestra sonrisa le dijo: Son las

EL GENERAL MELGAREJO

once menos cuarto; si al toque de las once su curación no produce el efecto ofrecido.... ya puede usted hacer su examen de conciencia.

Poco a poco la fisonomía de Melgarejo fue cambiando; sus ojos fosforecientes de tigre, adquirieron tintes menos siniestros, se dibujó en los labios una sonrisa casi cariñosa y plácida, ya no acariciaba su barba, y en tono familiar y festivo, dijo al médico: Mientras llega la hora, ¿no podríamos doctor, tomar un vaso de ponche?

—No hay inconveniente mi general, y tendré a mucho honor brindar por su salud.

Melgarejo llamó, pidió dos vasos de ponche que fueron inmediatamente servidos.

Mientras apuraba a tragos el humeante licor, paseándose silencioso en la estancia, el reloj de la Matriz dió las once campanadas de la hora señalada.

—Doctor —dijo Melgarejo, apoyando su mano sobre el hombro del médico—, es usted un sabio y hábil médico, ¿quiere usted ser mi cirujano mayor? Esta noche, merced a su ciencia, ha salvado usted su cabeza.

Bracamonte repuso, eludiendo la propuesta de Melgarejo: —No es mi cabeza, señor general la que he salvado, sino la de un desgraciado que está en capilla.

—¿Cómo? ¿Habla usted de ese militroncho traidor, indigno y cobarde?

—El precio de mis servicios es el perdón de Hoyos, mi general; tengo su palabra.

—Eso, no.... yo no he ofrecido ese indulto.

—Me ha concedido V. E. una gracia, y ésta es la que solicito de su magnanimidad.

—Me ha armado usted una emboscada....

—Que no me negará V. E. que es legítima en la guerra.

—Vamos; me ha jugado usted con dados falsos y me ha tirado "senas"; no se diga que Melgarejo falta a su palabra, que es plata al contado. Pago, doctor: Hoyos queda perdonado.

Momentos después, Bracamonte llevaba a su recomendado, libre y salvo al seno de su familia".

DE HABER SIDO FRAILE COLGABA LOS HABITOS

Corría el mes de febrero de 1865.

Hacía poco tiempo que el presidente Melgarejo había llegado a La Paz y vivía en el actual palacio de Gobierno.

Por ese mismo tiempo llegó también a esta ciudad, una partida de jóvenes religiosos franciscanos, procedentes de España, con destino al convento de la Recoleta, del que era guardián a la sazón el reverendo padre Rochi.

Al día siguiente de la llegada de los citados religiosos, entre los cuales se hallaba y era entonces uno de los más jóvenes, el padre Fray Nicolás Armentia, que después ha prestado tantos y tan importantes servicios a Bolivia y que hoy es ilustrísimo y dignísimo obispo de esta diócesis de La Paz, el guardián de la Recoleta llevó a todos los jóvenes religiosos a visitar al obispo, que lo era el ilustrísimo señor Córdova, que vivía en el actual Palacio Episcopal.

De la visita regresaron los padres formados de a dos en fondo, por la acera del Palacio Legislativo y pasaron por frente al palacio de Gobierno, en uno de cuyos balcones estaba de pie, en ese momento, el general Melgarejo, conversando con uno de sus edecanes.

EL GENERAL MELGAREJO

Al pasar los padres por la plaza, muchas personas, conocidas del guardián se acercaban a saludarlos. Cuando llegaban a la esquina de la plaza donde es hoy el Gran Hotel (1) Melgarejo preguntó al edecán: ¿De qué convento son esos padres? De la Recoleta, excelentísimo señor —respondió éste. Ha visto usted —prosiguió Melgarejo— cómo se han pasado sin saludarme? No le extrañe, señor —dijo el edecán— son los nuevos religiosos que ayer han llegado de España y no conocen a V. E. Deben haber ido a presentarse al señor Obispo.

—A ver —ordenó el presidente—, traiga mi sombrero y mi bastón y venga usted conmigo; voy a la Recoleta a saludar a esos frailes que no me han saludado a mí. Yo les enseñaré educación a esos chaperoncitos. Y tomando su bastón, calándose el sombrero y seguido de uno solo de sus edecanes, salió el presidente del palacio, camino de la Recoleta.

Llegando allí, penetró en la celda del guardián, a quien, después de saludar afectuosamente, le dijo: "Padre guardián, hoy no vengo a visitar a usted, ni a ninguno de los frailes viejos de la Recoleta; vengo a saludar a los padrecitos nuevos que acaban de llegar de Europa. Hágame el favor de presentármelos aquí, así formaditos, como hace poco rato han pasado por la plaza. Quiero conocerlos y saludarlos".

En menos de dos minutos, el padre guardián, trajo a los jóvenes religiosos a presencia del general Melgarejo. Este los miró de pies a cabeza y haciéndoles una respetuosa venia, les dijo: "Lindos jóvenes: me gustan ustedes y me es muy simpática esa jerga que visten, porque la llevan los mejores servidores de Dios y de la patria: los frailes y los soldados. Soy el presidente de la República y he venido a conocer y salu-

(1) N. de E.— Esquina Ingavi-Junín.

dar a ustedes, ya que ustedes no me han conocido ni me han saludado cuando pasaban bajo los balcones de palacio, donde yo estaba parado”.

—Ha de perdonarnos, señor presidente —dijo uno de los religiosos—; recién llegados a esta ciudad, es la primera vez que salimos a la calle y a nadie conocemos aún.

—¿Y de dónde venían, mis padres, cuando pasaban hoy por la plaza? —preguntó Melgarejo.

—Veníamos, señor —contestó otro de los jóvenes franciscanos—, del Palacio Episcopal, a donde fuimos a visitar al señor obispo.

—¿Con que —repuso Melgarejo— visitaron al obispo y no quisieron visitar al presidente de la República?

—Señor —le contestó otro de los padres—, los frailes constituimos también una milicia y estamos obligados a ir a presentarnos a nuestros superiores en primer término.

—Bueno —repuso el general Melgarejo—, me gusta que sean como los militares; pero con la diferencia de que los militares deben caminar como los he visto a ustedes pasar por frente del palacio no hace dos horas: con la cabeza erguida, el cuerpo bien derecho y la mirada franca; y los frailes, por el contrario, deben ir por la calle, con la cabeza inclinada y la vista baja, mirando al suelo, y más cuando son frailecitos jóvenes como ustedes, y mucho más aún cuando pasan por las calles de una ciudad como La Paz, donde se ven muchachas tan bonitas y tan simpáticas. Yo soy y he sido siempre muy amigo de los frailes y nunca me olvidaré de los muchos favores que en mis proscripciones les he merecido, y por eso hablo a ustedes con esa confianza a la que la amistad verdadera da derecho.

No importa que ustedes los padres de la Recoleta sean tan adictos al general Belzu; sepan que si éste

EL GENERAL MELGAREJO

también los quiere mucho, no los quiere menos el general Melgarejo.

Y volviéndose hacia el padre Rochi, que estaba sentado a su diestra, le dijo: "Sí, mi reverendo padre guardián; le aconsejo que no deje salir con mucha frecuencia a la calle a estos jóvenes, y que cuando salgan, caminen como verdaderos hijos de San Francisco; con la cabeza inclinada y la mirada al suelo, porque.... el diablo no duerme".

Y al levantarse de su asiento para despedirse, agregó en tono festivo: "Es así, como les digo, mis queridos padres; pues yo, si en vez de venir a La Paz de militar, hubiera errado la vocación como dicen y venido de fraile y veo a estas bellas paceñas, creo que.... cuelgo los hábitos!".

Poco tiempo después de esta escena, el general Melgarejo conoció en La Paz, a la bella doña Juanita Sánchez, y como no tenía hábitos que colgar no sabemos qué colgó.

CUANDO NO SE PUEDE ENTRAR POR LA PUERTA, SE ENTRA POR LA VENTANA

Siempre que el presidente Melgarejo estaba en Sucre, la vida social se paralizaba un tanto en aquel bello centro de la intelectualidad del saber y de la amena sociedad, tal era el temor que el vecindario tenía a las humoradas y excentricidades de su excelencia.

Eran las once de una hermosa noche de luna, cuando, a paso lento, subía embozado en su capa y con su sombrero de paja, cuya ancha ala no permitía verle bien el rostro, por una calle vacía y silenciosa, un

hombre de alta y gallarda estatura, el que al llegar frente a una casa, detuvo el paso y se quedó mucho rato contemplando los balcones, en el profundo silencio de aquella noche.

Al *policial* de la esquina próxima le llamó la atención aquel embozado, que se detuvo frente a la citada casa, a cuya puerta no llamaba, ni tampoco seguía su camino, y se acercó a él para interrogarle; pero, apenas el embozado habló dos palabras en voz muy baja, el *policial* le saludó militarmente y se retiró.

Pasados unos pocos minutos, el embozado a paso lento y majestuoso, siguió andando, y el *policial* ("sereno", como entonces decíamos), inmóvil en la esquina, percibió el leve ruido de las pisadas del incógnito que se perdían en el silencio de la calle solitaria.

Cuatro o cinco noches después, y a la misma hora, llegó el embozado, se paró frente a la misma casa, y como oyera voces en el salón del segundo piso y vierá el resplandor de las luces a través de las vidrieras de los balcones, llamó con arrogancia a la puerta de la calle.

La silueta de un hombre se dibujó en los vidrios de una de las ventanas, quedando luego el salón en completa obscuridad. Observado esto por el desconocido que había llamado a la puerta, golpeó nuevamente con rabia y después de un momento de inútil espera, se retiró de allí precipitadamente.

A poco rato, volvió a verse luz en el salón, uno de cuyos balcones quedó entreabierto cuando alguien salió a él para cerciorarse de que el hombre que llamaba momentos antes a la puerta se había marchado. Pero éste no tardó en regresar. Se paró bajo el balcón, cuya puerta había quedado entreabierta, y, desembocándose y entregando su capa a otro hombre que entonces le acompañaba, como Romeo, tiró una escala al balcón y rápidamente trepó por ella y empujando la ventana, penetró y presentóse en el salón aquel des-

EL GENERAL MELGAREJO

conocido, que no era otro que el general Melgarejo. Estupefactas quedaron todas las personas que allí se encontraban, y a las que Melgarejo saludó con deferencia y respeto, diciéndoles: "Pido mil perdones a todos ustedes, y muy particularmente a los respetables dueños de esta casa, por la irregularidad y atrevida manera con que he penetrado en ella, pero sabrán ustedes que se me aseguró que se fraguaba una revolución contra mi Gobierno y que aquí, en esta casa, se reunían todas las noches los conjurados. Como no confio en todo lo que se me dice, quise cerciorarme por mi mismo de ese aviso que se me daba con insistencia, y de cuya falsedad quedo ahora plenamente convencido, porque no encuentro en esta noble casa, sino dignísimas matronas y respetables caballeros y a ninguno de los conjurados a que se referían los falsos partes que se me daban. Vuelvo pues, a pedir a ustedes mil perdones por la manera cómo he osado llegar hasta aquí, pero ¿qué hacer? se me dio un parte alarmante; yo vine, me cansé de llamar a la puerta, noté que de golpe callaban las voces que se oían adentro y se apagaban las luces; entonces creí en los avisos que se me habían dado de que aquí se conspiraba; resolví presentarme personalmente en medio de los conjurados para ver si querían habérselas conmigo, y como no me querían abrir, me vi obligado a penetrar como he penetrado aquí; pues en casos urgentes, cuando no se puede entrar por la puerta, se entra por la ventana".

LOS MUCHACHOS DEMAGOGOS

El general Melgarejo, a pesar de haber sido un hombre tan vivo y sagaz y haber sido un gran caudillo que tanto actuó en la política, no conoció que los muchachos son uno de los elementos más útiles para la popularidad y más terribles cuando se declaran enemigos. ¡Cuántas veces los niños han dado y han quitado popularidad a un hombre público!

¡Ay, del caudillo, del candidato o del personaje que una vez es aborrecido o silbado por esos pequeños ciudadanos del porvenir!

Allá por los años de 1866, eran alumnos del liceo "Sucre" de la ciudad de La Paz, los niños que figuran en esta narración. Muchos de ellos viven, los más ya peinan canas y algunos ¡ay! están pudriendo tierra.

Como se acercaban los exámenes, los alumnos del liceo "Sucre", además de las clases diarias, hacían otra extraordinaria todas las noches, de ocho a nueve y mediato diez, y saliendo de clase se daban un rato de expansión, sentándose a charlar en los "poyos" que había entonces en las veredas de la plaza Murillo, metiendo toda la algazara que acostumbraban en sus reuniones los estudiantes.

En una de esas noches en que los muchachos acababan de salir de las clases y departían y bromeaban alegremente en la plaza cerca de la esquina del Palacio Episcopal, donde entonces residía el presidente Melgarejo, éste, que había bebido toda la tarde y que estaba bien embriagado, salió solo de su palacio, embozado en su capa colorada y se dirigió a la plaza. Al volver la esquina, se encontró con el grupo de colegiales y yendo hacia ellos con ronca voz les dijo: —"Lar-

EL GENERAL MELGAREJO

go de aquí badulaques y todos a sus casas, antes de que los haga recoger por la policía”.

Pronunciaba esta última palabra el general Melgarejo, cuando los valientes muchachos le formaron rueda y empezaron a silbarle y a gritar: ¡el toro! ¡el toro!

Enfureció tanto el presidente, que terció la capa y la emprendió a sopapos con los atrevidos muchachos; pero, mientras de cada sopapo arrojaba a uno por los suelos, los demás seguían silbando y toreándole. Entonces avanzó él algunos pasos en dirección de su palacio, llamó a la guardia y ordenó que dispersasen a latigazos a aquellos “demagogos” y que si algunos resistían, los metiesen en la prevención y les diesen cien palos; pero, cuando salieron los soldados del cuerpo de guardia y los cabos empezaron a blandir sus látigos, los muchachos se dispersaron como bandada de blancas mariposas, como diría el poeta, se hicieron invisibles y los soldados no hallaron uno solo para capturar y los cabos tuvieron que guardar sus látigos y su excelencia se volvió a entrar en palacio, atusándose la barba y mordiéndose los labios de rabia por lo de los muchachos demagogos.

EJERCICIOS NOCTURNOS

Era una noche lóbrega y lluviosa del mes de enero de 1870. La oscuridad era interrumpida de rato en rato por el vivo y rojizo resplandor de los relámpagos. El trueno mugía a lo lejos, la tempestad se aproximaba por el lado de Achachicala y las calles de la opulenta ciudad de La Paz, estaban desiertas y envueltas en la niebla y el silencio.

El reloj del Loreto acababa de dar doce campanadas, cuando se oyó el toque de generala en todos los cuarteles. Diez minutos después, estaban en la plaza de Murillo, formados todos los cuerpos del ejército, bajo una lluvia fría y tenaz que duró toda la noche.

A eso de las doce y media, apareció en la plaza el presidente Melgarejo, montado en su hermoso caballo blanco y puestos un poncho argentino de paño azul, un pantalón del mismo color y un sombrero de Panamá.

Cada soldado llevaba, además de su impedimenta, una luz encendida en un farolillo de papel, pendiente de la bayoneta de su fusil.

El general Melgarejo se colocó en medio del ejército y le dirigió estas palabras: “¡Soldados! En este momento vais a marchar conmigo a combatir a los demagogos del sud, que intentan perturbar el orden y la paz de la República. Vamos, pues, a probarles y a hacer ver una vez más a América que no hay fuerza y poder capaz de resistir el empuje del invencible ejército de diciembre. Iréis conmigo y venceréis en todas partes, porque la victoria acompaña a nuestras armas”.

Un estruendoso —¡viva Melgarejo!— fue la voz con que el ejército contestó a esta proclama de su capitán general.

Con éste a su cabeza, desfilaron los cuerpos y se alejaron de la población bajo una lluvia torrencial y entre las tinieblas de aquella noche.

Entretanto, en la ciudad, los pocos vecinos que habían notado las armonías de las músicas militares, los toques de llamada de tropa y de marcha de los cornetas y el movimiento del ejército, hacían mil conjeturas y suponían que habría estallado la revolución en alguno de los departamentos del interior de la República, cuando en realidad, nada había y el país estaba todo tranquilo bajo una paz de Varsovia.

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

Después de un rato de marcha, los cuerpos del ejército, en los que no faltaba un solo jefe, oficial, ni soldado, hicieron alto frente al Panteón, cubiertos de agua y de lodo, y allí acamparon. El capitán general se refugió en la choza de un indio y tendiendo las *caronas* de su montura en el duro suelo y cubriéndose con su poncho de paño, se durmió como en el más muillido lecho, hasta las cinco de la mañana, hora en que se despertó, y después del toque de diana volvió a hacer formar el ejército, el que creía que iba a continuar la marcha, después de aquella noche toledana, y le dirigió esta proclama: “¡Soldados! No hay revolución ninguna, ni conato de ella siquiera, porque los demagogos enemigos de la grande y gloriosa causa de diciembre, saben que nada podrían contra vuestro legendario valor, admirable disciplina y lealtad comprobada. Con esta breve marcha, con este ligero paseo militar que os he hecho efectuar en una noche tempestuosa, sólo he querido cerciorarme una vez más de la disciplina y subordinación de mi invencible ejército. He quedado orgulloso y satisfecho de vosotros, y ahora vais a regresar a la ciudad, donde recibiréis una gratificación y tendréis tres días de puerta franca, que os concede vuestro capitán general”.

A las siete de la mañana el ejército, con el general Melgarejo a su cabeza, estaba otra vez entrando en la ciudad.

Muchas veces Melgarejo hizo ejecutar a sus fieles tropas ejercicios nocturnos, para probar su disciplina y su verdadera subordinación militar, como él decía.

¡CUIDADO CON EL COMPAS!

Con este mismo título, hace años ya, que un respetable amigo en Cochabamba, nos dedicó una bien escrita narración, de la cual extractamos los siguientes curiosos párrafos:

El general Melgarejo, tenía fama de buen bailarín, y hemos oído a más de una romántica beldad de su época, hacerse lenguas encomiando su destreza y donaire en el vals.

Una noche en La Paz, después de un opíparo banquete, rematado por las multiplicadas libaciones de costumbre, sentóse su excelencia, cansado de bailar un agitado "balanceo" con cierto diplomático chileno a quien cupo desempeñar el papel de dama. Al arrellenarse, con ese aire de gran caporal, que tan bien le cuadraba, observó que los generales Lanza y Olañeta dormían profundamente, bajo sus respectivas pelucas, a uno y otro costado del sofá presidencial.

—¡Cómo!, ¿y ustedes no bailan? —exclamó Melgarejo, con potente voz, dirigiéndose a sus lánguidos "adláteres", apoyando la intempestiva interrogación con un simultáneo golpe en los muslos de los dos veteranos.

Ambos despertaron a la vez, movidos de terrible sobresalto, soñando, como estaban sin duda, con algunos de esos espectáculos de sangre tan frecuentes en palacio.

—Mi general —balbucearon a dúo.

—Bailen ustedes, es el mejor modo de combatir el sueño.

EL GENERAL MELGAREJO

—Perdón, mi general, pero yo no podría dar una vuelta sin venir a tierra —prorrumpió acongojado el uno.

—Hace medio siglo ya que he renunciado al baile, excelentísimo señor —agregó el otro.

—Nada de eso —repuso Melgarejo—. Dos generales del invencible ejército de diciembre, no pueden estar para tan poco. Ese vals que está tocando la banda, se presta al lucimiento, y quiero que mi amigo, el de Albania (1), admire la gallardía de mis compañeros de armas. ¡Arriba! No sólo está prohibido caerse, sino también faltar al compás.... ¿entendido?

—¡Señor excelentísimo!....

—¡Vamos! no sufriré que el ejemplo de infringir “demagógicamente” el compás, venga de mis más altos y aguerridos capitanes. Siga la banda tocando ese vals a “dos tiempos”. ¿No es el de la Cantería?

—Es el de “Letanías” (2), mi general —respondió el músico maestro, llevándose la mano a la altura del kepis y ostentando en su bronceado y, olímpico semblante, sus ínfulas de compositor favorito.

—Orden dada, orden cumplida. ¡Arriba, señores! —gritó el héroe de diciembre.

Los aludidos guerreros se miraron con aire trastornado.

No obstante el influjo de los últimos vapores del mosto, sus ojos empañados parecían ocultar un charrón de lágrimas. ¿Era el temor de no salir airoso en la danza? ¿era el despecho?, ¿el sentimiento de la afrenta que se les infería, mandándolos salir a brincos, a ellos, dos vejestorios que bastante tenían que

(1) Alusión al señor Albano, entonces ministro de Chile en Bolivia, y que fue muy amigo de Melgarejo.

(2) Así era el título de un vals que se tocó por primera vez, durante el combate de Letanías (24 de enero de 1866), que valió un ascenso a su autor y que gustaba mucho a Melgarejo.

hacer con las anarquías y dolorosos pronunciamientos de la gota y el reumatismo?

A una señal que recibieron, dos ayudantes de campo desengarzaron sonriendo las espadas de los generales, que no tardaron en agarrarse fuertemente entre sí, antes de meterse en los torbellinos del “allegro grazioso” que sostenía la banda del batallón “Colorados” en el apellidoado vals a dos tiempos.

Cupo a su excelencia dar el primer impulso rotatorio a la pareja, que siguió más preocupada del equilibrio, que de observar las cadencias marcadas por aquellos verdugos de pistón y cornabaceta.

Mientras los festivos espectadores de aquella escena de “charivari”, no eran vistos por los bailarines, sofocaban la risa, que Melgarejo disimulaba, afectando seriedad ceremoniosa cuando se le aproximaban.

Melgarejo se dirigió a los músicos y les dijo: ¡vivo, más vivo! Y a los bailarines: ¡Cuidado, señores, con el compás!

La pareja siguió la inflexión doblada de esa persuasiva amonestación y de la música, que entró implacablemente en el “motto assai”, más que esto, en el “presto imposible”, llevando en alas de su vertiginoso movimiento, a aquellos adalides del pasado, que veían dar vueltas a su alrededor, espejos, arañas, candelabros y rostros radiantes y burlones, como los que se pintan en las bacanales de Sileno.

Melgarejo, que les tenía junto a sí, púsoles rápidamente el pie de zancadilla, dando el tono de una estrepitosa y franca carcajada, a punto que los generales, separados por la violencia de la caída y en las más cómicas actitudes, elevaban automáticamente las manos como para atrapar sus nobles pelucas, que lanzadas como saetas habían abandonado los chamorreados cascos que estaban destinados a cubrir, bien sea por rancia coquetería o por higiene permisible y decorosa.

EL GENERAL MELGAREJO

El buen humor del presidente y sus convidados no tenía límites. Los mismos músicos, olvidando la disciplina, atronaban los corredores con risotadas orquestales, festejando la espiritual ocurrencia del mandatario y el soberano fracaso de dos eminencias militares de cabellos postizos y uniforme bordado, caídos en la picota, y a quienes aguardaba todavía una prueba desesperante.

Melgarejo había corrido a recoger en persona las dos pelucas, y con una inimitable y perversa oficiosidad de estudiante travieso, fue a colocarlas cambiadas en las cabezas de los interesados; la de Olañeta, que era negra en la de Lanza, que la usaba de un colorado azafrán.... y viceversa.

Puede imaginarse el lector cuánta alegría y cordialidad reinaron en palacio, la noche en que se bailó aquel famoso vals "a dos tiempos" y en que tan maltricho hubo de quedar el compás.

LA BRUJA

De otra interesante y amena narración, respecto a la época del Gobierno del general Melgarejo, que el mismo querido amigo nuestro y distinguido escritor señor L. F. G. nos dedicó, tomamos el siguiente curioso pasaje.

"El presidente Melgarejo se hallabá en la ciudad de La Paz, y una noche de retreta, viendo a través de los cristales de su alcoba, pasearse la numerosa concurrencia en la plaza, mordíase los bigotes de coraje y pensaba para sí, entre chupón y chupete de un néc-

tar que, por lo fuerte y alcohólico, habría sido capaz de hacer estornudar al mismo Baco: ¡Diantre de demagogos! Parece que esta vez me están perdiendo el miedo.... Se les ve denguear en las retretas como si se hallaran en campo llano y como si Melgarejo no los tuviese al alcance de su resuello; ya los compondremos en este momento. ¡A ver, capitán de guardia!, que salgan algunos cabos con látigos a arrojar a toda esa gente de la plaza. Voy a salir y quiero que ningún bicho viviente quede en todo el recinto, antes de cinco minutos.

Y siguiendo su monólogo, continuó: ¡Habían querido regocijarse con las músicas de mi tropa! Vayan al diablo a divertirse con otra cosa y lejos de donde yo estoy.

Una legión infernal, armada de tridentes enrojecidos y lenguas de fuego, echando por delante a las aterradas muchedumbres con pasaporte al averno, no había de producir el día del Juicio, una escapada más pronta, una carrera más pavorosa y rápida que los cuatro cabos produjeron entre los paseantes de la plaza; caían y se levantaban las gentes dando gritos de sobrecogimiento y alarma. Quienes se torcieron un brazo, se dislocaron una pierna o se rompieron la crisma en esas calles de Dios, sin darse cuenta, de pronto, del acontecido trastrueque.

Es lo cierto, que a los cuatro minutos y medio de la orden comunicada, no quedaba alma perceptible dentro de las pendientes aceras de la épica plaza del "16 de julio de 1809".

Sólo las bandas, haciendo alarde de marcial disciplina, continuaban tocando.

El capitán de Bolivia y general de división de Chile, no tardó en salir de palacio, seguido de su respectable séquito de edecanes y rifleros, a saber por si mismo cómo se cumplían sus mandatos.

EL GENERAL MELGAREJO

El que le hubiese visto recorrer el espacio que medía entre la vereda del Loreto y la de la casa de Bollivián, sin encontrar sombra humana, hubiese podido, auxiliado por los pocos faroles que ardían en sus pescantes observar en el ceñudo rostro de aquel excéntrico matón de capa colorada, la sonrisa de satisfacción más incalificable y extraña. Era de presumir al verla, que alcanzaba su objetivo. Adquiría el anhelado conocimiento del terror público que garantizando la estabilidad del Gobierno, dejaba un tanto resguardada su personalidad siempre agitada por vagas y misteriosas inquietudes.

¡Pero, cosa curiosa y rara! ¿Y aquel bulto oscuro que resaltaba en la puerta de una tienda cerrada al principiar la vereda de Benguía, qué podía ser? ¿Un envoltorio olvidado por alguno de los fugitivos? No; al dar unos pasos adelante, veíase dibujarse con precisión una silueta de mujer encogida y replegada sobre sí misma.

Detúvose y se cruzó de brazos el generalísimo, contemplando de hito en hito y mientras se le ocurría algún ejemplar escarmiento, para aquella recalcitrante y audaz aficionada de la música militar que al oír la señal de "fagina" dada con los rebenques, no había seguido a la multitud en su desbandada fuga.

—¿Por qué no ha huído usted como los demás? —preguntó el general, con toda la rudeza exigida por las circunstancias.

—¿Y por qué iba yo a huir? —contestó—, si sabía que venía mi presidente.

—¿Quiere usted decir que tiene el atrevimiento de no tenerme miedo? —bufó Melgarejo.

—No, mi presidente.

—¡Hola! Eso no más faltaba. Pagará usted cara su insolencia.. ¡Cuatro rifleros al frente!

—¡Oh, señor! —prorrumpió al punto con todas las fuerzas de su contenida y mortal angustia la infeliz mujer, cayendo de bruces a los pies del gobernante, que retrocedió sorprendido ante aquella acción inesperada. ¡Piedad! Sepa usted mi presidente que le temo más que los que han escapado, más que el mundo entero.

—Y entonces, ¿por qué no huyó usted también? —preguntó una de las fieras de la comitiva.

—Porque no pude; porque estoy paralítica y el criado que me condujo, me ha desamparado —respondió en medio de un acceso nervioso, que unido a su espanto, demudaba atrozmente su fisonomía, la hacía castañetear los dientes como castañuelas.

—¡Ea, acabemos! que saquen a esta bruja endemoniada, fuera de la plaza —exclamó Melgarejo, sacudiendo su luenga y móvil barba, sin poder dominar la supersticiosa repulsión que le había causado el encuentro con la impedida, la cual, aferrada a sus rodillas, era violentamente separada por edecanes y soldados—. Bien, ya está.... pero que no le hagan ningún daño —concluyó el presidente, bajando la voz y siguiendo la marcha momentáneamente entorpecida.

—Ha acertado, mi general, en llamarla bruja —dijo el primer edecán, tratando de igualar con largos trancos el paso de su excelencia— jamás contemplé una cara de condenada tan contrahecha, espeluznante y.... —¡Basta de brujas! Ya la hubiéramos visto refrita, si hasta el fin hubiese sostenido que “no me temía”, pero no ha sido así —terminó Melgarejo que llegando a palacio, ganó sus habitaciones, más como quien se refugia en ellas, que como quien vuelve triunfante al capitolio después de ejecutar una “hombrada”.

A la mañana siguiente, cuando el estado mayor de su excelencia comentaba gozoso, entre *chapurreadas* del buen pisco de Río Abajo, los sucesos de la no-

EL GENERAL MELGAREJO

che anterior, uno de los jefes de número mancebote de formas asaz aventajadas, aire socarrón, ojos vivaces aunque pequeños, y que sin sospecharlo demasiado él mismo, estaba llamado a "picar" alto, en el porvenir —decía sonriendo con encubierta malicia—: Por mi parte, y apreciando lo acaecido como una victoria obtenida sin combate contra estos demagogos... celebro mucho que nuestro general no quiera tener trabacuentas con las brujas.

—Muy bien dicho —exclamó Melgarejo, que en vuelto en su bata matutina, abría de par en par las puertas de su dormitorio—. ¡Bien dicho! ¡Victoria diaaria sobre todo el que levante la cabeza, pero.... nada con las brujas!

Un hurra entusiasta saludó aquella intempestiva proclama y teatral aparición del bravo adalid, después de la inevitable turbación de los primeros instantes".

UNA PROCESION EN PALACIO

¡Qué hombre tan raro era este general Melgarejo!

La psicología tiene vasto campo en el carácter de este hombre extraordinario, para un estudio muy interesante.

La religión, la política, la amistad, todo lo entendía a su modo, y tan pronto parecía devoto como incrédulo, tolerante como intransigente, democrata como autoritario, compasivo y generoso, como cruel e implacable, firme como voluble, ardiente y constante en sus amores y sus afectos, unas veces, como frío, despegado e inconsciente, otras.

Había en el carácter extraño de este singular personaje, algo de los caracteres de los Césares de la antigua Roma.

Era bueno y malo, compasivo y cruel, franco y astuto, grande y pequeño.

Tenía algo de héroe y algo de polichinela.

A ser un cerebral, habría sido un neurasténico.

“Fugaz, trágico, sangriento, pasa en el torbellino de la política de su tiempo, como esas nubes cárdenas y amenazantes que arrastra y disuelve el huracán”.

“Tuvo la fulgurante rapidez del rayo o del puñal. Brilló en la sombra, asesinó y pasó”.

“Soldado atrevido y ambicioso, no tuvo más virtud que el valor, el cual en ciertas almas es un instinto brutal”.

Esto dice de Melgarejo, el escritor colombiano José María Vargas Vila, en su obra *Los Providenciales*; y sólo en estas pocas líneas acierta; pues el resto del juicio es tan antojadizo y equivocado, como falsos los hechos que refiere del personaje y su época, faltando en absoluto a la verdad histórica.

En el mes de enero de 1869, hallábase el general Melgarejo, en la ciudad de Tarata, donde, sin forma ni figura de juicio, una mañana hizo fusilar a su primo hermano, el valiente coronel Lozada, que antes había sido comandante de uno de los cuerpos del ejército y a quien atribuyó planes de conspiración.

Pocos días después de este suceso, una noche encontró en una habitación de la casa que le servía de palacio de Gobierno en aquella ciudad, una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, de la que él había sido devoto cuando niño y cuando soldado. Al verla, vinieron a su memoria los recuerdos tanto más queridos cuanto más lejanos de la infancia, y una ráfaga de ternura y devoción pasó por la mente de este general impulsivo; pero devoción a su modo.

EL GENERAL MELGAREJO

Hizo sacar la imagen del sitio donde estaba colocada, se acercó a ella, con mística devoción, la besó y ordenó que inmediatamente se la sacase en procesión, por los corredores del Palacio; para lo que hizo venir todos los jefes y oficiales del ejército, con una de las bandas de música y él a la cabeza, los soldados del cuerpo de guardia y llevando cada uno en la mano una vela encendida, se hizo la procesión.

Terminada ésta, se volvió a colocar la imagen en el sitio de donde la sacaron y arrodillándose su excelencia delante de ella, rezó la salve, haciendo coro sus edecanes, jefes, oficiales y soldados.

Eran las nueve de la noche, cuando tuvo lugar esta singular procesión en la casa de Gobierno del singularísimo general Melgarejo.

ARRESTADO EN LA ALACENA

Era un domingo de carnaval en La Paz.

El presidente Melgarejo se asomó a eso de las cuatro de la tarde a uno de los balcones de su palacio, que es hoy el palacio episcopal a tiempo que pasaba una comparsa de jóvenes. Apenas vio a éstos, ordenó a su edecán que los condujesen a palacio.

—¿Dónde están las patentes de ustedes? —les preguntó.

Los jóvenes manifestaron que acababan de salir a la calle e iban a recogerlas.

—¿Y quién es el garante y jefe de esta comparsa? —preguntó entonces.

—Yo, excelentísimo señor —le contestó uno de los jóvenes más distinguidos que entonces pertenecía a la

alta sociedad de La Paz, y que vive y aún reside hoy en Chile.

—Estos caballeros han salido a celebrar el carnaval, sin patente —dijo Melgarejo— y ahora yo les enseñaré a burlarse de las disposiciones de la autoridad. Los tres días los pasarán arrestados en el cuartel del batallón primero.

Y ordenó que los llevasen al cuartel, porque el presidente hacía las veces hasta de jefe de policía y de todo lo que le daba la gana; y a no haber sido, a pesar de todo, respetuoso de la religión, quizá hubiera hecho también lo que el doctor Francia, el neurótico dictador del Paraguay, que quería obligar a los sacerdotes de Asunción, a no decir misa sin previa licencia de él.

Afligido el jefe de la comparsa, interpuso sus ruegos ante su excelencia, para que no mandara presos a los jóvenes prometiendo que inmediatamente recogerían sus patentes.

—Está bien —dijo Melgarejo— que vayan a recogerlas y vuelvan con ellas, y entre tanto, usted como garante, se queda aquí en rehenes; y como en palacio no hay habitación para presos ni arrestados, y estos señores son capaces de no volver y después de haberse burlado de la policía, burlarse del Presidente de la República, queda usted señor garante, encerrado en esta alacena.

Y diciendo esto metió al joven en la alacena y echó la llave.

—Ahora vayan ustedes a traer sus patentes, y hasta que regresen, su jefe no saldrá de la alacena y ahí lo tendré guardado entre los dulces.

Apenas salieron los jóvenes de la comparsa, Melgarejo abrió la alacena y sacó de ella a su prisionero, a quien empezó a besar y hacer mil cariños, aga-

EL GENERAL MELGAREJO

sajándolo y cuidándolo como a una niña bonita, hasta que regresaron sus compañeros, con sus respectivas patentes.

—Ahora sí —dijo el Presidente— ya pueden ustedes amiguitos bailar a su gusto el carnaval, que es la fiesta de la juventud; lo único que yo quería es que se cumpliese con lo que la autoridad ordena. Principiarán ustedes el carnaval aquí, conmigo —e hizo sacar cerveza— esta primera copa —agregó— la tomo saludando a la noble y valerosa juventud de La Paz.

Y obligó a los jóvenes a bailar y beber con él, hasta bien entrada la noche, en que, notando a su excelencia ya bien mareado, empezaron a tomar el portante uno por uno, escapando de los primeros, el pre-
so de la alacena.

CENTINELAS A LAS PUERTAS

El presidente Melgarejo salía siempre acompañado de sus edecanes y de los rifleros de su escolta, que generalmente quedaban de centinelas en las puertas de las casas donde entraba su excelencia.

Por el año 1867, llegó a La Paz, un joven matrimonio francés, que puso un restaurant, donde concurren muchos caballeros a tertuliar y jugar al rocambor y al billar.

Era el café más concurrido porque, entre otras ventajas, ofrecía la de que no solía ir nunca por allí el señor Presidente de la República.

La esposa del francés era una joven interesante: bella, atrayente, graciosa y muy viva; en fin, francesa.

Por desgracia, la vio un día el Presidente, y no hay para qué decir que se prendó de ella.

En la noche de ese día, tertulizando en el referido restaurant cuatro jóvenes de la más distinguida sociedad de La Paz, gozaban de la amena conversación de la francesita, cuyo esposo no estaba por el momento en la casa.

En lo mejor de la conversación se hallaban, cuando de repente, presentóse allí el general Melgarejo, embozado en su capa roja, y ordenó a su escolta —¡centinelas en todas las puertas y nadie entra ni sale!

Tal fue el susto de los visitantes, que todos escaparon del salón, pero no pudiendo salir de la casa porque en las puertas estaban ya colocados los centinelas, saltaron una pared del segundo patio y fueron a dar a un corral de la casa vecina, cuyas puertas estaban cerradas, y donde tuvieron que pasar la noche, y la francesita sola tuvo que recibir la visita del Presidente.

Entre tanto, el dueño del restaurant regresó a su casa y no pudo penetrar en ella, porque se lo impidieron los centinelas, y tuvo mal que le pese, que resignarse a ir a pasar el rato en otro café, mientras su bella señora recibía la trascendental visita del capitán general, quien gastó muchas onzas de oro, bebió mucho champagne y ¡quién sabe qué *melgarejadas* más haría!

Al amanecer del día siguiente, pudo el dueño del restaurant volver a entrar en su morada, que acababa de abandonar el Presidente y cuya puerta dejaron ya franca los centinelas, y salieron del corral de la casa vecina, los que en él se refugiaron al ver apenas un canto de la famosa capa escarlata del jefe supremo de la nación, de esa capa que cuando la llevaba puesta el general era como se ha dicho, signo seguro de borrascas.

EL GENERAL MELGAREJO

Pocos días después de esta aventura, el francés y su esposa se trasladaron al Perú, de la noche a la mañana, a abrir otro restaurant; en lugar donde no corrían el peligro de recibir contertulios que al entrar, pusieran centinelas con *bala en boca* en la puerta.

UNA VUELTA POR LA PLAZA

Corría el mes de febrero de 1866, y no habían pasado muchos días de la victoria que en Letanías el general Melgarejo obtuvo sobre las fuerzas del general Arguedas.

El Presidente, aunque victorioso y viendo la estabilidad de su Gobierno asegurada, no dejaba de estar desconfiado en La Paz, que siempre le había sido hostil, y se preocupaba de los demagogos que podían atentar, no sólo contra el orden público, sino contra la vida misma del mandatario.

Una noche, entre once y doce, y hallándose su excelencia algo mareado, se le ocurrió dar una vuelta por la Plaza 16 de Julio, y dijo al edecán de guardia:

—Deseo dar un ligero paseo por la plaza, pero como es tarde ya y estos paceños demagogos no han de dejar de conspirar contra mí, de todos modos, no quiero encontrarme con ninguno de ellos. Que salgan algunos soldados de la guardia y hagan despejar la plaza.

Así fué; salieron de palacio los soldados e intimaron a las pocas personas que en la plaza encontraron a retirarse de allí.

En dos minutos la plaza quedó tan desierta, como la quería el Presidente para dar su paseo.

Entonces salió éste, seguido de sus edecanes y ayudantes de campo, y empezó a pasear muy satisfecho; pero a la tercera vuelta, se encontró con un religioso mercedario y un joven que le acompañaba; tal encuentro echó a perder el paseo y el buen humor de su excelencia.

El religioso iba a una confesión, de un enfermo agonizante y le guiaba el joven que le hacía compañía.

Al verlos —¿qué bultos son éstos? —exclamó el general Melgarejo—. ¿Qué quieren ustedes a esta hora en la plaza? ¡canallas! —dijo y se lanzó a sopapos sobre los dos pobres transeuntes—. A ver —ordenó a sus edecanes— lleven a estos dos al cuartel de cualquiera de los cuerpos, y que duerman allí al pie del centinela.

Cuando los edecanes cumplían la orden, preguntó Melgarejo: —¿Creo que el uno es fraile? —y como le manifestaran que sí—, a ése no le lleven —exclamó—, que vaya el otro nada más, y acercándosele al religioso le dijo: —Agradezca al hábito que lleva, que no le mande a dormir al cuartel y vaya a dormir a su convento y no me vuelva a salir a esta hora, porque un fraile no debe estar de noche en la calle.

Y como el padre le manifestara que iba a confesar a un enfermo que estaba grave, —lo confesará mañana —dijo— y largo, a su convento, y su acompañante al cuartel. No quiero que a esta hora transite bicho viviente en esta plaza.

Y sin dar más vueltas, regresó a palacio, satisfecho de esta nueva victoria obtenida sobre los *demagogos*.

AMERICANISMO

El general Melgarejo tenía un profundo sentimiento, no sólo de americanismo, sino de verdadero altruismo, del que dio inequívocas pruebas en su administración.

Hallándose en Potosí, dio aquel conocido decreto que declaraba ciudadano boliviano a todo extranjero que pisara el territorio de la República.

El fue el alma y el más entusiasta servidor del pacto de "Unión Americana" que se ajustó entre las repúblicas del Perú, Bolivia, Chile y el Ecuador, en 1866, cuando la *invasión española* que terminó con el glorioso combate naval del 2 de mayo de aquel año, en el puerto peruano del Callao.

Desde entonces, el presidente ordenó que siempre que formase el ejército en los días que militarmente llamamos de parada, o que las tropas concurran a la publicación de un bando, se lleve, no sólo el estandarte boliviano sino al lado de éste también los de Perú, Chile y Ecuador, que eran las cuatro naciones que suscribieron el pacto de la "Unión Americana".

El general Melgarejo quería mucho a todos los extranjeros, pero tenía predilección marcada, no sabemos por qué, por los franceses y los chilenos.

Cuando en 1867, perseguidos por fuerzas del ejército nacional destacadas de Buenos Aires, al mando de los generales Luna y Navarro, vinieron a asilarse en Bolivia, las tropas revolucionarias argentinas del general Felipe Varela, que entraron en Tarija en noviembre de aquel año, el general Melgarejo, que se hallaba en Potosí, ordenó a las autoridades del departamento de Tarija, proporcionarles todo lo necesario y tratarlas de

la mejor manera posible, y llamó a Potosí, al jefe de ellas, general Varela a quien asignó el sueldo de su graduación, mientras permaneciera en Bolivia.

Y esto lo hizo obedeciendo a sus sentimientos generosos de altruismo, de confraternidad americana y de compasión por aquellos emigrados.

Aparte de sus prestigios militares, esos nobles sentimientos le valieron también que fuera tan estimado en el exterior y que, cuando caído del poder, en 1871, arribó a Chile, aquel país le brindara tan generosa hospitalidad y el gobierno chileno le hiciera pagar el sueldo íntegro de su clase, y cuando murió, poco después, en Lima, el Gobierno peruano costeara los gastos de su sepelio y le hiciera enterrar con asistencia del ejército y con los honores de capitán general boliviano.

CAIDA DE MELGAREJO

El general Melgarejo tuvo sus días de gloria y triunfo, como el 28 de diciembre de 1864: en que sin más apoyos que su valor y sus prestigios en el ejército, se apoderó en Cochabamba de la suprema magistratura de la nación: el 27 de marzo de 1865, en que, después de derrotado completamente en las barricadas de La Paz, se vio, por una de esas crueidades y aberraciones del destino, triunfante con la inesperada y trágica muerte del general Belzu; el 24 de enero de 1866, en que derrotó en Letanías, cerca de Viacha, al ejército constitucional que mandaba el general Arguedas, y firmaba en el mismo campo de batalla una de las proclamas más hermosas, entrando luego vencedor en la ciudad de La Paz; el 5 de septiembre de 1865, en

EL GENERAL MELGAREJO

que venció a otro fuerte ejército constitucional, mandado por el general Flores, en la Cantería de Potosí, afianzando su dominación en el sud; el 28 de noviembre de 1870, en que tomaba por asalto las barricadas de la heroica Potosí, derrotando al ejército que mandaba el valiente general Rendón.

Pero, como nada es más inconstante que la fortuna y la suerte de las armas, y como todo se acaba en este mundo, acabaron las victorias y el poder del general Mariano Melgarejo, el día 15 de enero de 1871, en la heroica y denodada ciudad de La Paz.

El 28 de noviembre anterior, había triunfado en Potosí, como llevamos dicho, después de uno de los combates más notables y más sangrientos de que hay memoria en los fastos de nuestras guerras civiles, dejando en escombros a nuestra gloriosa y heroica Villa Imperial.

Apenas se gozaba de esta victoria, cuando recibió por extraordinario, la noticia de la llegada a La Paz, del general Agustín Morales y la revolución estallaba en dicha ciudad, el 24 de noviembre.

Inmediatamente salió de Potosí, con su ejército diezmado en el combate del 28, pero todavía fuerte de 2.300 combatientes, y a marchas redobladas se dirigió a La Paz, llegando al Alto de la ciudad, en la madrugada del 15 de enero.

Desde El Alto, esa mañana del 15, el ministro doctor don Mariano Donato Muñoz, que, dicho sea de paso, fue un leal y distinguido caballero y uno de los diplomáticos y hombres de estado de más alta talla, y que salvó muchas vidas, evitó muchos males y contuvo mil veces las *viarazas* del general Melgarejo, ese hombre honrado, caballeroso, inteligente y leal, ese sagaz y distinguido diplomático, a cuyo talento, sanas intenciones y honradez, hay que hacer justicia, una vez disipadas las pasiones políticas y los odios de partido,

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

pasó al ilustre doctor Casimiro Corral, secretario general del gobierno de la revolución, el siguiente oficio: "Bolivia. Secretaría General de Estado, en el Alto de La Paz, a 15 de enero de 1871. N° 1. Al señor doctor don Casimiro Corral, secretario general del Gobierno de la revolución. Señor: El infrascrito, secretario general de Estado, ha recibido orden de su excelencia el capitán general don Mariano Melgarejo, presidente constitucional de la República; para dirigir al honorable señor doctor don Casimiro Corral, secretario general del Gobierno de la revolución, el presente oficio, con el objeto de expresarle que el ejército nacional, después de haber llenado su alta misión de pacificar el sud de la República como lo verificó el 28 de noviembre último, tomando por asalto las barricadas de Potosí, se encuentra hoy en este punto, dispuesto a cumplir su no menos elevada misión de tranquilizar el norte, restituyendo a los pueblos que lo componen, especialmente en esta importante población de La Paz, el orden normal y el reposo público de que le privó el movimiento revolucionario del 24 de noviembre.

Más, antes de que el ejército nacional haga uso de sus armas, en cumplimiento de sus sagrados compromisos con la patria, cree de su deber el excelentísimo señor presidente Melgarejo, hacer un llamamiento al patriotismo de los bolivianos que componen el círculo de la revolución, para invitarles a que, en obsequio de esa misma patria que todos amamos, depongan las armas y le ahorren nuevos regueros de sangre que, siendo como son infructuosos para los fines que ellos se proponen, no hacen otra cosa que esterilizar sus vigorosos gémenes de progreso material y de engrandecimiento moral.

Al efecto, y en testimonio de la sinceridad de sus nobles miras y de las sanas intenciones de que se halla animado, ha dado al infrascrito, especial instruc-

EL GENERAL MELGAREJO

ción para ofrecer por el órgano del secretario general del Gobierno de la revolución, a todos los individuos comprometidos en ella por hechos públicos o privados, las más amplias garantías para sus personas, intereses y familias, siempre que acepten este paternal y patriótico llamamiento, protestando de su parte y la del Gobierno constitucional que legalmente representa, y por su palabra de honor, que está dispuesto a cumplir las siguientes condiciones que espontáneamente quiere imponerse en homenaje a la paz pública:

1^a Que reputará de mayor honra para sí y el ejército nacional que le acompaña, entrar pacíficamente en la ciudad, que ocuparla por la fuerza que le da la superioridad de sus armas.

2^a Que no reconocerá enemigos políticos y tratará por igual a los comprometidos y a los que no lo sean;

3^a Que en el término de diez días dimitirá la presidencia de la República, de cuyo ejercicio se halla cansado, ante el Consejo de Ministros, para que éste convoque los colegios electorales y el cuerpo legislativo, en sesiones extraordinarias, conforme a la Constitución Política del Estado. El infrascrito dejará también de pertenecer al Consejo de Ministros.

Tales son las proposiciones que el infrascrito tiene el agrado de transmitir al honorable señor Corral, esperando de su patriotismo que se servirá someterlas a los jefes y directores de la revolución, en la inteligencia, empero de que el excelentísimo señor presidente Melgarejo se considerará desligado de este voluntario compromiso, siempre que, por desgracia del país, no fuese llanamente aceptado; en cuyo caso sabrá llenar con abnegación los deberes que contrajo y juró cumplir ante la representación nacional.

El infrascrito saluda atentamente al señor secretario general del Gobierno de la revolución y se sus-

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

cribe su atento servidor. Rúbrica de su excelencia.—
Mariano Donato Muñoz”.

Un parlamento llevó a La Paz este oficio y puesto en conocimiento del jefe supremo general Agustín Morales, el secretario general de Estado doctor Casimiro Corral, lo contestó pocos minutos después, en los siguientes términos: “Bolivia, Secretaría General. La Paz, a 15 de enero de 1871. N° 1.

Al señor doctor Mariano Donato Muñoz, secretario de don Mariano Melgarejo.— Señor: En contestación al oficio de intimación que con esta fecha me ha dirigido U.S.H. pidiendo que en obsequio de la paz pública deponga el pueblo las armas e imponiéndose don Mariano Melgarejo la obligación de resignar el mando dentro de diez días, tengo orden de contestar a U.S.H. exponiendo las razones negativas que le asisten al jefe supremo de la revolución para no aceptar las proposiciones de U.S.H.

El excelentísimo señor Morales y demás gerentes de la revolución, no hemos venido espontáneamente a imponer al país nuestra voluntad. Llamados por la mayoría de los bolivianos, hemos aceptado el solemne compromiso de librarlos de la incalificable tiranía de Melgarejo, quien abusando de sus soldados armados, ha cometido actos terribles y sanguinarios y hechos arbitrarios y crueles, reduciendo a Bolivia a una espantosa ruina.

Está en la conciencia de U.S.H., que en la administración a que pertenece, se han cometido todos los crímenes posibles; se ha hecho ostentación de todos los vicios y no ha habido falta ni error que no se haya realizado, con detrimento de los derechos sociales e individuales de Bolivia, cuya disociación y miseria no pueden ser más completas.

La nación entera ha protestado contra su pasado vergonzoso y hoy se halla en pie y en actitud solemne para reconquistar al menos sus fueros de dignidad.

EL GENERAL MELGAREJO

El pueblo de La Paz, ha jurado solemnemente reducir a cenizas todos sus edificios y toda la población, si necesario es, antes de consentir por más tiempo la dominación incalificable de Melgarejo.

Si tiene que derramarse sangre humana, si tiene que lamentarse los desastres de la guerra, caiga la responsabilidad sobre los que atacan la soberanía del pueblo con la fuerza armada con que consumaron, sin patriotismo, la ruina de la opulenta ciudad de Potosí, por ambiciones mezquinas de predominio y de especulación.

U.S.H., comprende bien que, mientras que el pueblo quiere regenerarse de su pasado y romper la valla insuperable que trata de detenerlo por más tiempo en el camino de su progreso, los que sostienen a Melgarejo no tienen más tendencia que dominar el país por más tiempo para satisfacer las envilecidas pasiones y vicios de un hombre.

No es fácil que un pueblo deponga sus armas y con ellas su porvenir y sus más caros intereses; no es fácil que los gerentes de tan santa causa de la regeneración, se dejen alucinar con las protestas de falsia que acostumbra Melgarejo en sus situaciones difíciles.

El titulado Gobierno pasado, caducó el 24 de noviembre último con la caída y sometimiento de la junta de ministros, quienes nombraron a Melgarejo como general pacificador de la revolución del sud. Melgarejo ha hecho desaparecer una de las principales poblaciones de Bolivia, creyendo dejarla en la paz del sepulcro, y ha cometido excesos inauditos y ¿puede U.S.H. asegurar que ha pacificado Bolivia? No, porque en el día, de entre las ruinas mismas de su destrucción se ha levantado la protesta con más energía que nunca.

Hoy día, repito, Bolivia toda está de pie como un solo hombre y Melgarejo no tiene ni los recursos del suelo que pisa con sus devastadoras huestes.

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

El pueblo es generoso y quiere ahorrar la sangre de los que tan dispuestos están a consumar su sacrificio, contrariando su soberana voluntad; y en nombre de ese pueblo, en nombre de la civilización y del excelentísimo jefe supremo que dirige la revolución, ofrezco al general Melgarejo y a los que aún quieren sostenerlo por diez días, todas las garantías de seguridad personal y olvido de los funestos crímenes de que son responsables.

Con sentimientos de la más alta consideración, y persuadido de que U.S.H., aprovechará, como los demás, de esta ocasión para reconciliarse con el pueblo, de su responsable pasado, me suscribo de U.S.H. su atento servidor.— *Casimiro Corral*”.

En la mañana del 15, una densa niebla cubrió a la heroica ciudad de La Paz, la que, pocas horas después debía ser teatro de uno de los combates más grandes y encarnizados entre los muchos que, desde su fundación, ha presenciado.

Disipada un tanto la niebla, como a las siete de la mañana, las avanzadas del ejército de La Paz, notaron a corta distancia, desplegada en batalla toda la línea del ejército de Melgarejo, y descendieron del Alto, a tomar posiciones en las chozas del remanso de la cuesta adyacente al Panteón, desde donde, divididos en dos secciones, sostuvieron el fuego de una avanzada enemiga que descendió del Alto a las diez y media de la mañana.

El ejército de la revolución, a las órdenes del excelentísimo señor general don Agustín Morales, constaba en aquel día, de tres divisiones: la primera, compuesta de los batallones de Oruro y Corocoro, al mando del general de brigada Gregorio Pérez; la segunda, compuesta de los batallones 1º de Cazadores y 3º de La Paz, al mando del coronel Hilarión Daza, y la ter-

EL GENERAL MELGAREJO

cera, mandada por el general de brigada Luciano Alcoreza, compuesta del batallón 2º Cazadores, el de Omasuyos y el escuadrón Rifleros de La Paz.

Además, como cuerpos sueltos de operaciones: el escuadrón Rifleros, escolta de su excelencia; el escuadrón Sucre, la columna de Pacajes e Ingavi, la del Resguardo, el escuadrón de Honor, Rifleros de las libres y muchos voluntarios de la guardia nacional, formando un total de 67 jefes, 233 oficiales y 1.708 hombres de tropa, sin contar los voluntarios incorporados en los momentos del combate.

El ejército de Melgarejo se componía de 1.700 hombres de tropa y unos 600 jefes y oficiales, todos armados de rifles Spencer y Remington, con municiones para veinte días de combate, formando un total de 2.300 combatientes.

A las diez y media de la mañana, este ejército empezó a descender del Alto por las dos rutas de la bajada y a romper un vivo y nutrido fuego sobre la ciudad.

Para dar a nuestros lectores una idea más cabal del gran combate del 15 de enero de 1871 en que cayó el presidente Melgarejo del poder supremo que ejerció en Bolivia durante seis años y dieciocho días, transcribimos los siguientes párrafos del parte oficial pasado por el jefe del Estado Mayor General, coronel Rafael Díaz Romero, después del combate:

“A las diez y un cuarto de la mañana fue introducido en el palacio de S. E. un parlamentario enviado por Melgarejo, que se atrevía a intimar la rendición, y no vacilaba en ofrecer garantías, él, que jamás había respetado ninguna. La contestación no se dejó esperar, y el parlamentario fue despedido inmediatamente. Apenas había salido de las *goteras* de la ciudad, cuando el enemigo, sin aguardar a informarse del mensaje del

parlamentario, comenzó a descender del Alto por las dos rutas de bajada y romper sus fuegos.

Es digno de todo elogio el comportamiento de nuestras guerrillas que fueron:

1^a La avanzada de que se ha hecho mención, a la que se incorporó el comandante Zumelzu con 13 rifleros.

2^a 20 rifleros al mando del esforzado comandante Juan Granier.

3^a Una columna compuesta de la 1^a compañía del primer batallón y la 5^a del 3^o al mando del coronel D. Severino Zapata.

4^a Una columna de 50 jóvenes voluntarios de la guardia nacional, mandada por el teniente coronel D. Francisco Oquendo.

El comandante Granier subió en zig-zag de la cuesta de Potosí enfrente del enemigo, que descendía al mismo tiempo. Desde la distancia de seiscientos pasos operó su retirada sosteniendo un vivo fuego.

El coronel Zapata fue atacado por ambos flancos, y tuvo la calma suficiente para esperar que el enemigo se aproximara al alcance de nuestros fuegos; para principiar por nuestra parte el combate, y con tan buen éxito, que logró desordenar las filas contrarias. Pero advirtiendo que el enemigo trataba de cortarle la retirada, comenzó a practicarla, haciendo fuego, y replegándola sobre las inmediaciones de las barricadas, donde recibió orden de ocupar la barricada de la esquina de la casa del general Alcoreza.

En cuanto a las demás guerrillas, la superioridad del armamento del enemigo, del que nuestros valientes sufrían un fuego rápidamente repetido, obligó a éstos por fin, a replegarse dentro de las barricadas, ope-

EL GENERAL MELGAREJO

ración que se verificó en el mayor orden, y haciendo fuego siempre que la ocasión se presentaba.

Durante este tiempo, se mantuvieron en observación el batallón 3º de La Paz, al mando del intrépido teniente coronel Guachalla, y el de Omasuyos, al del valiente comandante Vila: el 1º de la plaza de San Pedro, y el 2º sobre la margen izquierda del río de Challapampa, con el objeto de proteger nuestros flancos.

A la una de la tarde, se hallaban ya las fuerzas libertadoras dentro de las barricadas, habiendo hecho fuego en su retirada.

El enemigo dividió sus fuerzas con el objeto de atacar por tres puntos de nuestras líneas de defensa.

La cabecera de la 1ª de sus divisiones había penetrado a la una en la casa de don José María Mas, por el solar cercano contiguo al puente de las Concebidas. Practicando un boquete con brazos de indios, que llevaba consigo Quintín Quevedo, pasó a la casa de Correos; y por una de las tiendas, penetró en la casa de Gurruchaga. Durante este tiempo se sostenía el fuego contra los tiradores situados sucesivamente en las ventanas de las casas que venían ocupando el enemigo.

A las tres menos un cuarto, apareció la fuerza de Quevedo, dominando la barricada del comercio desde las ventanas de Pérez, de Gutiérrez y de Macuaga.

Allí tuvo lugar un incidente: Quevedo dirigió la palabra a nuestros soldados del 1º diciéndoles: "Soldados del 3º vénganse a mi lado; les ofrezco las más amplias garantías"; e hizo tocar llamada con las señas del cuerpo. El coronel Daza le contestó: "Usted sostiene a su amo mientras que yo defiendo los derechos de los pueblos", y disparóle un riflazo. Un sargento hizo vitorear al coronel Daza, y el ¡viva! fue acompañado de una soberbia descarga. Lo nutrido del fuego que sucedió, correspondió a esa elocuente contestación.

Después de más de una hora de combate, nuestros valientes de esa barricada, donde se había concentrado lo recio de la lucha, a pesar del heroico brío cejaron, el momento era terriblemente crítico.

Sabedores S. E. el coronel Morales y S. G. el secretario general del inminente peligro que amenazaba a la causa de la libertad, se encaminaron presurosos al lugar de la tormenta.

Ordena S. E. una carga de caballería, que fue ejecutada por el intrépido teniente coronel Claudio Acosta, y cuyo efecto produjo la reanimación de los individuos que abandonaron la barricada. S. E. entusiasmó con su ejemplo y serenidad a nuestros bravos. El mismo dirigió la puntería de la pieza de artillería colocada allí, que operó a satisfacción, restableciendo el ardor y confianza de los defensores de la sociedad amenazada.

Los fuegos enemigos se aumentaban; pues se habían convertido en dos fuertes baterías de dos hileras de ventanas. Pocos instantes después del momento de angustia se declaró el incendio en la casa de Pérez, inspiración salvadora de uno de los nuestros, que comprendió la inmensa magnitud de los intereses cuya salvación pendía de los hechos en aquellos momentos. Los enemigos aterrados dieron el grito de ¡¡¡Mina!!! y comenzaron a disminuir sus fuegos.

A las cuatro y media ocurrió un segundo conflicto durante el incendio y S. G. el secretario general don Casimiro Corral, con pistola en mano, obligó a sus combatientes a volver sobre sus puestos; este hecho influyó decisivamente en la defensa de esa barricada, e indirectamente en la victoria.

A las cinco, las tres casas habían sido completamente abandonadas por el enemigo.

A esa hora salió de la barricada el coronel Daza con algunos hombres avanzando hasta la esquina del

EL GENERAL MELGAREJO

correo, donde estaban montados dos cañones enemigos, cuya acción había sido constantemente embarazada por fuegos de la barricada durante cuatro horas. Los hizo transportar a la barricada.

A las seis de la tarde los fuegos arreciaban por todas partes, la ciudad parecía un castillo formidable en esa hora.

De la barricada de la esquina de la Catedral se había arreciado el combate desde las cinco de la tarde. Hacia las seis el conflicto era tan grande que la barricada había sido casi abandonada, los combatientes habían ido en busca de municiones. Pero en el momento del supremo conflicto fue resuelto por el mismo medio empleado dos horas antes en la barricada del Comercio. Se prendió fuego a la casa donde existía la botica; las sustancias allí contenidas produjeron llamaradas mucho más vivas; el incendio se propagó más rápidamente, pero duró y se extendió menos que el anterior; todavía en medio del incendio los enemigos seguían sus fuegos desde las ventanas de Monasterios con una tenacidad increíble. Tanto era el furor que había sabido inspirar el famoso capitán con la perspectiva del pillaje y el desorden.

El fuego prosiguió en esa barricada, en la de la esquina de La Merced, en la de Santo Domingo, en la de Chirinos y la de las Cajas hasta las nueve y media de la noche.

A las ocho de la noche ya Melgarejo se iba en retirada, habiendo dirigido a los suyos que encontraba, palabras que les dejaron concebir que no abandonaría su propósito de sojuzgar al pueblo. Les ordenó que siguieran el fuego; hizo disparar dos cañonazos desde el Panteón con el objeto de favorecer su fuga y emprendió ésta con una mitad de su caballería y algunos rifleros, por la ruta del Desaguadero.

Entre los muchos hechos providenciales que ocurrieron durante ese combate de doce horas; hechos que

muestran hasta no poderlo dudar que Dios protegia la causa santa de la libertad y de la justicia, merecen notarse los siguientes:

Hacia las tres de la tarde apareció por el camino de Obrajes una partida de 30 rifleros. Eran algunos ciudadanos de Caracato, Luribay y Sapahaqui, que mandados por el comandante Castillo, habían venido a ponerse a las órdenes de S. E. Se distribuyeron entre la torre de La Merced y las barricadas inmediatas.

A las cinco de la tarde, llegaron a participar de las glorias del combate, 120 rifleros de las fuerzas que estaban destacadas en Corocoro con diferentes objetos y que se presentaron a las órdenes del teniente coronel Gorena y del comandante Fermín Luna. Estrecharon al enemigo entre dos fuegos y se incorporaron en las barricadas. La presencia de esos bravos jóvenes fue aterradora para los sicarios de Melgarejo, que creyeron que era la división de Cochabamba, compuesta de 800 hombres.

El enemigo, que buscaba el cargamento de municiones, no pudo encontrarlo, pues estaba tan aturdido el famoso capitán general, que no acertaba a dar una orden racional.

En este relato se ha debido atender tan sólo a las peripecias que pertenecían a la marcha general de la defensa; pues sería demasiado dilatada la relación de todos los episodios particulares, en que ha brillado la libertad, de todas clases y graduaciones. Así mismo, parece imposible señalar a los que se han distinguido en esta para siempre gloriosa victoria; pues todos merecen igual elogio en sus respectivos rangos, no pudiendo encontrar en este particular otra diferencia que la de las posiciones más o menos atacadas que ocupaban. Empero, débese mencionar la juventud situada en la barricada de La Merced y casa del señor Zapa-

EL GENERAL MELGAREJO

ta, mandada por don Pedro Aramayo, que logró apagar los fuegos enemigos de Karawinchinca.

El jefe que suscribe, debe, sin embargo, como militar, rendir homenaje de admiración a esa juventud que se ha batido con la precisión de operaciones de un ejército de línea.

La importancia de esta victoria sólo se puede medir por la inmensidad del abismo en que estaba sumida la patria, y parece que la providencia hubiera querido mostrarnos que sólo a ella tocaba vencer obstáculos que, según la marcha natural de los hechos, eran insuperables.

Aquí debemos indicar algunas de nuestras estrategias de guerra.

Según los planos que se han tomado al enemigo creyó él, que nuestras barricadas ocupaban los mismos puntos que en 1862 y 1865. En esa conformidad, preconcibió su plan de ataque. Pero, la vista de los fortines situados respectivamente en las esquinas de Riva, de San Martín y de la línea posterior del Carmen, concurrieron a desconcertar sus planes, que consistían en hacer un ataque falso por la línea del Comercio, Catedral y Santo Domingo, que podía considerarse como nuestra línea de vanguardia, y el ataque firme por la Caja de Agua y el Carmen, perforando por allí las manzanas del NE de la plaza y por acá el monasterio del Carmen y la manzano del Loreto.

En segundo lugar, S. G. el secretario general aplazó hasta el último momento la construcción de las barricadas, a fin de que el enemigo no tuviera el menor conocimiento posible de ellas y de que se animara a comprometer el combate en la ciudad, creyendo sorprendernos al estar formándose las barricadas. Así es que, cuando principiaron las guerrillas, se estaban aún terminando la construcción de algunas barricadas.

En tercer lugar, el enemigo creyó que el combate había de principiar con el ataque de las barricadas.

Más, se vió sorprendido y desconcertado por nuestras guerrillas hábilmente dirigidas y desempeñadas; hecho que desordenó sus filas y trastornó su plan.

Desde principios de diciembre último, nuestro ejército se halló aguerríéndose en el campo y a la vez atrayendo al enemigo con la probabilidad de una batalla campal, que por la superioridad de su armamento, hubiese sido funesta para la causa de la libertad y habría sellado en noche cineraria la barbarización de Bolivia.

Los trofeos obtenidos en esta jornada, son: 14 cañones, multitud de rifles y fusiles, todo el parque del enemigo y más de mil puñales, muchos de ellos ensangrentados.

Han caido en nuestro poder novecientos cincuenta prisioneros, entre titulados generales, jefes, oficiales y tropa.

Tenemos que lamentar las sensibles pérdidas del teniente coronel Gorena, mayor Sebastián Bacarreza, id. Marcelino Rodríguez Rocha, capitán Luis Vásquez, teniente primero Manuel C. Quino, id. segundo Juan Valdez, id. id., Eulogio Toledo y otras más de paisanos cholos, indios y criaturas y 65 individuos de tropa, entre ellos cinco caballeros rifleros llamados Federico Candioti, Ramón Espinoza, Bernardino Pareja, Francisco González y José María Valle.

Han sido heridos el teniente coronel primer ayudante del E. M. G. Eliodoro Camacho y el id. edecán de su excelencia, Nicanor Lavadenz, ambos destacados en las barricadas, 13 oficiales y 109 individuos de tropa.

De las tropas enemigas han muerto el comandante Pedro Cortés, el mayor Daniel Gallegos, el id. Andrés Risueño, el id. Andrés Peñaranda, el teniente primero Francisco Flores, otro oficial, 29 de tropa y tres rabonas. Parece increíble. Quizás los indios enterraron muchos cadáveres fuera del Panteón.

EL GENERAL MELGAREJO

Los heridos del enemigo alcanzan a 60 hasta la fecha.

Por consecuencia de la lucha del 15, tenemos muchas casas en escombros, hemos incendiado nuestros lares; muchas casas han sido saqueadas por los enemigos en el fragor del combate y hay multitud de familias sin hogar ni vestidos. La sangre de lo más brillante de nuestra juventud, ha corrido a torrentes. Estábamos resueltos a correr la suerte de Sagunto; de Numancia y de Zaragoza y a arrasar nuestra ciudad, antes de que lo hiciera el enemigo, como lo hizo Moscow en nuestros modernos tiempos. Así es que hemos reconquistado palmo a palmo nuestra libertad, haciendo correr arroyos de sangre por nuestras calles".

Los oficiales del doctor Muñoz y del doctor Corral y el parte oficial del combate del 15 de enero de 1871 en La Paz, que acabamos de transcribir, lo hemos tomado del folleto: "Actos administrativos del gobierno provisorio durante la secretaría general dirigida por el doctor Casimiro Corral 1870—1871. La Paz, imprenta de "La Libertad", de Ezequiel Arzadum".

El día 21 de enero, seis días después de la espléndida victoria del 15, en virtud de ella y de las actas espontáneamente suscritas en todos los departamentos, el valiente vencedor de Melgarejo, el patriota general Agustín Morales, fue investido de la presidencia provisoria de la República, y el 6 de febrero, expidió un supremo decreto convocando a los pueblos a las elecciones de representantes a la asamblea nacional constituyente que se reunirían en junio, en la capital Sucre.

A PROPOSITO DEL COMBATE DEL 15 DE ENERO

De la bellísima tradición que con título de *El gallo de Ortúñu*, nos dedicó nuestro inteligente y muy querido amigo Patricio Liberty, (José María Camacho), trascribimos el siguiente párrafo a propósito del combate del 15 de enero de 1871, en el que fue para siempre derrotado el presidente Melgarejo.

“Me refería Ortúñu por la milésima vez algunos pasajes del ataque de Melgarejo a las barricadas de Belzu y su entrada en el palacio de éste, hazaña de arrojo inaudito, que no tiene ejemplo en los fastos de la osadía.

—Mucho gallo era su gallo —le dije.

—¡Ya lo creo —repuso— como que era gallo y medio!

—Pero.... —acerté a observarle— ¿cómo fue que no desplegó Melgarejo igual arrojo en las barricadas del 15 de enero, él que ya conocía el camino del éxito y de la gloria?

Ortúñu hizo un movimiento de extrañeza, y ya fuese por ahuyentar algún recuerdo o por atraerlo, se llevó la mano a la frente y permaneció silencioso un momento.

Yo me quedé mirándole.

—¡Bah!.... Le contaré —me dijo.

Y sin más preámbulos habló.

—Aquellos fueron un desorden. Las tropas se descolgaron del Alto, sin esperar a que se les comunicara el plan de ataque.

Yo bajé envuelto en el torbellino. Cuando me hallé en la ciudad, observé que la cosa no andaba bien.

EL GENERAL MELGAREJO

Muchos soldados se habían rezagado y merodeaban; otros habían perdido sus filas y andaban desesperados. Estaba claro: faltaba dirección y sobre todo un impulso eficaz. Sin saber cómo ni dónde, resulté frente a la barricada de La Merced. El general Quevedo disponía allí un falso ataque.

—¿Y el presidente? —le dije—. Quevedo me miró con expresión indefinible.

Yo no quise insistir en la pregunta, pues una terrible corazonada me reveló lo que aquel general en su mirada y su silencio me había querido decir: que el capitán general Melgarejo no estaba en su puesto.

—Corrí a buscarle.

En la barricada de las Cajas no estaba. En la barricada de las Herrerías tampoco estaba. Tomé la calle de San Francisco y al llegar al Choro, observé un pequeño grupo de militares, Melgarejo estaba allí. Le estoy viendo. Cubríale el cuerpo un amplio poncho argentino de paño encarnado con bordados de oro en el cuello; sombrero de jipijapa con alas anchas, que le llegaban a las cejas. Medio recostado en una puerta de calle, apoyado en un grueso bastón, daba algunas órdenes. Cuando le saludé, me estremecí. Pálido, desencajado, la barba desgreñada, tenía los labios blancos, secos y caídos.

Yo que conocía a mi gallo, comprendí al punto que era lo que necesitaba. Melgarejo tenía sed....

Rápido, a culatazos mandé abrir una puerta de tienda. ¡Cerveza!, grité, apenas los goznes cedieron al impulso violento del mandoble de los soldados.

En un vaso grande “bebé” que llaman en Arequipa, y “andavete” que llamaríamos los cochabambinos, vacié íntegra una botella marca T. y se la ofrecí al general.

—¡Muriéndome estaba de sed! —me dijo Melgarejo, cogiendo ansioso el vaso con ambas manos y llevándoselo anhelante a la boca.

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

Yo respiré. Estábamos salvados. Melgarejo bebia, con otra botella más, surgiría el león....

Pero sucedió que después de dar un trago, retiró Melgarejo de los labios el vaso y lo dejó en el mos-trador.

Acaso por la primera vez en su vida, Melgarejo rehusaba la cerveza.

—¡General!.... —exclamé angustiado.

—No puedo, me dijo; me repugna.

Se heló la sangre en mis venas. Ya no había re-medio. Había llegado la hora. *Mi gallo estaba cabra.*

—Lo demás; ya lo sabe usted”.

Lo demás es que: al caer la noche, y mientras sus tropas ya diezmadas por los fuegos enemigos, se batían todavía heroicamente, el presidente Melgarejo, que no se había movido de la plaza Alonso de Mendoza y que desde allí contempló el incendio de la botica y otras casas de la ciudad, montó en su caballo, se dirigió al Alto, y de allí derrotado, tomó el camino de la proscripción.

El señor don Manuel Ortúño, cuya narración acabamos de transcribir, era un tarateño, gran amigo y paisano del general Melgarejo, y que desempeñó el cargo de Director de la Caja Central, durante los seis años del gobierno de este general, a quien sirvió y acompañó con tanto amor y lealtad hasta su caída, después de la cual se retiró a vivir a una pequeña heredad que poseía en Caracato.

POR QUE SE ACOBARDO MELGAREJO

Nadie podrá discutir jamás el valor extraordinario del general Melgarejo, el valiente entre los valientes; el bravo guerrero, que nunca conoció el miedo a nada ni a nadie; aquel cuyo valor y arrojo fueron superiores a los de los más célebres y famosos guerreros, como con justicia y razón lo observa el escritor americano Eduardo Wilde.

Para Ortúñoz, como para muchos en Bolivia, fue un misterio que no podían explicarse, el que general tan valiente y audaz, no hubiera atacado las barricadas del 15 de enero de 1871, con el mismo arrojo y brío con que atacó las del 27 de marzo de 1865 en La Paz y las del 28 de noviembre de 1870, en Potosí.

La razón de ese misterio fue esta:

Una de las primeras medidas tomadas por los revolucionarios de La Paz y vencedores del glorioso 15 de enero, fue la de apoderarse de la persona de doña Juana Sánchez, la querida del presidente Melgarejo, y haber hecho llegar hasta este, la amenaza de que si atacaba la plaza de La Paz, ellos al pronunciarse su derrota, fusilarían a doña Juana, al mujer a quien amó en su vida, aquel hombre de tanto carácter y de pasiones tan fuertes.

Es verdad, que el pueblo paceño, como dice el coronel Díaz Romero, en su parte oficial del combate del 15, estaba resuelto a reducir a cenizas la heroica ciudad antes de permitir que la tomasen las fuerzas de Melgarejo, y que así lo habría hecho; pero también es cierto que el general Melgarejo habría perecido entre las llamas del incendio, que ya se produjo, a no haber

sido el peligro que corría la vida de su amada, idea que lo desconcertó desde el principio del combate.

El amor y el licor, sus dos grandes pasiones fueron la perdición de este hombre extraordinario, cuyos hechos y rarezas se prestan a un detenido estudio psicológico y han dejado imperecederos recuerdos en Bolivia.

La fuerza de una pasión fue tal vez, la que en esos momentos, trajo el abatimiento y la depresión a ese gran carácter inquieto, apasionado, batallador, audaz y hasta ese instante, invencible.

DESPUES DEL COMBATE

Como dijimos, al cerrar la noche del 15 de enero de 1871, cuando la ciudad de La Paz ardía casi, en ese memorable combate, el general Melgarejo emprendió su fuga, viéndose ya perdido del todo. Al llegar al Alto, cambió su caballo con el del general Valencia, lo que dio lugar a que la indiada sublevada, que hizo terrible carnicería esa noche entre los derrotados y prófugos, tomara al general Valencia por Melgarejo y le matara en el camino. Se apoderó luego del hermoso caballo chileno de éste, el "Holofernes", y le cortó las orejas, ya que no podía cortárselas a su dueño, que escapó y tomó ruta del Désaguadero.

Mientras el pueblo de La Paz celebraba con extraordinario júbilo su espléndida victoria, el general Melgarejo, ese gobernante que durante seis años había ejercido un poder omnímodo y absoluto sobre Bolivia, tomaba el camino de la proscripción, tan pobre como el día en que, seis años antes, en Cochabamba, se había apoderado de la suprema magistratura.

EL GENERAL MELGAREJO

Melgarejo no era hombre de guardar un centavo en su poder, carácter franco, abierto, generoso, botarate y derrochador; cuanto dinero percibió en su época de gobierno, lo derrochó entonces, con toda esa generosidad y ese despilfarro que acostumbraba desde su juventud, desde la clase de soldado raso. Rumboso y desprendido, verdadero soldado, despreciaba el dinero y tan pronto llegaba a sus manos, lo gastaba en sus caridades, en sus amigos y en sus diversiones, satisfaceiendo rara vez sus propias necesidades.

Melgarejo se dirigió a la bella y hospitalaria ciudad de Tacna, de donde, poco tiempo después, se fue a Chile, cuyo gobierno lo trató con las mayores consideraciones y le hizo abonar en el día los sueldos correspondientes a su alta clase de general de división del ejército chileno.

Pudo entonces siquiera haber ahorrado algo; mas no lo hizo así, y se preocupó de buscar armamentos para un golpe revolucionario que aun creía poder dar otra vez en su patria, donde, si tenía muchísimos enemigos, no dejaba de contar con algunos partidarios fieles y decididos.

Sin embargo de tener algunas esperanzas al respecto, el general Melgarejo no era ya, por estos días, el hombre fuerte, alegre, de ameno trato, de sus buenos tiempos. Poseído de la doble y amarga nostalgia de la patria y del poder, su carácter se tornó más serio, meditabundo y melancólico.

Le hacían falta los aires de la patria, las presiones de un poder omnímodo, los acordes de sus clarines de guerra y las músicas marciales de su invencible ejército y los cariños de la mujer que tanto había amado doña Juana Sánchez, que, ya separada de él, vivía entonces en Lima.

¡Qué pensamientos cruzarían por la mente de ese hombre extraordinario, una tarde que, ante el sol po-

niente, en la bahía de Valparaíso, se le vio solitario y triste, contemplando el vaivén de las olas y la majestad del mar, grande como sus ambiciones, amargo como sus desengaños y profundo como sus pasiones!

Después de corto tiempo de permanencia en Chile, Melgarejo volvió al Perú y se dirigió a Lima, donde entró en pleito con la familia Sánchez por cuestiones de intereses.

MUERTE DEL GENERAL MELGAREJO

El general Melgarejo, aunque acariciando siempre la esperanza de volver a Bolivia, vivía en Lima en compañía de sus dos hijas. La mujer que él había amado hasta el frenesí y adorado hasta el delirio, estaba separada ya de él, y vivía también en Lima, en compañía de su madre y su hermano el general José Aurelio Sánchez, que tantos favores y beneficios recibiera de Melgarejo en toda la época en que éste dominó con poder absoluto en Bolivia y en que Sánchez cometió mil abusos e hizo cuanto le dio la gana, en la seguridad de una completa impunidad en su triple carácter de favorito del presidente, esposo de una de las hijas de éste y hermano a la vez de doña Juana.

Las familias Melgarejo y Sánchez estaban muy ligadas entre sí. El general vivía con doña Juana; don José Aurelio, hermano de ésta casó con la señorita Valentina Melgarejo, hija del presidente, y su hijo el coronel Severo Melgarejo, casó con la señorita Rosaura Sánchez, hermana de doña Juana y don José Aurelio, a quien Melgarejo elevó hasta la alta clase de general.

EL GENERAL MELGAREJO

En Lima, el general Melgarejo se hallaba bastante pobre y lamentábase de que la familia Sánchez retenía todo lo poco que él tenía, habiendo llegado hasta a resolverse a instaurar una demanda judicial contra ella. Sus relaciones, pues, con su antigua querida y con su hijo político el general Sánchez, se pusieron, últimamente, en extremo tirantes, y los posteriores días del general Melgarejo, fueron grises y amargados por la pobreza, las ingratitudes y las decepciones.

La tarde anterior a su muerte, notáronlo sus hijas muy agitado y más triste que antes.

Esa tarde, se levantó de la mesa sin acabar de comer, miró su cronómetro, exclamando: “¡Esta Juana! ¡esta Juana!”. Salió del comedor, sin decir a dónde iba, a sus pobres hijas, quienes quedaron en la mesa muy afligidas al ver salir tan agitado a su padre.

Eran cerca de las siete de la noche.

Su hija, la esposa del general Sánchez, se levantó de la mesa rápidamente, como impulsada por el triste presentimiento de alguna catástrofe, y dio alcance a su padre que bajaba la grada. Allí intentó detenerle, pero Melgarejo insistió en salir, la hizo a un lado, empujándola suavemente, y salió.

La hija estaba en la puerta de su casa, a poco más de las ocho de la noche, esperando, agitada, el regreso de su padre, cuando notó un tropel que pasaba a distancia y gentes que corrían en la misma dirección. Preguntó a un muchacho qué pasaba y que no la conocía, qué alboroto era aquél. Han asesinado al general Melgarejo —le respondió éste, siguiendo precipitadamente su camino.

La pobre niña corrió entonces en pos de su infeliz padre, a quien encontró todavía con vida en la botica, a donde le llevaron.

¿Cómo aconteció el hecho?

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

Vamos a verlo, remitiéndonos, como en todas estas narraciones, a datos enteramente seguros, auténticos y documentados los más de ellos.

Los diarios de Lima nos informarán más detalladamente sobre el trágico suceso que nos ocupa.

“El Comercio” decía la misma noche del suceso, lo siguiente:

“Acaba de ser asesinado el general Melgarejo, ex-presidente de la República de Bolivia.

A las ocho de la noche, en que escribimos esta noticia, ha tenido lugar tan trágico acontecimiento.

Los datos que acabamos de adquirir son los siguientes:

Minutos antes de la hora indicada, se presentó en la casa del general boliviano señor Sánchez, situada en la calle Gallinacitos, anterior a la calle del Padre Jerónimo, dicho general Melgarejo, que iba en un coche.

Melgarejo se presentó en la puerta, según dicen unos, y disparó dos tiros; y según dicen otros, amenazó con un palo al general Sánchez.

Fue en estas circunstancias cuando Sánchez le disparó dos tiros de revólver, que penetraron uno, cerca de la sien, atravesándole el cerebro, y el otro, cerca de la boca, y lo tendieron en el suelo, desfallecido.

Conducido a la botica inmediata, del Padre Jerónimo, se le administraron los juicios de la medicina.

Entretanto, el victimario se ha presentado voluntariamente a la policía.

A estos datos que hemos recogido de algunas personas que estuvieron cerca del teatro de este suceso, tenemos que agregar, para que la verdad salga mejor librada, los que nos ha suministrado la familia del general Sánchez, a cuya casa hemos ido con este objeto.

Nos han dicho: que el general Melgarejo había apostado el coche número 36, en el cual había ido, en

EL GENERAL MELGAREJO

la esquina de la calle de Gallinacitos. Que, primamente, penetró por una casa callejón contigua; y que, acompañado de dos o más personas rompió una puerta interior que comunica a la casa del general boliviano Sánchez y familia, la cual, habiéndole reconocido, trató de huir y salió por la puerta principal abriendo el postigo, pues estaban cerradas las puertas grandes. La familia pidió auxilio, los vecinos acudieron, el general Melgarejo trató de penetrar, el general Sánchez le rechazó entonces, contestando con dos tiros de revolver a los que Melgarejo, según dicen, le disparó.

El coronel peruano Carreño acudió entonces, pero cuando Melgarejo estaba herido en la sien y en la cara.

Carreño detuvo a Sánchez, según se nos ha dicho en la policía, y lo entregó a ésta.

A la víctima se le suministró en la botica los auxilios necesarios, y de allí fue conducido por varias personas a su casa, situada en la calle de la Pescadería.

A última hora:

“Son las diez de la noche. Acabamos de ver al general Melgarejo. La vida y la respiración casi le abandonan.

No articula una sola palabra.

Cinco médicos le asisten: los doctores Salazar, Núñez del Prado, Aguilar, Prieto Seguí y un practicante de medicina.

Todos estos facultativos opinan que morirá durante esta noche.

En la puerta de la casa se ha colocado una guardia de policía.

Una multitud de personas cubre casi toda la calle.

El ministro de Gobierno ha ido personalmente a tomar datos.

El victimario se halla preso en la intendencia, con centinela de vista.

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

El revólver con que disparó los tiros, es de bolsillo, pequeño, sistema Lofouche".

"La República" difiere en los datos que da en su número 122 del 24 de noviembre, es decir: al día siguiente del suceso. Dicho periódico dice:

"Anoche dimos cuenta del homicidio perpetrado alevosamente en la persona del valiente general boliviano don Mariano Melgarejo y lo hicimos con los únicos datos que en el momento pudimos recoger, ofreciendo al público ocuparnos hoy del hecho de una manera más precisa y circunstanciada.

Según hemos sido informados por personas bastante autorizadas, el homicidio se ha verificado de la siguiente manera:

"El general Melgarejo fue a las siete de la noche de ayer a una casa de la calle de los Gallinacitos, por ciertos asuntos particulares que no pertenecen al dominio público, y allí se encontraba el general José Aurelio Sánchez, que al ver al general Melgarejo, dio voces de alarma a la familia de la casa; acudieron algunas gentes y el general Melgarejo se introdujo en una casa vecina, a esperar que pasase el tumulto; en cuyo intermedio la familia citada salió de la casa y la dejó sola.

Pasado todo esto, Melgarejo salió de la casa en que estaba, y al salir, vio en la calle a Sánchez, el que se le acercó y sin más palabras que los de "Usted no penetrará en mi casa", descargó dos tiros de revólver sobre Melgarejo, hiriéndole gravemente en la boca y en la frente.

Melgarejo cayó al suelo, y de allí fue conducido a la botica del "Padre Jerónimo", donde trajeron de asistirle, conduciéndole después a su casa, en la calle de la Pescadería, donde expiró a las once de la noche.

EL GENERAL MELGAREJO

Melgarejo no estaba armado ni intentó crimen alguno, como pretenden algunas personas.

El asesino es hijo político de Melgarejo. La policía y demás autoridades locales se ocupan del enjuiciamiento del delincuente, el que está preso y a disposición de la autoridad competente.

Mañana tendrán lugar las exequias del general Melgarejo, en el templo de La Merced, con los honores de su clase, y para ello el ministerio de la Guerra ha dictado las órdenes convenientes.

Formarán una sección de artillería, los batallones "Pichincha" N° 1, y "Ayacucho" N° 4, y un escuadrón de caballería y la línea será mandada por el coronel graduado don Marcelino Gutiérrez".

El diario "El Nacional", decía a su vez, al ocuparse de la muerte del general Melgarejo:

"Con ocasión de este trágico suceso, corren las versiones más inverosímiles respecto a los antecedentes y motivos que mediaban entre el victimario y la víctima.

El hecho ha sido referido por otros diarios de la capital, de diversos modos.

Nosotros hemos tomado nuestros informes en fuentes fidedignas y podemos corroborar nuestra relación de ayer.

El juicio que se ha iniciado podrá arrojar más luz sobre el particular.

El autor ha sido conducido hoy a Carceletas y se encuentra bajo la acción de los tribunales.

Grande ha sido la excitación producida en el ánimo del público, pues median en el suceso circunstancias que le singularizan, elevando el sumario a la categoría de una de las causas más célebres que se hayan iniciado en el foro peruano.

Melgarejo, la víctima, era general de las repúblicas de Bolivia y Chile, considerado vencedor del 2 de

mayo, como presidente de una de las repúblicas aliadas; y hasta el Brasil (dejamos a la historia el apreciar el fondo de los títulos adquiridos por él para estas distinciones), hasta el Brasil, decimos, le dispensó honores de alta consideración.

Sánchez, el victimario, es también general, formado bajo los auspicios de Melgarejo, enlazado en matrimonio con una hija de éste, y, además de otros vínculos, existía entre ambos los de la política seguida por el general Melgarejo como presidente de Bolivia, secundada y fuertemente sostenida por Sánchez, hasta el punto de correr ambos la misma suerte, al triunfo del orden de cosas actualmente dominante en la República vecina.

Las disidencias ocasionadas por asuntos de interés privado parece que habían roto las amistosas relaciones y engendrado una situación azarosa para ambos".

"La Patria" daba cuenta del trágico suceso, en estos términos, en su edición del 24 de noviembre:

"Justamente se halla preocupada la atención de la sociedad por el horrible asesinato realizado en la persona del general Mariano Melgarejo, presidente de Bolivia, derrocado por la última revolución que encabezó el actual presidente de esa República, general Agustín Morales.

El crimen se comenta de diversos modos, pero todos están acordes en reconocer que se ha verificado, si no alevosamente, con una violencia y precipitación injustificables.

El culpable se encuentra en manos de la justicia, llamada a dar su inapelable fallo, atendiendo a las circunstancias atenuantes o agravantes del atentado.

Mientras tanto, y como consecuencia natural, se traen a cuenta en las conversaciones, la vida, carácter, conducta y hechos del finado.

EL GENERAL MELGAREJO

Poco tiempo hacía que éste residía entre nosotros; y, según parece, su caída del poder, habíale producido un trastorno mental, de que dio más de una prueba, queriendo atentar contra su vida. En días pasados, pretendió degollarse con una navaja de afeitar, pero fue sorprendido a tiempo para impedirle consumar el suicidio.

El general Sánchez, boliviano, reo de este crimen, cayó con la administración del general Melgarejo, cuyo yerno es. Siguiendo la suerte de éste se hallaba también proscripto.

El cuerpo del delito, es un revólver sistema Lofouche. ¡Raro caso es que, habiéndose hecho de numerosísimos enemigos el general Melgarejo en el curso de su pasada administración, no haya muerto sino por las manos de quien fue su partidario, su amigo, su yerno y sostenedor de su Gobierno!".

“La Patria”, en su número del 24 de noviembre, se expresa así:

“A las once de la noche de ayer dejó de existir Melgarejo, el valiente soldado boliviano.

La alevosa mano de su hijo político, de su compañero de armas, guió las dos traidoras balas que, penetrando una en la sien izquierda y otra bajo la mandíbula derecha, abrieron paso a la muerte.

Hemos visto su cadáver.

Hay en su varonil y hermoso rostro algo de terrible mezclado con cierto gesto suplicante que mueve a compasión.

Nos olvidamos de su vida, para recordar tan sólo lo doloroso moral y físicamente de su muerte; y nos compadecemos de él.

Vimos allí, alrededor de su cadáver, muchas gentes; unas que venían a regar con lágrimas el cuerpo del soldado, tal vez a pagar un tributo de gratitud y

sentimos con ellas; otras, que reían recordando lo que la muerte debe hacer olvidar y tuvimos para éas una mirada de compasión, una sonrisa de desprecio.

Nos marchamos a la intendencia y preguntamos por el asesino. Se nos dijo que había sido remitido a la cárcel pública a disposición del juez del crimen.

Averiguamos si sobre este hecho se habían conseguido algunos otros datos, y se nos contestó que, según la declaración del señor Lazarte, el general Melgarejo había comprado en su establecimiento un revólver.

Parece que se trata de hacerle honores oficiales".

Algunos diarios de Lima sostenían que el general Melgarejo no estaba armado esa noche, y otros que lo estaba.

A propósito de la declaración del señor Lazarte, de que habla el párrafo que acabamos de transcribir, encontramos también en la prensa limeña este otro que lo corrobora:

"Melgarejo tomó el coche número 10, en el que se dirigió a la calle de Mercaderes y lo detuvo frente a la tienda de los señores Lazarte y Compañía, y el cochero fue al referido establecimiento a comprar un revólver, que el señor Lazarte se negó a venderle por serle desconocido el comprador.

Se asegura que entonces salió del carro el general Melgarejo y se presentó al señor Lazarte como el verdadero comprador de una cantidad de revólveres, que le habían encargado del sur, y pidiendo uno de muestra. El señor Lazarte le presentó dicha muestra que, desde luego, aceptó el general e indicó le mostraran las cápsulas, con las cuales solicitó de Lazarte, fuese cargada el arma, que éste cargó en efecto, después de lo que preguntó por el precio, que se le dijo ser de treinta pesos. El general dijo entonces al se-

EL GENERAL MELGAREJO

ñor Lazarte, que llevaría consigo, de muestra, dicho revólver, que no desconfiase, que era el general Melgarejo, y que al dia siguiente le enviaría el dinero del arma que se llevaba, y de las demás que necesitaba, a lo que asintió el señor Lazarte. El general se retiró con el revólver en su bolsillo, volvió a tomar el coche y en él siguió su camino".

Esto se dice en un escrito presentado al juez del crimen, el 26 de noviembre por el notable jurisconsulto peruano doctor don Fernando Casós, abogado del general Sánchez, en este célebre proceso.

Allí mismo, entre los puntos contenidos en un interrogatorio que deben absolver los testigos que se citan en el mencionado escrito, se destacan éstos: que el general Melgarejo siguió, de la calle de Mercaderes, en su coche, sin detenerse, hasta la calle de Gallinacitos; que allí bajó del coche y se dirigió a la casa número 72 de dicha calle, en la que vivía la familia Sánchez.

Que del coche bajó Melgarejo con su revólver en una mano y su bastón en la otra.

Que, inmediatamente que estuvo en la puerta de la calle de la citada casa, empezó a dar fuertes golpes en ella, vertiendo insultos infamantes y amenazas de muerte contra el general Sánchez, su madre y hermanas.

Que, después de producido este escándalo, y cuando Sánchez salió de la casa y dijo a Melgarejo, que de ninguna manera entraría en ella, éste le disparó un tiro de revólver, al que Sánchez contestó con otro, en cuyo instante Melgarejo se arrojó sobre él, y entonces Sánchez le disparó otro tiro cuya bala dando en la frente de Melgarejo, le hizo retroceder y caer de espalda, encontrándose el revólver que llevaba en la mano derecha, caído en el empedrado de la calle.

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

Que las detonaciones de revólver que se oyeron fueron tres, lo que prueba que Melgarejo disparó un tiro, puesto que Sánchez había disparado dos.

La verdad de estos hechos, si bien sostenida en algunas publicaciones de Lima, se hallan rotundamente negada en otras, que sostienen que la noche del trágico suceso, el general Melgarejo no estaba armado ni agredió al general Sánchez.

En los documentos que hemos consultado, no hemos podido esclarecer toda la verdad de los hechos, que estará esclarecida en el proceso criminal que se siguió al general Sánchez, cuyo defensor fue el eminente abogado doctor Fernando Casós, quien logró salvarle.

Entre el general Melgarejo y la familia Sánchez, se habían suscitado, por cuestiones de intereses, gravísimas desavenencias, habiendo llegado al extremo de que el referido general interpuso una demanda ante los tribunales de justicia de Lima, contra la madre de su antigua querida doña Juana Sánchez, por abuso de confianza, como se ve por el siguiente comunicado del general José Aurelio Sánchez, publicado en "El Nacional", de Lima; bajo el título de "Al público imparcial": En la razón judicial de causas criminales, aparece la indicación de una que el general Melgarejo sigue contra mi señora madre doña Manuela Campos de Sánchez, por robo y abuso de confianza.

Aunque ninguna de las muchas personas que conocen a mi señora madre, ni las familias relacionadas con la nuestra en Arequipa y en esta capital pueden dar crédito a la demanda del señor general Melgarejo, se me hace preciso manifestar a la opinión imparcial, que esa acusación constituye una calumnia que mi señora madre ha demandado ante el juez del crimen y cuya causa se halla en prueba, sin que hasta

EL GENERAL MELGAREJO

el día, el calumniador haya presentado la menor prueba. Asimismo debo exponer que en ese juicio de que se ocupa la crónica judicial, el señor juez doctor Carmelino, ante quien fue promovido, se declaró incompetente por auto de 10 del presente mes, del que haapelado el señor general Melgarejo, sin que hubiera dado en depósito a mi señora madre los sueldos de presidente de Bolivia; esto, por su misma inverosimilitud, demuestra lo que es la acusación. Todos los bolivianos residentes en Lima, saben que el señor Melgarejo asevera una falsedad, conociendo el móvil de su conducta, se han apresurado a declarar en favor de mi madre. Lima, noviembre 17 de 1871. José Aurelio Sánchez, general de Bolivia".

En el número 1996 de "El Nacional", publica también el general Sánchez, con fecha 24 de noviembre, un remitido en el que trata de vindicarse del crimen que cometió la noche del 23 del mismo, y en que asevera que el general Melgarejo perseguía y amenazaba de muerte a él, a su madre y a su hermana; que esa noche fue armado a querer penetrar en la casa de la familia Sánchez; que profirió contra ella terribles amenazas, causando un gran escándalo; que le agredió y que él, en defensa propia, hizo uso de su revólver, disparando los dos tiros que ocasionaron la muerte del referido general.

El general Melgarejo, por su parte, sin ocupar la prensa, se quejaba a sus amigos, de que la familia Sánchez se había apoderado de lo poco que a él le quedaba a su caída del Poder en Bolivia, dejándole en la mayor miseria en su proscripción.

Todos estos antecedentes, unidos al fuerte carácter de Melgarejo, hacen suponer que pudiera el general haber ido armado a casa de la familia Sánchez y haber intentado la agresión que aseguran unos y niegan otros.

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

Sea como fuere, la opinión pública, unánime, tanto en el Perú, como en Bolivia, condenó con tanta energía como indignación, el asesinato del general Melgarejo, y se ocupó de él toda la prensa americana.

El cadáver del infortunado ex-presidente, permaneció expuesto en la casa en que habitó el finado, en la calle de la Pescadería, hasta el día 26 en que tuvo lugar su entierro solemne, en el que el noble Gobierno peruano le hizo tributar todos los honores militares correspondientes a la alta graduación y rango del extinto.

El 24 de noviembre, la legación de Bolivia en Lima, invitó a los funerales del general, en la siguiente forma:

“Juan de la Cruz Benavente, representante de Bolivia en el Perú, tiene el honor de invitar a sus amigos y a los que lo fueron del finado, Gral. don Mariano Melgarejo, a las exequias que por el eterno descanso de éste, mandará celebrar el día de mañana 25 del corriente, a horas once, en la iglesia de Nuestra Señora de La Merced. Lima, noviembre 24 de 1871”.

El mismo día, nuestra legación en Lima ponía oficialmente el suceso en conocimiento del gobierno boliviano en los siguientes términos: “Legación de Bolivia en el Perú. Número 1672. A S. E. el señor ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia. Señor: Anoche, de horas siete a ocho, fue muerto el general don Mariano Melgarejo por dos tiros de revólver que le disparó su hijo político José Aurelio Sánchez.

El general Melgarejo había ido a buscar a la familia del agresor, con quien se encontraba en diferencias judiciales. Con esa ocasión, Sánchez disparó a quemarropa, los dos tiros contra él en la puerta de la calle. Queda entregado a los tribunales. No conozco las circunstancias para calificar el hecho, misión que

EL GENERAL MELGAREJO

está consignada a las investigaciones de la justicia. Anoche mismo, antes de las doce, dejó de existir el general Melgarejo, a consecuencia de sus heridas, una sobre la ceja izquierda y otra entre la mandíbula y la garganta. El general quedó privado de la razón y de la palabra desde el instante mismo. A las nueve y a las diez y media en que le vi, era ya cadáver. Muerto el general Melgarejo en una situación doblemente desgraciada e incalificable, su cadáver no ha encontrado doliente, fuera de dos hijas muy jóvenes que quedan en la miseria y la orfandad. En ese evento, mi deber de honor como representante de un pueblo noble y de un Gobierno generoso, era hacerme cargo de los restos del general que acababa de mandar al país y de ser derrotado por el valor boliviano. No he vacilado, señor ministro, para recogerlo, y en esta fecha invito a las exequias que por su descanso eterno, la legación mandará celebrar mañana en el templo de Nuestra Señora de La Merced. El juicio de los contemporáneos termina donde comienza el de Dios y el de la Historia, y ni las pasiones mismas osarán pasar del borde de la tumba. Con esta ocasión, en nombre de mi patria, de su ilustrado Gobierno y de la caridad cristiana, doy sepultura hoy en el Perú, bajo los más solemnes auspicios de la religión, al que ayer fuera presidente de Bolivia. Con profunda confianza de que represento fielmente a mi valeroso país y a su digno y elevado Gobierno en esta deplorable incidencia, ruego a V. E. se sirva someter este despacho al conocimiento del supremo jefe de la nación. Tengo el honor de ratificar la consideración distinguida con que soy de V. E. señor ministro, muy atento servidor.— *Juan de la Cruz Benavente*”.

Entre nuestro ministro en Lima y el ministro de Relaciones Exteriores del Perú, se cambiaron el mismo día, las comunicaciones oficiales siguientes:

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

“Legación de Bolivia en el Perú. Nº 58. Lima, noviembre 24 de 1871. Señor Ministro: La Legación, fiel representante de los elevados sentimientos de Bolivia y de su gobierno digno, ha tomado a su cargo los restos del infortunado general Melgarejo, que anoche fue muerto por dos tiros de revólver que le disparó su hijo político José Aurelio Sánchez. Un atentado de carácter tan excecable por las circunstancias que le acompañan, espero sea debidamente apreciado por la ilustrada magistratura del Perú. Y como todas las consideraciones e intereses sociales afluyen, a la vez, a hacer espectable el proceso, me permito rogar a V. E. se servirá recomendar su más pronta organización. Con tal motivo, tengo el honor de ser de V. E. con alta consideración, muy atento servidor.— *Juan de la Cruz Benavente*”. “A S. E. el señor José Jorge Loayza, ministro de Relaciones Exteriores del Perú. Número 163. Lima, noviembre 24 de 1871. Señor: He tenido el honor de recibir su estimada comunicación esta fecha, en la que participa V. E. haber tomado a su cargo los restos del general Melgarejo, cuya muerte tuvo lugar en la noche de ayer, a consecuencia de dos tiros de revólver que lo asestó su hijo político José Aurelio Sánchez, y manifiesta al mismo tiempo la solicitud que toma V. E. para que se recomiende el asunto al poder judicial. En respuesta me apresuro a avisar a V. E. que inmediatamente después de recibida su comunicación, la he trascrito al ministro de Justicia, a fin de que por ese despacho se excite el celo de los tribunales que deben conocer en el juicio que se organice relativamente al grave atentado de que V. E. hace mención. Con este motivo, creo del caso expresar a V. E. que he dirigido igualmente al señor ministro de la Guerra, a fin de que por su despacho se acuerden todos los honores a que, por sus honrosos antecedentes y su noble política internacional, se había hecho acreedor el difunto presidente de Bolivia. Reitero a V. E. en tan triste oportunidad, la

EL GENERAL MELGAREJO

expresión del distinguido aprecio con que me suscribo de V. E. muy atento y obsecuente servidor.— *José J. Loayza*.— Al Excmo. Sr. Juan de la Cruz Benavente, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Bolivia”.

El 25 de noviembre, como llevamos dicho, tuvo lugar, con gran solemnidad, en Lima, el entierro del infortunado general don Mariano Melgarejo, cuyo cuerpo se halla sepultado en un mausoleo del cuartel número 16 letra A del cementerio de San Eloy, donde, en una lápida de mármol está grabada esta sencilla inscripción:

*“Capitán General Boliviano Mariano Melgarejo.
Muerto el 23 de noviembre de 1871.
Recuerdo de la Legación de Bolivia”.*

Allí lejos de la patria, reposan los restos del valiente entre los valientes; restos que la municipalidad de Tarata debería procurar repatriar, para que descansen en la tierra donde nació aquel célebre mandatario, aquel gran tarateño.

Pocos días después de la muerte de Melgarejo, se cambiaron entre la que fue su querida doña Juana Sánchez, y el señor general don Quintín Quevedo, que fue uno de sus más leales servidores, las siguientes cartas, que hemos creído oportuno transcribir en estas narraciones, tomándolas del número 97 de “El Republicano” de La Paz, que a su vez la trascribió de una hoja suelta, publicada en el Perú:

“Lima, noviembre 29 de 1871. Señor general don Quintín Quevedo. Estimado señor: Por los periódicos, y en particular por el alcance al “Nacional”, verá U. la desgracia que ha tenido lugar el 23 del corriente. Los sufrimientos que nos agobian son incalculables, ya puede U. juzgar el estado de desesperación en que nos encontramos. El abogado nuestro, el doctor Casós, de-

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

fiende la cuestión y cree que mi hermano saldrá libre. Suspenda U. su juicio hasta terminada la causa; pues mi hermano no hizo sino salvarse y salvarnos a nosotros. Queda de U. su desgraciada servidora, *Juana Sánchez*".

"Tacna, diciembre 5 de 1871. Señora Juana Sánchez; Muy señora mía: Con la fe del boliviano y del hombre que conoce las obligaciones de la casa de U., especialmente las de su hermano para con su protector y padre, el malogrado general Melgarejo, no puedo detener mi juicio particular y el grito de mi conciencia, por el asesinato perpetrado en su persona el dia 23 del pasado. Aun cuando los tribunales del ilustrado pueblo peruano, absolvieran este crimen, yo lo calificaría siempre de asesinato y parricidio. Tengo en mi corazón la firme idea de que el hermano de U., hechura exclusiva de los favores del finado general Melgarejo, hasta elevarlo a la alta clase militar, e hijo suyo para colmo de indiscretas predilecciones, nunca podrá sincerarse de su crimen, aun cuando realmente hubiese sido atacado y *baleado* diez veces. La naturaleza y el deber se resisten a la propia defensa contra un verdadero bienhechor y contra un padre. Estas son mis convicciones, las mismas que creo conveniente dar a luz pública con la carta de Ud. fecha 29 del mes pasado, para mayor notoriedad. Satisfago a su precitada.— *Quintín Quevedo*".

"El Republicano", periódico bisemanal que por aquel tiempo se publicaba en La Paz, y del cual era uno de los principales redactores el doctor Luis F. Lanza, al ocuparse en su número 97, correspondiente al 16 de diciembre de 1871, del asesinato del general Melgarejo, termina su editorial con estas palabras:

"No concluiremos estas líneas, sin recordar que el 23 de noviembre del año de 1861 el teniente coronel N. Sánchez, padre de la familia Sánchez, murió en el pa-

EL GENERAL MELGAREJO

lacio de esta ciudad juntamente con el coronel Yáñez, perseguidos por la venganza del pueblo por los horribles asesinatos del Loreto; y que a los diez años exactamente cumplidos, el hijo cometió un parricidio en la ciudad de Lima. ¡Qué coincidencia!".

Repetimos que toda la prensa, hasta la más adversa a Melgarejo, condenó con indignación su asesinato.

Como la de alguno de los Césares de la antigua Roma, terminó la agitada existencia del general Melgarejo, que parece el héroe de una leyenda con toda la brillantez de su romance, como dice Pablo Subieta.

Después de un largo proceso judicial, célebre entre las más célebres causas que en estos últimos tiempos se han tramitado ante la magistratura del Perú, y de la luminosa y esforzada defensa que hizo el notable abogado doctor Fernando Casós, el general Sánchez libró su vida, pero, víctima de una violenta enfermedad, murió poco tiempo después, en el departamento de Arequipa (Perú).

Indice

	Pág.
El General Melgarejo	7
La mula o la vida	15
¡Es preciso atacar y yo ataco!	17
Una broma de inocente	18
Tírenle ahí, caballo y todo	22
O me seguís coraceros o me levanto la tapa de los sesos	23
¿Quién vive ahora?	24
¡El que manda, manda y cartuchera en el cañón	27
El derecho al pataleo	29
Donde está Melgarejo nadie se ahoga	30
A la salud de "Holofernes"	31
El Poder Ejecutivo y los Ingenieros de Bolivia	32
A Francia por el desecho	33
Al Perú por sábanas	34
A la otra banda o al otro mundo	38
¡De frente! ¡Marchen!	39
Dénle chocolate	40
Cumpleaños del presidente	41
Sobre un cañón	42
Con esa espada vencerá	44
Rojas	45
Un salto mortal	46
Los pasaportes de Melgarejo	47
Un aniversario de Ayacucho	50
Una colegialada	52
La pistola de Don Juan	53
Muerto el perro	55
¿Confianza? Ni en mi camisa	56
Actos primos	57
El coronel Arraya	58
Entre generales	59
Aventuras nocturnas	64

	Pág.
Un martes de carnaval	65
Una apuesta	67
El padre Cabot	69
La flor del soldado	70
Una pedrada	72
¡Mate los caballos!	74
Mis centinelas están siempre ojo avizor	75
La tienda de Maidana	78
El incendio de un pueblo y el llanto de un niño	80
No habría perdonado una sola vida	81
A la más chiquita	83
Delante de Melgarejo de mi suerte no me quejo	85
¡Fuego con las nubes!	87
Lo que sienta mejor sobre un vaso de chicha	88
¡Cómo se cambia la suerte!	89
Los puso bien con Dios	92
No era más que bastonero	96
De paso por Totora	97
El león dormido	103
Que me quiten la borrachera	106
La tarijeña	111
Haciendo versos	115
Los relojes	116
Mis valientes oficiales	117
La cuenta del hotel	119
Melgarejo y la Constitución	120
Imitando a Bolívar	122
Una copla	123
Justicia a lo rey Don Pedro	127
El hermoso rifle	131
Una proclama ante un caballo	133
Vine por casualidad	134
Perdonado	135
Un saludo a la bandera y una carta al Padre Eterno	138
Un paseo en coche	144
Por el mariscal Francisco Solano López, gran héroe paraguayo	145
El sofá de resortes	148
La reseña	151
El envenenamiento	153
El ascenso de un cadete	158
Recuerdos al Emperador	160
El viernes santo de 1866	161
Una proclama, una carta y otras curiosidades	163
De sastre a capitán	170
Bochinche en el cuerpo de guardia	173

	Pág.
El perdón de Hoyos	177
De haber sido fraile colgaba los hábitos	182
Cuando no se puede entrar por la puerta, se entra por la ventana	185
Los muchachos demagogos	188
Ejercicios nocturnos	189
¡Cuidado con el compás!	192
La bruja	195
Una procesión en palacio	199
Arrestado en la alacena	201
Centinela a las puertas	203
Una vuelta por la plaza	205
Americanismo	207
Caída de Melgarejo	208
A propósito del combate del 15 de enero	224
Por qué se acobardó Melgarejo	227
Después del combate	228
Muerte del general Melgarejo	230

